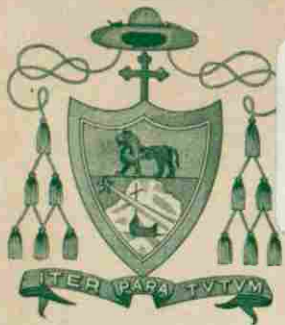


T. A. FRACONZA
VIOLINISTS
STROVINS

APQ7297
.P25
A3

002669



1080019402

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



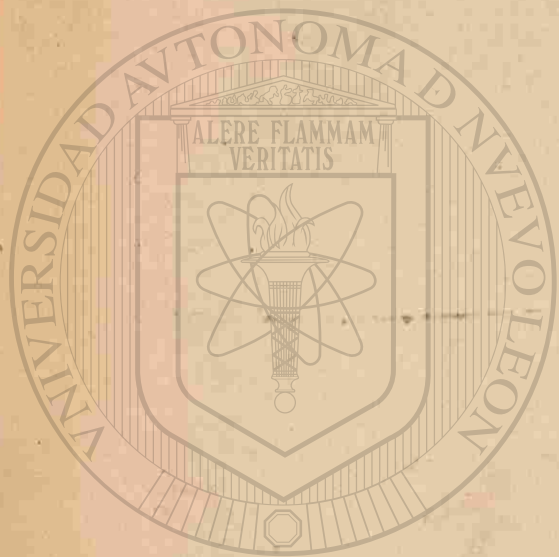
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
HEMET



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



ALGUNAS

TROVAS ULTIMAS

DE

J. Joaquín Areadio Pagaza

Canónigo de la Iglesia Metropolitana de México
y Rector del Seminario;
individuo de número de la Academia Mexicana, correspondiente
extranjero

DE LA REAL ESPAÑOLA

Entre los Arcades de Roma

CLEARCO MEONIO



MÉJICO

IMPRENTA DE J. JOAQUÍN TERRAZAS

S. José de Gracia num. 5

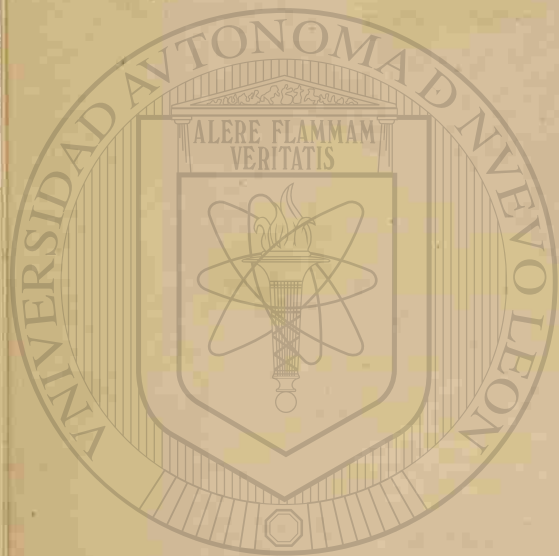
1893

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

40050

E
HEM



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PA7297

.P25

A3

E
HEME



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

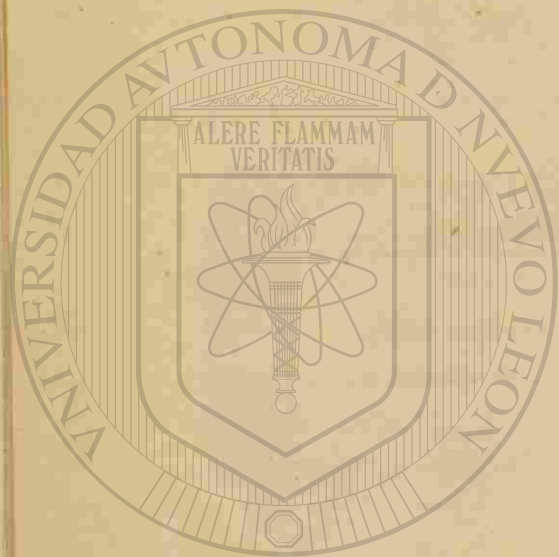


FONDS
VALVERDE Y TILIZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

002669

E
HEM



CORRIGENDA.

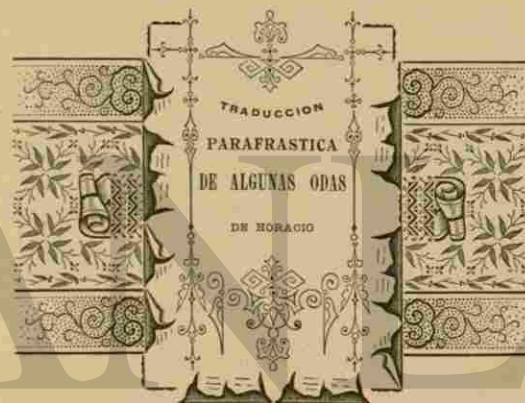
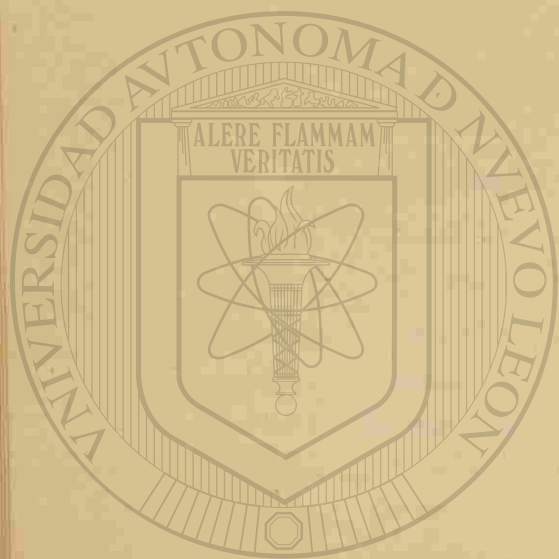
PAGINA.	VERSO.	DICE.	LEASE.
58	6	soberano	soberano.
65	18	el tebano	al tebano
74	11	mal querencia	malquerencia
107	6	suspiro	suspiro!
213	16	y en viéndole	y viéndole.
214	21	arracado	arracado!
232	5	mirtos	lauro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



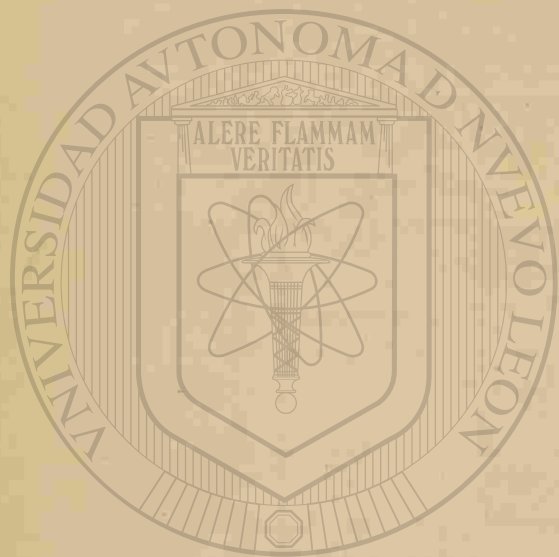
E
HEM



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Sic te diva potens Cypri

ODE III. LIB. I.

¡Nave, que á los confines de la Acaya
De la nativa playa
Conduces á Virgilio, así la diosa
Ciprina y los hermanos
De Helena, soberanos
Astros, te alumbren con su luz radiosa!
¡Quiera Eolo padre de los vientos
A los austros violentos
Encadenar, y deje el ponto en calma!
É impulsándote, nave,
Sólo el céfiro suave,
Llaves sin riesgo á la mitad de mi alma.

Valiente fué, y el pecho acorazado
De peto triplicado
Tuvo el primero que dejó la orilla,
Y con el ponto rudo
Porfó sin otro escudo
Que el remo frágil y la comba quilla.

Él no temió del húmido Africano
Y de Aquilón insano
La lucha, ni el fulgor de las Híadas,
Ni el hórrido alboroto
Que mueve crudo el Noto
Al bregar con las olas encrespadas.

¿Qué linaje de muerte arredraría
A quien firme vefa
Nadar á su redor pulpo y ballena,
Y el mar entumecido,
Y su esquiife perdido

En promontorios de mordente arena?

La tierra firme, seca y providente,
Sabio Dios y prudente
Del mar que al mundo corta aparta en vano,
Si las naves impías,
Dejadas las bahías,
Se atreven á surcar el océano.

El humano linaje presumido,
Que á todo se ha atrevido,
Entra sin freno en la maldad vedada.
Con fraude Prometeo
Nos trajo por trofeo
El fuego hurtado á la eternal morada.

Desde ese robo en lágrimas fecundo
Incuban sobre el mundo
La palidez y un género no escaso
De fiebres; y tirana
La muerte antes lejana
Hoy nos persigue con ligero paso.

Dédalo intenta en ciego desvarío
Verberar el vacío
Con alas para el hombre desiguales;
Y del bátrato fiero
Alcides al Cerbero

Liberta. ¡Nada hay arduo á los mortales!

Con sin par estulticia al mismo cielo
Llevamos torpe el vuelo
Tentando transponernos á otros mundos;
Y el crimen no consiente
A Jove omnipotente
Que deponga sus rayos iracundos.

II

Solvitur acris hyems grata vice Veris et Favoni

ODE IV. LIB. I.

Depone su rigor el agrio Invierno
Al vislumbrar el tierno
Semblante de la fértil Primavera;
Colúmpianse los suaves
Céfiros tibios, y de enjutas naves
Las máquinas despejan la ribera.

Del aprisco seguro y abrigado
No gusta ya el ganado,
Ni del hogar el labrador robusto;
Ni se alza la espesura

Llevando veste de sin par blancura
De nieve y hielos, con aspecto adusto.

Ya las danzas preside Citerea
Cuando muda vaguea
Llena la luna por el ancho cielo;
Y las Ninfas y Gracias
En grupos coronándose de acacias
Con alternado pie hieren el suelo.

Y mientras, con los cíclopes Vulcano
El monte siciliano
Hace tremer flamígero y ardiente;
Y las armas letales
Caldea de los héroes inmortales
Y los rayos de Jove omnipotente.

Conviene ahora, la cabeza ungida
Con esencias, ceñida
Llevar en lauros de inmortal verdura
Y en nacaradas flores
Que desparciendo bálsamo y olores
A producir la tierra se apresura.

Conviene ahora, en la arboleda umbría
Bajo la sombra fría
Sacrificar á Fauno algún cabrito
Con mano placentera;
O, si mejor le place, una cordera
La más lucia que pazca en el distrito.

Sestio dichoso, pálida la muerte
Pulsa la torre fuerte
Del rey soberbio con la misma planta
Con que pulsa la choza
Donde el pobre sin término solloza
Y que apenas del suelo se levanta.

Es deleznable el tiempo de la vida
 Tanto, que no convida
 A nutrir engañosas esperanzas.
 Presto á la fosa obscura
 Te arrastrarán tembloso de pavora
 Los manes con indignas asechanzas.

Y la plutonia casa sorprendido
 Mirarás, y qué ha sido
 De dicha albergue ó manantial de horrores;
 Donde una vez entrado,
 No ha-de tocarte en suerte por el dado
 Tasar en el banquete los licores.

III

Non ebur neque aureum
ODE XVIII. LIB. II.

En mi casa no esplende
 Marfil bruñido, ni de cedro y oro
 El artesón trasciende;
 Ni de Himeto sonoro
 Labrada trabe préstale decoro.

Columnas oprimiendo
 En el confin del África entalladas;
 Y de Átalo no siendo
 Pariente, sus moradas
 Me apropio y sus riquezas acopiadas.

De mis pobres clientes
 Las humildes y púdicas esposas,
 Para mí, complacientes
 No tejen y afanosas,
 De Laconia las púrpuras preciosas.

Una benigna vena
 De ingenio y gratitud en mí se halla;
 A mí, pobre, sin pena
 El rico la muralla
 Por verme deja, y mi estro le avasalla.

No á los dioses fatigo
 Pidiendo más; ni á importunar me inclina
 Al generoso amigo
 Avaricia mezquina;
 Soy feliz con mis campos de Sabina.

El día es empujado
 Por otro día; aménguase y convierte
 La luna; y olvidado
 De la cercana muerte,
 Mármoles labras de cantera inerte.

Del sepulcro te olvidas
 Por alzar un palacio; y no contento
 Con las tierras asidas
 Que tienen firme asiento,
 Sobre la mar fabricas avariento;

Sobre la mar que fiera
 A Bayas lame con tremendo ruido;
 Y en desviar la ribera
 De donde siempre ha sido,
 Te esfuerzas arrogante y presumido.

¿Qué mucho que acrecientes
 Tus labores, si borras con esmero
 De tus tristes clientes
 El vecino lindero
 Por allegarte un surco, pendenciero?

La mujer y el amado
 Esposo dejan el caliente nido,
 Y al hijo desaseado
 Del seno mal prendido
 Transponen, y al penate ennegrecido.

Para el amo avariento
 Y acaudalado, en la infeliz morada
 Del Orco turbulento
 Y rapaz, separada
 No hay aula que le aguarde y reservada.

¿A dónde vas? ¿á dónde?
 Igual la tierra, en la mansión temida
 Al miserable esconde,
 Y para allí convida
 De reyes á la prole envanecida.

Satélite severo
 Del Orco, á Prometeo malogrado,
 El infernal barquero
 Con oro cohechado,
 No quiso reducir á aqueste lado.

A Tántalo orgulloso
 Éste aprisiona; y vengador reprime
 Al linaje famoso
 De Tántalo sublime
 Y que padece sin deseanso y gime.

Y alguien ora le implore,
 Ora en secreto sometido al hado
 Alguien sin tasa llora,
 Se da por invitado
 Para aliviar al pobre desgraciado.

Laudabunt alii claram Rhoden aut Mitylenem

ODE VII, LIB. I.

Alabén unos á la noble Rodas,
 Clarísima entre todas,
 Á Éfeso, Mitilene, ó las erguidas
 Murallas singulares
 De Corinto, bañadas por dos mares
 Y de su espuma cándida nacidas;

O á Tebas fértil cuyo suelo honroso
 A Baco generoso
 Miró nacer; ó á Delfos que descuella
 Al Parnaso vecina
 Donde Apolo facundo vaticina,
 O el valle Tempe de Tesalia bella.

Otros procuren en extensos cantos
 Celebrar los encantos
 De la ciudad de Palas; y en oliva
 Vencedora y luciente
 Prefieran coronar la docta frente
 Antes que en mirto, lauro ó siempreviva.

Y muchos entre todos de consuno,
 Por agradar á Juno
 De Argos altiva ensalcen á porfía
 Los floridos verjeles;
 Y sus nobles é indómitos corceles,
 Y el lujo de Micenas y valía.

Que á mí, no tanto la sufrida Esparta
 Me embebece y coarta,
 O los fértiles campos de Larisa,
 Como aquella caverna
 Donde fluye la Albúnea sempiterna
 Y entre guijas saltando va de prisa;

Y de Tívoli, el Anio arrebatado
 Y el bosque dilatado
 De Tiburno, y los valles y los huertos
 Gratos y humedecidos
 Por aquellos arroyos bendecidos
 Que allí se miran discurrir inciertos.

A la manera que divide el Noto
 Por el cielo remoto
 Los nubarrones cárdenos en briznas,
 Y luego las aleja
 Y el firmamento, alígero, despeja
 Sin producir vapores y lloviznaas,

Así tú, Planco, ataja, ataja el vuelo
 Al amargoso duelo;
 Y acota los trabajos de la vida,
 Como discreto y sabio,
 A menudo posando el seco labio
 En grande taza de licor henchida;

Ora te veas pálido y sediento
 Allá en el campamento
 Las insignias velando relucientes,
 Ora en la verde alfombra
 De tu Tívoli mores á la sombra
 Cabe aquellas limpísimas corrientes.

Huyendo de su padre y Salamina
 Su amargura domina
 El Teucro, y de los álamos erguidos
 Con hojas coronaba
 La sien humedecida; y así hablaba
 A sus conmlitones afligidos:

“Amables camaradas, compañeros
 «De mis tormentos fieros,
 «Do quiera que nos lleve la ventura,
 «Menos cruda y huraña
 «Que mi padre, si Teucro os acompaña
 «No despereis; es Teucro quien augura.

«Sabed que Apolo, nunca fementido,
 «Constante ha prometido,
 «Que muy presto en incógnita ribera
 «La nueva Salamina
 «Fundaremos, tan bélica y divina
 «Que alcance á competir con la primera,

«Varones esforzados, que conmigo
 «Sufrís del enemigo
 «Hado el furor, ingentes los pesares
 «Despedid animosos
 «Y antes libad los vinos deliciosos:
 «Mañana tornaremos á los mares,»

V

Vides, ut alta stet nive candidum

ODE IX. LIB. I.

¿Ves levantarse á la cerúlea esfera
Cual si de nieve fuera
El cándido Soracte, y que agobiados
Esos bosques sombríos
No soportan la carga, y que los ríos
Se paran por el hielo aprisionados?

Atizando el fogón con seca leña,
Oh Taliarco, domeña
El crudo frío; y saca de contino
De la ánfora sabina
De dobles asas al hogar vecina,
El de cuatro años confortante vino.

Y al buen Dios lo demás deja prudente
Que humilló juntamente
Los vientos de la mar en la llanura
Donde movían guerra;
Ya no en vaivén inclínanse á la tierra
El quejigo y ciprés de cima oscura.

Huye inquirir con arrogancia vana
Lo que venga mañana;
Y aquellos días que te da veloces
La suerte, cuenta experto,
Joven amigo, como lucro cierto;
No el baile esquives, ni de amor los goces,

Mientras distante, cana y temerosa
La vejez fastidiosa
Esté de tu verdor; busca de Marte
El campo y las contiendas;
Y frecuenta la plaza, y no pretendas
De las nocturnas pláticas privarte.

VI

Tu ne quaesieris (scire nefas) quem mihi quem tibi

ODE XI. LIB. I.

No intentes, oh Leucónoe, presumido
Saber (que no es debido
Satisfacer tan criminal deseo)
Qué término conceden
A tí y á mí los dioses, que lo pueden,
Ni computar el número caldeo.

¡Cuánto es mejor sufrir lo que viniere!
 Ora Jove nos diere
 Muchos inviernos, ora el postrimero
 Tal vez aqueste sea
 Que el mar tirreno con furor golpea
 De cava peña en el escollo fiero.

Sé sabio, y cuele, cuele el dulce vino;
 Y en tiempo tan mezquino
 Tus esperanzas corta. Presuroso
 El tiempo se desvía
 Mientras hablamos. Goza de este día:
 Que gozar del siguiente es muy dudoso.

Pastor cum traheret per freta navibus

ODE XV. LIB. I.

En ideas naves el Pastor perjuro
 Por mar estrecho obscuro
 A Helena conduciendo, á los alados
 Vientos dejó Nereo
 En inercia, contraria á su deseo,
 Por anunciarle sus terribles hados.

Con mal agüero, con fortuna escasa
 Conduces á tu casa
 Esa mujer, que ejército no exiguo
 Buscará conjurado
 Tus bodas por romper, de Grecia enviado,
 Y por destruir de Priamo el reino antiguo.

¡Ay! ¡cuánto sudan los caballos! cuánto!
 De fatiga y espanto
 Sudan los caballeros! ¡Daño crudo
 A la troyana gente
 Has causado! Ya Palas el luciente
 Carro prepara, el yelmo y el escudo.

Y del favor de Venus lisonjera,
 La rubia cabellera
 En vano peinarás, haciendo alarde;
 Y, dado á los placeres,
 Versos dirás, en vano, á las mujeres
 Arpegiando en tu cítara cobarde.

Y en vano, sin vislumbre de esperanza,
 Evitarás la lanza
 A tu tálamo hostil, y las saetas
 Del cretense flechero,
 Y al crudo Ajax que te persigue fiero,
 Y el hórrido clangor de las trompetas.

Tarde ¡ay dolor! y sin curarte de ello
Llevarás el cabello
Adúltero, de polvo vil manchado.

¿De Laertes al hijo
No ves, que de tu patria es mal prolijo,
Ni al rey de Piles, Néstor esforzado?

—Bravos te acosan Teucro el salamino
Y Stenelo, divino
De la guerra en el arte, y que animoso
Si rige los caballos
A fuer de auriga, sabe gobernallos;
Y aun á Merión conocerás famoso.

Y mira que de hallarte en el deseo
Se quema de Tideo
El hijo, que su padre más valiente;
A quien tú, como el ciervo

Que las gramas olvida si al protervo
Lobo en el valle encuentra de repente,

Evitarás medroso y anhelante,
Otra cosa á tu amante
Habiendo prometido. Aquella armada
De Aquiles iracunda,
De la frigia matrona pudibunda
Y de Troya mil veces desdichada,

Alargará los días. Mas no eternos
Serán, que nueve inviernos
Apenas le concede su destino.
Y después. . . de la Acaya
El fuego ha de trocar en muda playa
El campo donde se alza Ilión divino.

VIII

Septimi, Gades aditure mecum et
ODE VI. LIB. II.

Caro Septimio, que á la occídua Cádiz
Conmigo irías y á Cantabria indócil
Que nuestro yugo de la libre frente
Brava sacude;

Que á las temidas y remotas sirtes
De Berbería en la africana orilla
Conmigo irías donde eternas hierven
Líbicas ondas;

Tíbur fundado por colono griego
¡Ojalá sea mi postrer asilo,
Y de mis ansias, viajes y milicia
Término sea!

Donde si acaso las inicuas Parcas
Morar me vedan, al Galeo río
Iré delicia de la grey que envuelven

Pieles segundas;

É iré á las selvas y feraz campiña
Donde reinaban en edad remota
Los laoonios, su gentil caudillo
Siendo Falanto,

Rincón ninguno de la tierra vasta
Me ríe tauto, dó la miel no cede
A la de Himeto; dó venció á Venafro
Pingüe la oliva;

Donde Favonio primaveras largas
É inviernos tibios generoso ofrece;
De Baco amigo, donde Aulón, no envidia
Uvas falernas.

Aquel alcázar y lugar dichoso
A entrambos llaman; con debido llanto
Dó la favila de tu amigo el vate
Cálida riegues.

IX

Diffugere nives, redeunt iam gramina campis
ODE VII. LIB. IV.

Aléjase la nieve:
Torna al campo feraz la hierba amante;
Los árboles en breve
La cabellera undante
Sueltan, y el mundo cambia de semblante;

Y, menguadas sus linfas,
Se encauza el río; de una y otra hermana,
La Gracia, y de las Ninfas
En consorcio, liviana
Los coros guía y en danzar se atana.

No esperes en la vida
Cosa inmortal; lo advierte el año instable
Pasando de corrida;
Y la hora variable
Que el día te arrebatara más amable.

Suavízanse los fríos
 Con Favonio; á la dulce Primavera
 Persiguen los Estíos;
 Y á éstos, su cabellera
 Sacudiendo el Otoño lisonjera;

Y el perezoso Invierno
 Viene después. Las lunas en su vago
 Lucir y cambio eterno,
 El lamentable estrago
 Reparar prontas con celeste halago.

Nosotros, si caímos
 Do el pío Eneas, do Tulo el opulento
 Y Anco, cual polvo huímos
 Que va á merced del viento,
 Y cual sombra que pasa en un momento.

¿Quién sabe, ó saber puede
 Si el alto Dios, del tiempo de mañana
 Una hora le concede,
 Sobre la suma vana
 De años que hoy pierde con torpeza insana?

Lo que dieres ahora
 De tu caudal con ánimo piadoso,
 Huirá la escrutadora
 Mirada del gozoso
 Heredero que acecha codicioso.

Y cuando hubieres muerto
 Una vez sólo, y Minos la sentencia
 Pronuncie, nunca al puerto,
 El linaje y clemencia
 Te volverán, Torcuato, ó la elocuencia.

Con dolor de Diana
 A Hipólito retiene cual trofeo
 La inferna sombra vana;
 Ni logra abrir Tesco
 A Piritoo las puertas del Leteo.

X

Rectius vives, Licini, neque altum
ODE X, LIB. II.

Mejor, Licino, vivirás si el dorso
 Del mar no oprimes, ni temiendo cauto
 Procela ruda, la arriesgada orilla
 Nimio frecuentes.

Seguro evita quien amó la dulce
Mediocre vida, del vetusto techo
El desaliño; y envidiado alcázar

Sobrio desdena.

Más por el Noto se miró batido

El pino alzado; con mayor estruendo
Las torres ceden; y el excelso monte
Hieren los rayos.

En la desgracia la fortuna espera,
En la fortuna la desgracia teme
Juicioso el hombre. Al deformante Invierno
Jove reduce

Y él mismo aleja. Si hoy te oprime el duelo
No ha de ser siempre; ya, con blanda lira
Despierta Apolo á la callada Musa,

Tiende, ya, el arco.

En los pesares animoso y fuerte
Mostrarte debes; y tú mismo, sabio
La vela acorta, si te soplan suaves

Vientos dichosos.

XI

Eheu, fugaces, Póstume, Póstume,
ODE XIV. LIB. II.

Oh Póstumo, los años
Resbalan fugitivos ¡trance fuerte!
De la vejez ¡ay Póstumo! los daños
No amengua tu piedad, ni los amaños
De la indomable muerte.

No, y aunque cada día,
Trescientos bueyes, trémulo de espanto,
Degüelles en su altar con mano pía,
No te hurtarás, amigo, á la porfía
De Plutón, ni por llanto;

De Plutón que al triforme
Audaz Gerión y á Ticio malhadado
Reprime en pena de su culpa enorme
Dentro la onda horrisona y disforme
Del Aqueronte helado,

Que de cruzar tenemos
 Cuantos á costa de ímprobos labores
 A la boca ¡oh dolor! el pan llevemos;
 Seamos reyes y á otros dominemos,
 Seamos labradores.

Al rudo Marte en vano
 Evitaremos, y del Adria ronco
 La ola crespá; en el Otoño insano
 Sin fruto esquivaremos del tirano
 Austro el silbido bronco.

Hemos de ver, no hay duda,
 Del lánguido Cocito la corriente
 Errante y negra, y á la prole cruda
 Del fiero Dánao, y la tarea ruda
 De Sísifo doliente.

La casa y á tu esposa
 Dejarás tan querida, el campo y mieses;
 No, la que siembras arboleda umbrosa,
 Breve señor, te seguirá á la fosa
 Excepto los cipreses.

Tu heredero más justo
 Libará los licores que almacenas
 Bajo cien llaves, el palacio angusto
 Con un vino regando más robusto
 Que el de las salias cenas.

XII

Exegi monumentum aere perennium
ODE XXX, LIB. III.

Acabé un monumento
 Más perenne que el bronce, y más alzado
 Que las regias pirámides; ni el viento,
 Ni mordaz lluvia excavarán su asiento,
 Ni el curso arrasador del tiempo alado.

¡No moriré del todo!

Del funéreo ataúd la parte noble
 De mi sér huye por extraño modo;
 Y he de ver alargarse el período
 De mi vida, ceñido en lauro y roble.

Seré mientras airosa
 Cobije al mundo del romano solio
 La bandera temida y gloriosa,
 Y mientras con la virgen silenciosa
 El Pontífice ascienda al Capitolio.

Me veré ennoblecido
 Donde resbala tímido el Ofanto
 Con temeroso y asordante ruido,
 Y donde riega el Dáuño empobrecido
 Agrestes pueblos sin verdor ni encanto,

Por haber el primero,
 Aunque de humilde y mísero linaje,
 Vertido fiel con amoroso esmero
 Los versos eolios al latín austero
 Dándoles rico y áulico ropaje.

Melpómene, tu gloria
 Por mis afanes, gózate, hoy empieza;
 Viva conserve el mundo tu memoria;
 Y ciñe en prenda de ínclita victoria
 Con el délfico lauro mi cabeza.

XIII

¡Beatus ille qui procul negotiis
EPICUR. ODE II.

¡Mil veces fortunado
 Quien de negocios y de lucro ajeno,
 Como el hombre en su estado
 Primitivo, un terreno
 Con bueyes propios enriquece ameno!

Que no el clangor le asusta
 De bélica trompeta, ni el bramido
 Del mar y saña injusta;
 Y el foro desabrido
 Evita y al magnate presumido.

Él de purpúrea viña
 Con el olmo los pámpanos dorados
 Solfeito encariña,
 O en valles apartados
 De vacas apacienta sus ganados.

Ya empuña la guadaña
 Y en vez de rama inútil otra injerta;
 Ya los cántaros baña
 De mieles, y liberta
 Esquilando al primal, de muerte cierta.

Y cuando Ctoño asoma
 La cabeza en los campos decorada
 De frutos y áurea poma,
 ¡Cuál goza la pesada
 Pera al cortar y la uva nacarada!

Por tenerte propicio
 A tí, Priapo, con piadosa mano
 Las lleva en sacrificio,
 Y á tí, padre Silvano,
 De límites tutor y soberano.

Ya al pie de añosa encina
 Gusta yacer, ya encima de la grama
 Tenaz; y cristalina
 La fuente se derrama,
 Y Eco del ave el sollozar reclama.

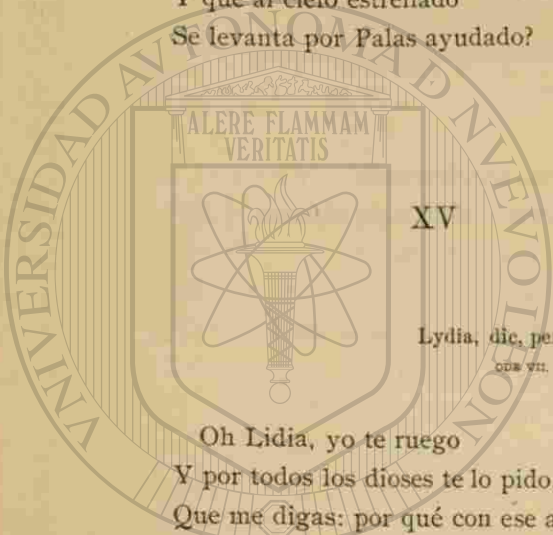
Y murmura el riachuelo
 Al resbalar, de espuma salpicando
 Sus márgenes, y el cielo
 De paso retratando;
 Y á sueño el ruido le convida blando.

Y al bramar en los cerros
 Sañudo el Bóreas hacinando nieves,
 Ya encierra de sus perros
 Seguido, á los alevés
 Fieros jabatos en las mallas leves;

Ya prende en los bohordos
 De aguda enea, redes y aprisiona
 A los golosos tordos
 Y á liebre corretona
 Y á grulla vaga que su afán corona.

¿Quién, viviendo esta vida,
 Los infortunios del amor prelijo
 Y ansiedades no olvida?
 Más, si los ojos fijos
 Tiene la esposa en el hogar é hijos,

En la guerra troyana?
 ¿Y de Tideo al hijo ponderado,
 De fuerza sobrehumana,
 Y que al cielo estrellado
 Se levanta por Palas ayudado?



Oh Lidia, yo te ruego
 Y por todos los dioses te lo pido,
 Que me digas: por qué con ese apego
 A Sibari aturdido
 Te esfuerzas en perder, y le has perdido?

¿Por qué aborrece, dime,
 De Marte el campo y teme los rigores
 Del sol que enrojecido nos oprime
 En el mes de las flores,
 Y del árido polvo los ardores?

¿Por qué con sus iguales
 No quiere cabalgar cual buen soldado,
 Ni sujetar con ásperos ronzales
 De Galia al potro alado
 Para ajustarle el rígido bocado?

¿Por qué teme las ondas
 Del flavo Tíber? ¿y por qué abomina
 Pingüe el licor de las olivas blondas,
 Y al mirarle declina
 Como si fuera sangre víperina?

¿Y por que los molledos
 Por las armas no lleva amoratados
 En el disco, famoso, allá en los ruedos,
 Y en los dardos lanzados
 Más lejos de los límites marcados?

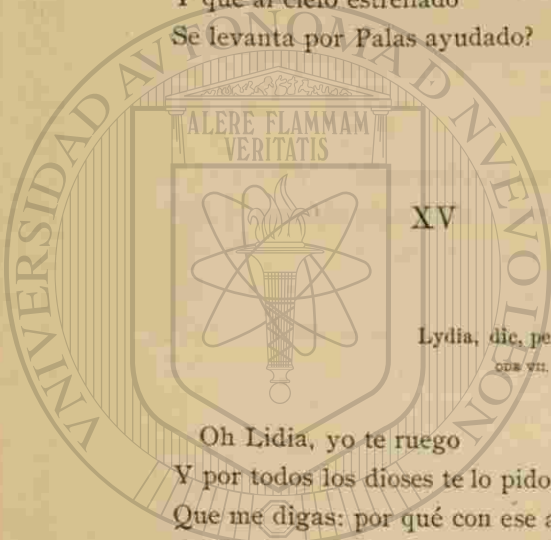
¿Por qué, por qué se oculta
 Cual se escondía el hijo de la diosa
 Tetis marina, y que á su sexo insulta
 Al llevar veste airosa
 De tierna virgen, púdica y medrosa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En la guerra troyana?
 ¿Y de Tideo al hijo ponderado,
 De fuerza sobrehumana,
 Y que al cielo estrellado
 Se levanta por Palas ayudado?



Oh Lidia, yo te ruego
 Y por todos los dioses te lo pido,
 Que me digas: por qué con ese apego
 A Sibari aturcido
 Te esfuerzas en perder, y le has perdido?

¿Por qué aborrece, dime,
 De Marte el campo y teme los rigores
 Del sol que enrojecido nos oprime
 En el mes de las flores,
 Y del árido polvo los ardores?

¿Por qué con sus iguales
 No quiere cabalgar cual buen soldado,
 Ni sujetar con ásperos ronzales
 De Galia al potro alado
 Para ajustarle el rígido bocado?

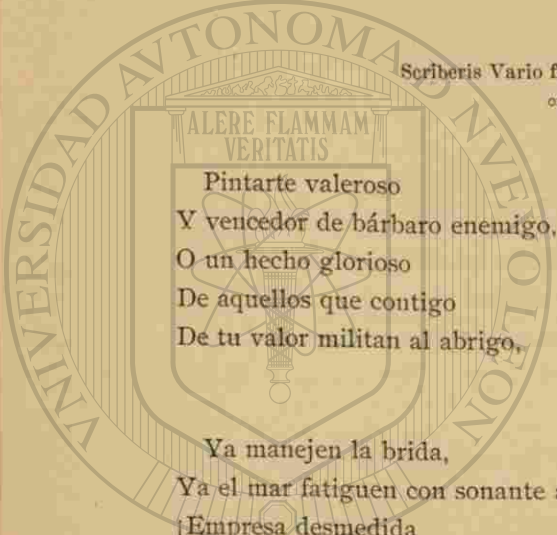
¿Por qué teme las ondas
 Del flavo Tíber? ¿y por qué abomina
 Pingüe el licor de las olivas blondas,
 Y al mirarle declina
 Como si fuera sangre víperina?

¿Y por que los molledos
 Por las armas no lleva amoratados
 En el disco, famoso, allá en los ruedos,
 Y en los dardos lanzados
 Más lejos de los límites marcados?

¿Por qué, por qué se oculta
 Cual se escondía el hijo de la diosa
 Tetis marina, y que á su sexo insulta
 Al llevar veste airosa
 De tierna virgen, púdica y medrosa?

XIV

Scriberis Vario fortis, et hostium
ODE VI. LIB. I.



Pintarte valeroso
Y vencedor de bárbaro enemigo,
O un hecho glorioso
De aquellos que contigo
De tu valor militan al abrigo,

Ya manejen la brida,
Ya el mar fatiguen con sonante armada,
¡Empresa desmedida
A Vario reservada
En los versos heroicos ave osada!

Yo modesto poeta,
Oh caro Agripa, publicar no intento
Con arrogancia insueta
Tus hazañas sin cuento;
Me faltan frases, y me falta aliento;

Ni el iracundo enojo
Y bravo ardor de Aquiles indomable;
Ni el temerario arrojo
De Ulises el instable
Para quien no hubo mar innavegable;

Y ni la infame casa
De Pélope homicida: me lo veda
Mi cortedad no escasa;
Y de mi lira leda
La señora no quiere que proceda

A cantar tus loores
Y ni de César la virtud propicia;
No sea que menores,
Con punible injusticia,
Presente al mundo á entrambos mi impericia.

¿Quién describir pudiera
Dignamente el arnés adamantino
De Marte, y la cimera
De aquel Merión divino
Por el polvo empañada del camino

(Cual suele la sabina
O la consorte del pullés, dorada
Por la lumbre divina
Del sol) que la llegada
Espera del varón con llama alzada;

Y que aparta risueña,
De mimbres, á la grey, en los cercados;
Y las cabras ordeña,
Y vinos regalados
Ofrece con manjares no comprados.

Ni la ostra del lucrino
Me agrada más, ni el rombo y el escaro,
Si negro torbellino
Del mar de oriente avaro
A nuestro golfo los arroja claro;

La gallina sidonia
Nunca me nutre más, ni más me agrada,
Ni la perdiz de Jonía,
Que de su árbol cortada
La redonda aceituna y sazónada,

O la verde acedera,
O la malva salubre que ama al prado,
O el cordero que fuera
A Término inmolado,
O el cabrito que al lobo fué arrancado.

En esas dulces horas
¡Cuánto agrada mirar que las novillas
Se apacen mugidoras
Tronzando manzanillas
Cabe el chozo del campo en las orillas!

¡Y mirar que los bueyes
Traen al cuello el reluciente arado
De revés, y las greyes
De gañanes al lado
De la cabaña en escuadrón formado!

—Trocarse en ganadero
Quiere en los idus usurero Alfío
Dicho esto; su dinero
Junta, y con nuevo brío
En las calendas usuraba impío.

Cuentan de éste y es fama:
Que antes que Troya por su negra suerte
Se viera envuelta en humo y viva llama,
El traje de hombre fuerte
Trocó por otro hurtándose á la muerte.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XVI

Integer vitae scelerisque purus

ODE XIX LIB I

Integro el hombre que se mira limpio
De crimen, Fusco, venenosos dardos
No necesita, ni moriscas flechas
Ni arco, ni aljaba.

Ora atraviese las estuosas sirtes,
Ora atraviese la caucasea roca,
O las llauras que el famoso Hidaspe
Ávido riega.

Porque vagaba del sabino bosque
Inerme, lejos, por ignotas rutas,
Libre de penas, al mirarme huía
Pávido un lobo.

Lobos no cría la guerrera Daunia
En sus sombríos encinares vastos,
Ni el de leones madriguera seca
Reino de Juba.

Pomme en la zona donde nunca el árbol
Fué remecido por el aura estiva,
Lado del mundo donde niebla y aire
Frígidis reinan;

Pomme en la tierra donde casi arrastra
Del sol el carro, inhabitada zona;
¡La virtud sola me será de escudo
Firme y dichoso!

XVII

Dianam tenerae dicite virgines

ODE XVIII LIB I

Cantad, vírgenes tiernas, á Diana
Del campo soberana;
Dulces mancebos, celebrad á Apolo
De intonsa cabellera,
Y á Latona entre diosas la primera,
Y á la cual Jove excelso estima sólo.

Vosotras celebrad á la que ama
 A los ríos y rama
 Del árbol, ya supere en el Algido.
 Helado, ó en las sombrías
 Selvas del Erinanto, ya en las frías
 Asperezas del Crago enverdecido.

Vosotros con iguales alabanzas,
 Varones, y con danzas
 Al claro Tempe sublimad, y á Delo
 Patria de Cinto hermoso
 Insigne por su aljaba, y cadencioso
 Cuando tañe la lira, don del cielo.

Y aquél, por vuestras súplicas movido,
 Del pueblo dolorido
 Y del Príncipe César soberano
 Alejará la guerra

Y el hambre y negra peste, á la Inglaterra
 Y de la Persia al límite lejano.



XVIII

Otium divos rogat in patenti
ODM XVI. LIB. II.

Descanso, Grosfo, de los dioses altos
 El que navega por el mar Egeo
 Cuitado implora si á la luna esconde
 Lívida nube;

Si inquieto busca con turbados ojos
 En cielo obscuro la polar estrella
 Que indique el rumbo y le conduzca al puerto.
 Pávigo nauta;

Descanso imploran los furiosos tracios
 En rudas lides, y descanso el medo
 Que al hombro lleva por mayor decoro
 Lúcida aljaba.

Pero el descanso que jamás se compra
 Ni con las gemas que atesora el Indo
 Y ni con oro, ni con rica y grave
 Púrpura noble.

Porque ni el lujo ni el licitor adusto
 La turba espantan de cuidados fieros
 Que tumultúan y del techo en torno
 Rápidos vuelan.

El hombre parco sosegada vida
 Lleva con poco, si en su mesa pobre
 Aquel salero de que usó su padre
 Límpido esplende.

Que no interrumpen los temores vanos
 El sueño leve que en su torno gira
 Ni su reposo la codicia torpe
 Rábida corta.

¿Por qué, esforzados, nuestros rudos tiros
 ¡Ay! dirigimos á región lejana
 Cuando sabemos que la fútil vida
 Rápida corre?

¿Por qué dejamos la nativa tierra
 Por otro suelo bajo sol extraño?
 Qué ¿por ventura el que á su patria esquiva
 Se huye á sí mismo?

Sube el cuidado en la ferrada nave
 Y más ligero que el ligero ciervo
 Y más que el Noto que las nubes rompe
 Sigue al jinete.

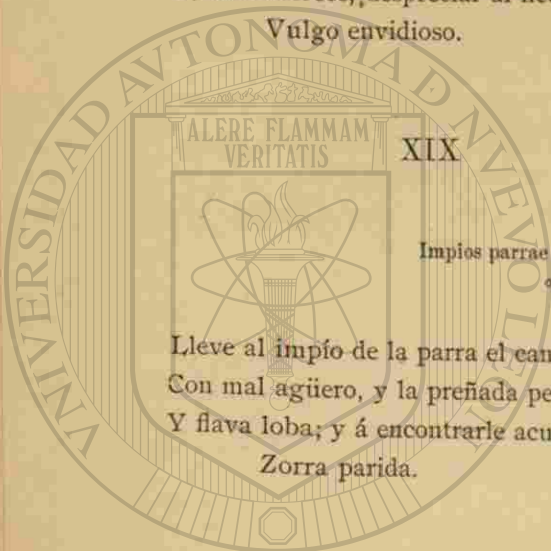
Gócese el alma con el bien de ahora
 Sin inquietarse por el mal futuro;
 Temple su duelo; que ¡por todas partes
 Nada hay dichoso!

Hurtan y amenguan al preclaro Aquiles
 Temprana muerte y á Titón los años:
 Y, tal vez dióme, lo que á tí, el destino,
 Crudo te niega.

Por tí se apacen las copiosas greyes,
 Por tí se apacen mugidoras vacas;
 En las cuadrigas, y por tí, relincha
 Ágil la yegua.

A tí te cubren retenidos paños
 En roja tinta de muricea concha;
 Y á mí tan sólo, la inmutable Parca
 Próvida dióme

Un campo angosto, y de la Musa griega
 Algún talento y su donaire y gracia;
 Y, cual merece, despreciar al necio
 Vulgo envidioso.



Lleve al impío de la parra el canto
 Con mal agujero, y la preñada perra
 Y flava loba; y á encontrarle acuda
 Zorra parida.

Rompa su vía cual volante dardo
 Hórrida sierpe, y al rocín le asuste;
 ¿Qué temer puedo, si nací adivino
 Pródigo y hábil?

Antes que torne á los tranquilos lagos
 Présaga el ave de inminente lluvia
 Vendrá, rogado, del risueño oriente
 Gárrulo cuervo.

Vive dichosa donde más te agrade,
 Oh Galatea, no me olvides, cura;
 No la corneja ni el siniestro pico
 Turben tu paso.

Miras ahora que se inclina y treme
 Orión ruidoso; conocido tengo
 El Adria obscuro, y del gallego insano
 La alta perfidia.

De los contrarios las mujeres é hijos
 Experimenten el furor del Austro
 Y el oleaje que bramando azota
 Seca la orilla.

También Europa del mentido toro
 Se confiaba, y al mirar que hierve
 El mar en monstruos, la color perdida,
 Teme el engaño,

Y la que un tiempo recogiendo flores
 Para las Ninfas iba por los prados,
 Sólo veía en tan obscura noche
 Olas y estrellas.

Y cuando á Creta, de las cien ciudades
Llegaba, dijo: «Padre, de hija el nombre
«Dejé al partir; y á tu piedad ultraja
«Ciego delirio.

«Dejé sin tino los paternos lares;
«Sin tino tardo en aportar al Orco;
«Si un Dios me escucha, sepa que vagara
«Entre leones.

«¿De dónde, á dónde por desdicha vine?
«Morir tan sólo no es condigna pena.
«¿Lloro despierta mi afrentosa culpa?.....
«¿Soy inocente?

«¿Me burla acaso la mentida imagen
«Que trae el sueño por la puerta ebúrnea?
«¿Mejor sería transponer los mares
«O cortar flores?

«Si alguien me diera, que en furoros ardo,
«Al toro infame que me fué querido,
«Destrozaría con filoso hierro
«Luego sus astas.

«Antes que ocupe mis mejillas bellas
«La palidez, ó su vigor perdido
«La víctima haya, quiero ser hermoso
«Pasto de tigres.

«¡Ah, vil Europa! tu lejano padre
«Te urge, infelice; di ¿por qué no mueres?
«De ese quejigo, con aquesa banda
«Cuélgate al punto.

«O si te agrada soportar la muerte
«Entre peñascos y quebradas rocas
«Entra, bien puedes, entra en la borrasca;
«Échate al ponto.

«Si no es que quieras por tu noble sangre
«A fuer de esclava manejar el huso
«En pueblo extraño, y del varón de tu ama
«Ser concubina.»

Pérfida Venus tan amargas quejas
Presente oía con burlona risa,
Y á su regazo con el arco flojo
Iba Cupido.

Y cuando la hubo á su sabor burlado,
 »Templa, le dijo, tus injustas iras;
 »Porque las rompas, sus odiadas astas
 »Bríndate el toro.

»¿Qué eres de Jove la mujer ignoras?
 »Reprime el llanto; tu fortuna estima;
 »Y ve que á un gajo del ingente mundo
 »Has de dar nombre.»

XX

Delicta maiorum immeritus lues

ODE VI. III.

Sin culpa has de pagar tarde ó temprano
 Los delitos, romano,
 De tus mayores, mientras no repares
 Las casas derruidas
 De los dioses y estatuas denegridas
 Por el humo sagrado, y los altares.

Te juzgas (y por esto sin segundo
 Imperas en el mundo)
 Inferior á los dioses; y contento
 Les rindes la cabeza.
 Este el principio fué de tu grandeza;
 A esto y no más se debe tu incremento.

Muchos males los dioses irritados
 Por verse despreciados
 Enviaron ¡ay! á la luctuosa Hesperia.
 Las tropas de Pacoro
 Y Moneses ajar nuestro decoro
 Lograron y traernos la miseria;

Por tentar, inconsultos los agüeros,
 Acometerlos fieros
 Nuestros bríos domaron singulares;
 Y altivos nuestra presa
 Huelgan hoy de añadir con mano aviesa
 A sus pequeños, míseros collares.

El fiero etiope y el robusto dacio,
 Que son terror del Lacio,
 Uno por la saeta voladora
 Y el otro por la armada,
 Ya por guerras civiles sojuzgada
 Arruinaron del mundo á la señora.

Nuestros siglos en crímenes fecundos
 Trocaron en inmundos
 El casto lecho y nudos conyugales,
 Las familias y casas;
 Y de fuentes tan pútridas y crasas
 Refluyen sobre el pueblo enormes males.

ALERE FLAMMAM
 Alégrase la virgen casadera
 Si le enseñan la fiera
 Jónica danza; y en edad temprana
 Se quema en los ardores
 De incestuosos y lúbricos amores,
 Y con falsos afeites se engalana.

La juventud cobarde y presumida
 De estos padres nacida,
 No teñirá con sangre de Cartago
 El piélago; tampoco
 A un Pirro matará, ni á un grande Antioco,
 Y ni á un Anníbal de la Italia estrago.

Sino antes bien, los hijos procreados
 Por rústicos soldados
 Que á voltear las glebas erizadas
 Con la reja sabina
 Aprendieron, en donde aun los conmina
 La madre, si no surten con brazadas

De leños el hogar, cuando del monte,
 Tocando el horizonte,
 La sombra cambia el sol, ya que se aleja
 En su carro de fuego,
 Ya que convida á todos al sosiego
 Y el buey cansado el fértil yugo deja.

El tiempo volador ¿qué no aminora
 Con mano dañadora?
 Son nuestros padres menos generosos
 Que sus padres; peores
 Nosotros, en los años ulteriores
 Hijos engendremos más viciosos.

XXI

Descende de coelo, et dic, age, tibia

Reina Caliope, del hermoso cielo
 Desciende al triste suelo
 Y ensaya con la flauta en este día,
 O en acento argentino,
 O de Apolo divino
 Con la cítara, suave melodía.

¿La oís?... ¿la oís?... ¿Me burla por ventura
Una amable locura?
Paréceme escucharla... y me parece
Que voy por la serena
Campiña que la amena
Agua baña y el céfiro estremece.

Era muy niño: de jugar rendido
Y del sueño vencido,
Las torcaces palomas me cubrieron
Con hojas relucientes
Fragantes y recientes
Sobre los montes que nacer me vieron.

Sobre la cumbre del pullés Vulturo
Más allá de del seguro
Lindero de la Pulla, con asombro
De aquellos que en el monte
Del sublime Aqueronte
Moran, y que hoy entristecido nombro,

Y de Bata en las húmidas florestas
Y llanuras apuestas
Del humilde Farento, pues tranquilo
Me vieron recostado
Sobre el suelo alfombrado
De verde grama al pie de grueso tilo,

Y seguro dormir niño animoso
A la víbora y oso
Sin temer, de los dioses protegido,
Y del sol resguardado
Por arrayán sagrado
Entre el ramaje de laurel florido.

Oh Musas vuestro soy: ahora ascienda
Por la torcida senda
De la Sabina, ahora á la Preneste
Prefiera por helada,
O á Tíbur levantada,
O el tibio manantial de Baia agreste.

Porque amo vuestros cármenes y danzas
Burlé las asechanzas
En Filipos de mílite vencido;
Y dejóme con vida
La encina maldecida,
Y en la onda siciliana, escollo erguido,

Siempre, Musas, sereis mis compañeras:
Ora las olas fieras
Del Bósforo atreviese navegante,
Ora cruce viajero
El arenal severo
De la siria ribera y sofocante;

Ya atrevido penetre en la Bretaña
 Que bárbara se ensaña
 Con los extraños, ya visite al Trace
 De estirpe salvajina
 Que alegre con la equina
 Sangre, su sed rabiosa satisface;

O bien conozca al rápido Gelono
 De la Scitia colono
 Tan diestro en manejar el arco y flecha,
 Bien, de peligros libre,
 Dejado el ronco Tibre,
 Mí quilla en el mar Caspio se abra brecha.

Vosotras, Musas, en la pieria gruta
 Por vid y helecho hirsuta,
 Recreais al almo César, si al soldado,
 Porque Marte se aleja,
 En ocio blando deja
 Con los hijos del bosque sosegado.

Y vosotras, de Júpiter reflejo,
 Acertado consejo
 Fáciles dais de vos á quien le implora;
 Y gozo señalado
 Por el don otorgado
 Demostrais con sonrisa seductora.

El alto Jove, padre omnipotente
 Que gobierna prudente
 La inmoble tierra, el mar tempestuoso,
 Abismos y ciudades,
 A dioses, y heredades
 Del mortal que se yergue codicioso,

En otro tiempo sepultó iracundo
 En el antro profundo
 (Nadie lo ignora) con presteza y brío
 Del titán insolente
 A la turba demente
 Vibrando un rayo que surcó el vacío.

De aquella juventud púsole miedo
 La protervia y denuedo
 Que fiaba en sus fuerzas orgullosa,
 Y en las de sus hermanos
 Que pretendieron vanos
 Sobre el Olimpo encaramar el Osa.

Mas ¿qué, Tifeo y Mimas arrogante
 Y aquel amenazante
 Porfirión de alzadísima estatura?
 ¿Qué, Reco desdichado
 Y el crecido Encelado
 Que enormes troncos arrojó á la altura?

¿Qué pudiera este ejército forzado
 Contra el sonante escudo
 De Palas? A ella se agregó Vulcano
 Aguerrido; y corona
 El triunfo la matrona
 Juno, esposa del padre soberano

A ésta juntóse Apolo el patareo
 Que lleva por arreo
 El arco al hombro y la surtida aljaba;
 El que amable y riente
 De Castalia en la fuente
 La intonsa cabellera siempre lava;

El que en los bosques de la fértil Licia
 Su mansión y delicia,
 Y de Delo en la selva do naciera,
 Por los hombres loado,
 Querido y venerado,
 Siempre y por siempre sin rival impera.

¡La fuerza ruda empleada sin seso
 Se arruina por su peso!
 Si la fuerza se templa y se domina
 Los númenes la acrecen,
 Pero ellos la aborrecen
 Si á toda clase de maldad se inclina.

De estas mis sentencias es testigo
 Aquel Gyas enemigo
 Y aquel Orión que á la íntegra Diana
 Se le atrevió imprudente
 Y que herido en la frente
 Fué al punto por saeta soberana.

La tierra inerte duélese arrojada
 Sobre su malograda
 Prole monstruosa, é inconsolable llora
 Sus partos desgraciados
 Bajo el Etna enterrados.
 ¡Y al Etna el veloz fuego no devora!

Ni, guarda fiel de Ticio deshonesto,
 El buitre deja el puesto
 Y desampara el hígado sangrado;
 Y trescientas cadenas
 Acrecientan las penas
 De Piritoo, amante desdichado.

XXII

ALERE FLAMMAM Iam satis terris nivis, atque dirae
VERITATIS CDE II. LIB. I.

Ya mucha nieve y destructor granizo
Envió á la tierra poderoso Jove
É hirió sañudo con fulmínea diestra
Templo y alcázar;

Y puso miedo á la ciudad tremante,
Y puso miedo á la cobarde gente,
De que tornara de la madre Pirra
La época dura;

De Pirra el siglo, que prodigios nuevos
Temió quejosa, cuando á ver los montes
Llevó Proteo sus tiranas greyes
De ávidas focas;

Y cuando encima del robusto encino,
Lugar que pueblan las palomas sólo,
Descanso hallaba el de medrosos peces
Áureo linaje;

Y en la desierta lóbrega llanura
Del mar inmenso que envolvió la tierra
Iban nadando errantes los imbeles
Tímidos gamos.

Vimos que el Tíber, sus rojizas olas
Vueltas con rabia de la playa etrusca,
Iba el palacio á derribar y el sacro
Templo de Vesta.

Mientras el río escucha embebecido
De Ilia su esposa las amargas quejas
Y vengador se jacta de la triste
Muerte del César,

Turbio, encrespado, vagabundo y ronco
Deja su cauce; y por la izquierda orilla
Minaz resbala, y se retuerce fiero,
Invito Jove.

Oirá después la juventud escasa
Que sus mayores el tirano hierro
¡Ay! aguzaron sin herir al duro
Persa temible;

Y oirá la historia lamentable y negra
De nuestra lides al imperio crudas
Y las oirá por vicio de sus padres

Nada prudentes.

¿A quién, á quién de los excelsos dioses
El triste pueblo llamará en su ayuda
Hoy que el imperio, como al mar el río,
Corre á su ruina?

¿Con cuales ruegos á la sacra Vesta
Ha de cansar la pudibunda virgen
Cuando sabemos que negada, escucha
Poco los cantos?

¿A quién á quién el justiciero Jove
Dará el encargo de juzgar el crimen?
¿Qué envuelto bajas en candente nube
Ruégote, oh Apolo!

O si te place, ven, risueña Venus,
A quien rodean sin cesar volando
El rogocijo y el rapaz inquieto
Dulce Cupido.

O tú, Mavorte, si mirar te place
A tu afrentada mísera progenie
Ven, dáte prisa; ¡baste ya de juegos
¡Ay! harto largos!

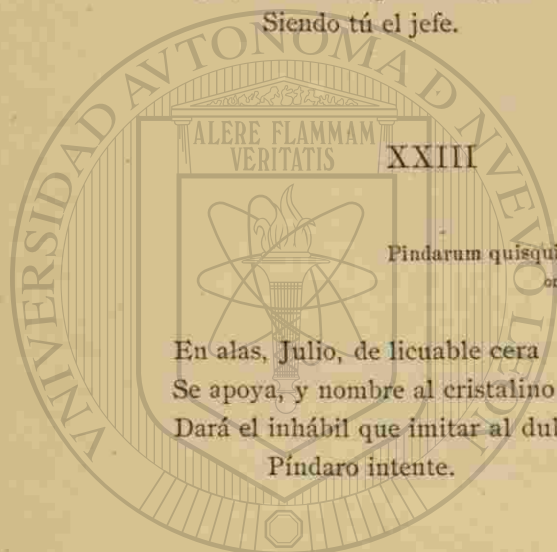
Tú á quien deleitan las confusas voces
Y leves yelmos y el semblante crudo
Del Mauro infante contra su enemigo
Rudo y sangriento.

Y tú, Mercurio, de la diosa Maya
Hijopreciado, que en la tierra imitas
Al dulce joven, aunque ya cambiados
Rostro y figura,

Que te apelliden vengador del César
Sufre, te pido; tarde al éter almo
Torna, y perenne, de Quirino al pueblo
Plácido asiste.

Y no irritado por la fiera culpa
De aquí te aleje bramador el viento;
Sino antes bien, en la terrestre esfera
Ama los triunfos.

Prefiere acá, prefiere ser llamado
Príncipe y padre; sin castigo nunca
Dejes, oh César, que cabalgue el Medo,
Siendo tú el jefe.



En alas, Julio, de licuable cera
Se apoya, y nombre al cristalino ponto
Dará el inhábil que imitar al dulce
Píndaro intente.

Como el riachuelo que del monte baja
Y que la lluvia al acrecer desborda
Sobre la orilla y que en su cauce rueda,
Píndaro hierve.

Y es siempre digno del laurel de Apolo;
Ora introduzca en ditirambos suaves
Nuevas palabras y de ritmos use
Suelos de reglas;

Ora á los dioses y á los reyes, hijos
De dioses, cante, y que con muerte aciaga
A los Centauros y Quimera horrible
Justos castigan;

Celebre á aquellos que la palma olimpica
Claros cual dioses á su casa torna,
O al púgil diestro y al ligero y noble
Équite cante,

Y á entrambos honre con mejor memoria
Que cien estatuas, en sus versos dignos;
O llore al joven que á su esposa triste
Fué arrebatado,

Y su denuedo, robustez y fuerzas,
Y sus costumbres de la edad dorada
Lleve á los astros, y del negro y crudo
Orco le libre.

Una aura, Antonio, perfumada y suave
Lleva en sus alas el tebano cisne
Cuando se cierne donde el alta nube
Rápida gira;

Mientras, el instinto remedando y modo
De la matina susurrante abeja
Que del tomillo las delgadas mieles

Liba en del bosque,

Por las orillas con trabajo inmenso,
Aquí á la margen del rociado Tibur
Bajo los sauces, operosos cantos
Parvo compongo.

A Cesar noble cantarás, poeta,
Con mejor plectro, si en laurel ceñido
La vía sube y cual trofeo sigue
Rudo el Sicambro.

Nada más grande ni mejor que el César
Dieron los hados y benignos dioses;
Ni darlo pueden, aunque al mundo vuelvan
De oro los siglos.

Tú, canta, canta los dichosos días
De Roma y juegos, por haber logrado
Que torne Augusto y que el desierto foro
Se abra á los juicios.

Un eco, entonces, de mi voz humilde
(Si es que algo digo que escucharse pueda)
Ya vuelto el César, sonará: ¡Sol bello,
Digno de gloria!

Mientras triunfante la ciudad recorres,
¡Viva mil veces, clamaremos, viva!
Y ofreceremos á los dioses justos
Másculo incienso.

Tú con diez toros y otras tantas vacas
Que sacrifiques, cumplirás tu voto;
A mí, tan pobre, presentar me es dado
Sólo un novillo

Quitado ha poco á la mugiente madre,
Y que entre hierbas se apacienta largas,
Y que en la testa con primor los cuernos
Curvos remeda

De blanca luna en el tercero día
De la creciente; lleva piel lustrosa
Y leonada, y en la crespas frente
Cándida estrella.

XXIV

Mercuri, facunde nepos Atlantis

ODR IX. LIB. I.

¡Mercurio, nieto del robusto Atlante,
Que suavizaste fieras las costumbres
De nuestra especie con tu voz sonora
Y en la palestra!

Te cantaré de Jove mensajero
Y de los dioses, de la corva-lira
Autor sagaz, y protector del hurto
Hecho por burla.

En otro tiempo sus robados bueyes
Te reclamaba con minaces voces,
Y al advertir que aun el carcaj le hurtaste,
Rióse Apolo.

Y el rico Priamo burla á los Atridas,
Dejada Troya, siendo tú su guía,
Y al centinela y de enemiga Troya
Los campamentos.

Del alto Jove y de Plutón querido,
A las piadosas ánimas colocas
En grato asiento; y á los Manes riges
Con vara de oro.

XXV

Quem tu, Melpómene, semel

ODR II. LIB. IV.

A quien tú ves con plácida mirada,
Melpómene sagrada,
Al punto de nacer, no hará famoso
Púgil el istmio juego;
Ni llevarále en griego
Carro, cual vencedor, caballo airoso.

Ni al Capitolio, bélica victoria
Le mostrará con gloria
Cual ínclito caudillo, coronado
En el laurel de Delos,
Porque hubo en sus desvelos
A reyes orgullosos abajado.

Sino antes bien: las aguas cristalinas
 Que bañan las colinas
 De Tívoli feraz, de erguido roble
 Y de palma altanera
 La espesa cabellera
 En cólicos versos le harán noble.

De Roma, la primera en excelencia,
 La clara descendencia,
 De los vates se digna en los serenos
 Coros anumerarme;
 Y al dejar de envidiarme
 El diente inicuo me lastima menos.

¡Oh Piéride, que riges con decoro
 De esta mi lira de oro
 El melífluo gratisimo sonido,
 Oh tú, que á mudos peces
 Pudieras dar á veces

La tierna voz de cisne dolorido!

¡Lo debo todo á ti! Si al pasar quedo
 Me apuntan con el dedo
 Como á quien tañe de agradable modo,
 El vivir sosegado,
 Y el agradar, si agrado,
 A ti, Piéride, á ti lo debo todo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sino antes bien: las aguas cristalinas
 Que bañan las colinas
 De Tívoli feraz, de erguido roble
 Y de palma altanera
 La espesa cabellera
 En cólicos versos le harán noble.

De Roma, la primera en excelencia,
 La clara descendencia,
 De los vates se digna en los serenos
 Coros anumerarme;
 Y al dejar de envidiarme
 El diente inicuo me lastima menos.

¡Oh Piéride, que riges con decoro
 De esta mi lira de oro
 El melífluo gratisimo sonido,
 Oh tú, que á mudos peces
 Pudieras dar á veces

La tierna voz de cisne dolorido!

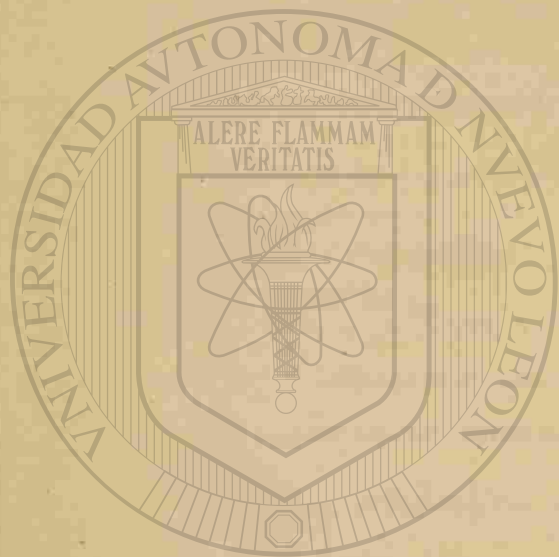
¡Lo debo todo á ti! Si al pasar quedo
 Me apuntan con el dedo
 Como á quien tañe de agradable modo,
 El vivir sosegado,
 Y el agradar, si agrado,
 A ti, Piéride, á ti lo debo todo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FRAGMENTO.

At regina gravi iam dudum saucia cura,

Mas, por grave inquietud la Reina herida
Empéñase en nutrir la acerba llaga
En las venas, y vese consumida
Por fuego oculto y que á la par halaga,
Del héroe excelso la virtud no olvida;
De su nobleza el esplendor la embriaga;
E insomne sus palabras y semblante
Guarda grabados en el pecho amante.

No bien al mundo la siguiente aurora
Alumbro con la lámpara febea,
Y replegóse al polo donde mora
La negra sombra que jamás se orea,
Cuando al afán que el alma le devora
Y el tierno corazón le atenacea
Un punto cede; y ruborosa y pía
A su concorde hermana así decía:

«Ana querida, dime, dulce hermana:
 «¿Por qué me llenan de mortal tristura
 «Estos sueños? ¿de qué región lejana
 «A este huésped nos trajo la ventura?
 «¡Qué presencia ¿lo adviertes? tan galana!
 «¡Cuán gentil por sus armas y bravura!
 «Está de los mortales por encima
 «Y es de dioses la sangre que le anima.

«Ni es temeraria aquesta mi creencia:
 «El innoble temor vende al cobarde.
 «¡Ay! ¡cuánto, cuánto por la mal querencia
 «De un hado que contra él en iras arde
 «Sufrido padeció! ¡con qué prudencia
 «Y tino hablaba, sin hacer alarde
 «De su ingente valor, de los ardidés
 «Del griego astuto en las pasadas lides!

«Si enclavado, créeme, no tuviera
 «Un propósito en mi ánima afligida
 «De á otro jamás unirme con la austera
 «Conyugal sogá, desde que fallida
 «Mi primera ilusión la muerte fiera
 «Para siempre dejó, si aborrecida
 «No me fuera la tea, y aun odioso
 «El tálamo. . . . llamárale mi esposo.

«Ana. . . ¿lo negaré? Desde la muerte
 «De Siqueo mi esposo desdichado,
 «Cuya sangre mi propio hermano vierte
 «Al penate dejando salpicado,
 «Éste, y no más, agita de tal suerte
 «Mi cerebro y espíritu agobiado,
 «Que siento renacer potente y fiero
 «En mis entrañas el amor primero.

«Mas, antes, oh Ana mía, que consienta
 «En tal deseo, se abra vengadora
 «Esa tierra á mis pies; de Jove sienta
 «Sobre mí la centella vengadora
 «Que me lleve, ya sombra macilenta,
 «Del Erebo á la noche sin aurora.
 «¡Mil y mil muertes tormentosas quiero
 «Antes, pudor, de quebrantar tu fuero!

«Aquel que me libró de los rigores
 «De la suerte llamándose mi esposo,
 «Y que al morir hundióme de dolores
 «En un mar sin vislumbre de reposo,
 «Tenga por siempre vivos mis amores
 «Consigo en el sepulcro tenebroso.»
 Y esto al decir, á la ternura el freno
 Soltó bañando con su lloro el seno.

«Ana responde: Hermana, más querida
 «Que mi existencia, dime: ¿por ventura
 «Te propones pasar la edad florida
 «Siempre libando el cáliz de amargura?
 «¿No darás á un hijuelo leche y vida?
 «¿Del conyugal deleite la dulzura
 «No probarás? . . . Entiende que los muertos
 «No se curan de tales desaciertos.

«Y así será; ninguno la tristeza
 «Venció de tu viudez; no los varones
 «De la Libia y de Tiro; con firmeza
 «Desechaste las tiernas pretensiones
 «De Iarba y de otros de notoria alteza,
 «Guerreros que tremolan sus pendones
 «Victoriosos en África; y ¿demente
 «Ante este dulce amor yergues la frente?

«¿Por acaso has perdido la memoria
 «De que estamos, hermana, circuidos
 «De los griegos feroces cuya gloria
 «Estriba en domeñar sin ser vencidos?
 «De los Númidas bravos es notoria
 «La altivez; y los Sirtes desabridos
 «Nos cercan por doquier, y la sedienta
 «Cruda región que al Berceo sustenta.

«¿Qué diré de la guerra desastrada
 «Que el ejército indómito de Tiro
 «Puede movernos? Fija la mirada
 «Lleva en nosotros al hacer su giro.
 «Lo sabes: Pigmalión con diestra armada
 «Ha osado amenazarte. No respiro
 «Desde esa vez; desvélame en extremo
 «El porvenir porque sus iras temo.

«Hermana, yo sospecho que esta flota
 «Arrojó á nuestras playas oportuno
 «El Ábrego furioso que la azota
 «Con los dioses excelsos de consuno.
 «Tal vez libamos la postrera gota
 «Del padecer, pues favorable Juno
 «A esta gente nos trajo, dulce hermana,
 «Porque á tu boda asistirá mañana.

«Y ¡hasta dónde la gloria de tu imperio
 «Se encumbrará!.. ¿lo sabes? ¡hasta dónde
 «El fenicio iría!... no es un misterio
 «Que á tu viveza natural se esconde.
 «Con la presencia, ayuda y magisterio
 «De los troyanos.... hálame, responde:
 «¿Habrá caudillo en la anchurosa tierra
 «Que no se te someta por la guerra?

«Ahora tú, devota los altares
 «De los dioses frecuente; sacrificios
 «Ofrece sin cesar; y en nuestros lares
 «Deténlos, pues los hados son propicios.
 «Pretextos finge: díles que estos mares
 «Hasta el cielo se van en los solsticios;
 «Y que las naves el furioso viento
 «Encalla y echa á pique en un momento.»

Con aquestas razones, la encendida
 Alma de la infelice más se inflama;
 Y perder el pudor (cosa es sabida)
 Fué el primer episodio de aquel drama.
 Se dirigen primero á la escondida
 Morada de los dioses; roja flama
 Prenden al punto; compungidas lloran,
 Y el favor de los númenes imploran.

Ovejas escogidas, según rito,
 Prontas inmolan á la madre Ceres
 Legífera, y á Febo algún cabrito
 Y otro á Baco, amador de los placeres.
 De preferencia á Juno; vil delito,
 Siendo este el principal de los deberes,
 Fuera olvidarla en el presente caso.
 Sin ella los amantes no dan paso.

La misma Dido, centro de hermosura,
 Luciendo entonces las mejores galas,
 Dejó la regia alcoba con presura
 Y cruzó muda las soberbias salas.
 Una copa oriental de plata pura,
 Con tiento, cual si fuera por escalas,
 Bajó con vino que vertió altanera
 En la cerviz de cándida ternera.

Los altares de grasa salpicados
 Con paso grave tácita rodea
 Y efigies de los dioses venerados,
 Llevando alzada la encendida tea.
 Se ven los sacrificios renovados
 Día por día; y necia se recrea
 En consultar con plácido semblante
 La entraña de la víctima espirante.

¡De los vates, oh anuncios fementidos!...
 ¿De qué sirven los votos, de qué el templo
 Al amante que yerra sin sentidos
 A los otros sirviendo de alto ejemplo?
 Que el alma y cuerpo vense consumidos
 Por cierto fuego oculto yo contemplo,
 Cuando en el pecho la mortal herida
 Se esconde á los demás y está con vida.

Dido infeliz ignora que la abrasa
 Aquel insano amor de instante á instante,
 Y sola y triste la ciudad repasa
 Con descompuesto y pálido semblante.
 Como la cierva de fortuna escasa
 A que logró clavar el vigilante
 Cazador importuno la saeta
 En los montes fragosos de la Creta,

Y que, sin intentarlo, el duro hierro
 En la herida fatal dejó prendido,
 Mientras el pobre animal trepando al cerro
 Huye á todo correr; despavorido,
 No se pára á probar la linfa ó berro,
 Ni quiere ver si el cazador es ido,
 Y baja y sube por el bosque alzado
 Con la flecha clavada en el costado.

Ora lleva consigo al fuerte Enea
 A recorrer la ínclitas murallas;
 La riqueza de Tiro gigantea
 Le muestra, y yelmos y robustas mallas.
 Le enseña la ciudad; y aun alardea
 De que á prueba de arietes y metrallas
 Fué edificada; fácil, vehemente,
 Habla mucho, y se calla de repente.

Ora presenta al espirar el día
 Opíparos banquetes; é importuna
 Le ruega que repita, cual solía,
 Sin esconderle circunstancia alguna,
 Del griego maldecido la osadía,
 Del troyano la mísera fortuna;
 Y llora como propios los agravios
 Pendiente una vez y otra de sus labios.

Y después que el troyano á su aposento
 Se retiraba, y tras el monte erguido
 Se hundía Febe, el ancho firmamento
 En tinieblas dejando sumergido,
 Y las estrellas de su regio asiento
 Descendían, á sueño apetecido
 Convidando á los míseros mortales,
 ¡Qué momentos pasaba tan fatales!

Sola en su estancia, á su entender vacía,
 Vaga insomne del uno al otro lado,
 Y al tenderse tal vez se calofría
 Donde Eneas estuvo recostado.
 Ausente ella al ausente, con sombría
 Mirada busca y juzga que le ha hallado;
 O abraza á Ascanio, el inocente niño
 Retrato de su padre y su cariño.

Las torres comenzadas ya no crecen;
 La brava juventud no se ejercita
 En las armas, que acaso se enmohecen
 Cuando la patria más las necesita;
 Los puertos no preparan; no abastecen
 De pertrechos los muros; ni se agita
 La ignara multitud de aquella tierra
 Por alistar los útiles de guerra.

Dentro y fuera, las obras colosales
 Interrumpidas vense; el raro celo
 De la reina infeliz por sus leales
 Buenos vasallos convirtiéndose en hielo;
 Las máquinas, alzadas con señales
 De acometer al encumbrado cielo,
 Están ociosas; y suspensa calla
 En derredor la sin igual muralla.

No bien de Dido la pasión terrible,
 De Jove excelso la querida esposa
 Conoce astuta, y mira que insensible
 Es á la fama y á cualquiera cosa
 Que no sea su amor, Juno irascible,
 A Venus, con sonrisa maliciosa
 Y arreglando la rubia cabellera,
 Agredió con palabra lisonjera:

«Reportais en verdad grande alabanza
 «Y crecidos despojos tú y tu hijo;
 «Una gloria de eterna remembranza,
 «Optimo fruto de tu afán prolijo.
 «Y una mujer con pérvida asechanza
 «Al traste da con todo; el regocijo
 «Trocando en luto, maldición y daño
 «De los dioses supremos por engaño.

«No se me esconde.. ¿y cómo? que has temido
 «Nuestra muralla y que te pone miedo
 «De mi Cartago el mérito subido
 «Que yo tan sólo aquilatarle puedo.
 «Pero... ¿cuál será el fin? ¿qué colorido
 «Lleva esta lucha que ambas con denuedo
 «Sin igual, esforzadas sustentamos
 «Y cuyas consecuencias lamentamos?

«¿Por qué, mejor, en paz inalterable
 «No nos unimos, y ambas protejemos
 «Aqueste matrimonio el más amable
 «Y juntamos en uno los extremos?
 «Ya tienes lo que te era deseable;
 «Dido perdió por siempre barca y remos;
 «Y el ciego amor que su apetito adula
 «Le quema aun de los huesos la medula.

«Gobernemos las dos aqueste imperio
 «Con el mismo poder; del frigio esposo
 «Olviden la derrota y cautiverio
 «Y obedézcaule todos en reposo.
 «Dar el mando, no ha sido vituperio
 «A un hombre, aunque vencido, valeroso;
 «Y en prenda de este pacto soberano
 «A la Tiria nación pondré en tu mano.»

Mas, Venus (que conoce la perfidia
 De Juno y sus consejos fementidos,
 Pues se propone con horrenda insidia
 Alejar de los campos bendecidos
 De Italia el reino á la desierta Lidia)
 Responde así: «Quedamos convencidos
 «De tus razones, y locura cierta
 «Fuera sin duda desechar tu oferta.

«Hágase así; con tal que la fortuna
 «Grata se muestre y favorable al hecho.
 «Mas... un temor me asalta que importuna
 «En este instante al desconfiado pecho.
 «¿Si querrá Jove refundir en una
 «Las ciudades, y que único un derecho
 «Haya igual para el Tirio y el Troyano?
 «Y advierte que el saberlo está en tu mano.

«Su esposa eres; y sólo á tí fué dable
 «Escudriñar su mente y albedrío;
 «Ve sin demora y muéstratele afable
 «Que yo te sigo.»—«Ese negocio es mío;
 «Respondió Juno; escúchame: inmutable
 «Es mi designio, y de ello me glorío.
 «Voy á decirte, cuando la hora suene,
 «En breve frase, lo que hacer conviene.

«Dido y Eneas á una cacería
 «Piensan salir, dejada la llanura,
 «En la selva cercana, cuando el día
 «Bañe el mundo con luz radiante y pura.
 «Mientras corre la fiel caballería
 «Y los bosques con redes asegura,
 «Yo tenderé una nube en el momento,
 «Negra, preñada, que perturbe el viento.»

«Que se dispersan todos, es bien claro;
 «Que han de esconderse muchos ¿quien lo duda?
 «Yo haré que Dido por buscar amparo
 «Se albergue fácil en caverna ruda;
 «Y haré que Eneas sin ningún reparo
 «Al mismo sitio presuroso acuda;
 «Veránse solos en lugar latente
 «Y yo estaré invisible aunque presente.

«Entonces, si lo quieres, es posible
 «Que yo los ate con el fuerte nudo
 «Del matrimonio. Dime ¿no es plausible
 «Aqueste pensamiento por lo agudo?
 «Allí serán las bodas.» No es decible,
 (Aunque á la oferta resistir no pudo)
 Cuanto admiróle tan extraña idea
 Que obligó á reir á Citerea.

Dejó entre tanto la rosada aurora,
 Levantándose presta, el Océano;
 La juventud alegre y bullidora,
 A la puerta, no bien el sol galano
 Las altas torres y los riscos dora,
 Con presura salió; con ágil mano
 Preparan lazos y volantes hierros
 Redes delgadas y oledores perros.

Del palacio en la entrada, la nobleza
 De los troyanos á la reina aguarda,
 Que ataviándose está con tal largueza
 En la cámara regia, que ya tarda.
 El suelo hiere con sin par fiereza
 Un potro corredor de muy gallarda
 Figura, que impaciente tasca el freno
 De oro y corales y arabescos lleno.

Al fin asoma deslumbrante, altiva,
 Como en día de grande ceremonia,
 Rodeada de ingente comitiva,
 Cubierta con la clámide sidonia;
 Aljaba de oro y perlas le cautiva
 El hombro escultural; y testimonia
 Que lleva bien trenzado áureo el cabello
 Aquel esbelto alabastrino cuello.

Abre la marcha el escuadrón troyano;
 Julio con ellos; y el preciado Enea
 Con gentileza y garbo soberano
 Asociado á los suyos galopea.
 Hace flotar con aguerrida mano
 Del caballo las crines, que voltea
 Ensortija y desaparece el aura fría
 Del más alegre y luminoso día.

Como el divino, citaredo Apolo
 Cuando deja de Licia helado el río
 Y torna á Delos donde impera sólo
 Por ser aqueste su lugar natío,
 Y danzar hace sin rencilla y dolo
 Cabe las aras al concurso pio
 De los Cretenses, Driopes y Agatirsos
 Que todos portan festonados tirsos,

Y él descuidado en la sublime alteza
 Del Cintio se pasea y en corona
 De tierno lauro ciñe su cabeza
 Con piel vestido de feroz leona,
 Suelta de su cabello la maleza
 Que acaricia la brisa juguetona,
 Así de Eneas era la figura
 Por su despejo, ornato y hermosura.

Ya en la cumbre del monte melenudo,
 Donde tienen las fieras su manida,
 Del abra estrecha de peñasco rudo
 Salieron unas cabras de corrida;
 De ciervos un ejército cornudo
 Por la opuesta abertura halló salida;
 Y en dos manadas dejan la arboleda
 Levantando blanquiza polvareda.

En medio á la planísima llanura
 Ascanio el joven en corcel ligero
 Discurría por mera travesura
 En pos de ambos rebaños el primero;
 Y se decía: «Pudo la espesura
 «Echarme un león sanguinario y fiero
 «O un negro jabalí de corvos dientes,
 «Y no estos animales inocentes.»

El cielo, antes tranquilo, mientras tanto
 Comenzó á obscurecerse; nube extensa
 De improviso envolvió con negro manto
 De aquellos bosques la amplitud inmensa.
 La horrible tempestad ponía espanto;
 Y en tanta confusión cada cual piensa,
 El Tirio y el Troyano, y aun el nieto
 De Venus, en salvarse del aprieto.

Cuitados buscan las dispersas chozas
 Como único refugio; á los bajíos
 Enormes troncos arrastrando y brozas
 Bajaban turbios y espumosos ríos.
 Salvando arroyos y revueltas pozas
 Dido y Eneas, ya sin atavíos,
 Sin quererlo tal vez, por varia ruta
 Juntos entraron en la misma gruta.

Fueron la Tierra y Juno los primeros
 En dar el signo; ardientes las centellas
 Sirviéronles de teas; vocingleros
 Los vientos desatáronse en querellas;
 Alumbraron los astros placenteros
 De estos esposos las felices huellas
 En aquellas opacas soledades;
 Y ulularon las tiernas Oreades.

Aquese aciago, tormentoso día
 En los tirios anales maldecido,
 Origen fué de tanta felonía
 Y muerte acerba de la triste Dido.
 Ya desde entonces sin rubor oía
 Lo que de ella se hablaba; ni escondido
 Guardaba aquel amor, y llamó esposo
 Al que sólo era amante desastroso.

Entre tanto la fama, que supera
 Por lo veloz á todas las humanas
 Viles desdichas, recorrió ligera
 Las mayores ciudades africanas.
 Es, por inestable, poco duradera;
 Y á medida que avanza por lejanas
 Regiones, se avigora y cobra fuerza
 Y no hay poder que sus designios tuerza.

Pequeña en sus principios, que es medrosa,
 Después hasta las nubes se sublima;
 Recorre el mundo entero presurosa
 Y gigante á los astros se avecina.
 Según cuentan, la tierra, poderosa
 Madre de todo cuanto acá se anima
 La dió á luz en un punto, provocada
 De los dioses por la ira destemplada.

Es del gigante Ceo y de Encelado
 Hermana la menor; de pie ligero
 Y alas veloces; lleva resguardado
 Por plumas todo el cuerpo el monstruo fiero.
 Debajo cada pluma un ojo airado
 Tiene (¡admirable cosa!) y verdadero
 Es que tiene igual número de oídos,
 Y de bocas y lenguas, escondidos.

De noche vuela en la mitad del cielo
 Y entre las sombras de la tierra obscura;
 Por ser constante su estridente vuelo
 Desconoce del sueño la dulzura.
 Durante el día ténplase su anhelo
 Y se sienta á mirar desde la altura
 De algún techo encumbrado ó torre airosa,
 Y á la ciudad conmueve populosa.

Acoge indiferente la mentira
 Y la verdad con suma pertinacia;
 Y su afán es tan grande, que no mira
 De la primera la insolente audacia.
 Al seductor acorde de su lira,
 A los pueblos con pérfida falacia
 Iba narrando aquestas falsedades
 Mezcladas, como suele, con verdades;

Que Eneas el insigne, descendía
De sangre teucra; que la hermosa Dido,
Inconsultos los númenes, se había
Dignado recibirle por marido;
Que desde entonces atónita vivía
Rodeada del lujo más crecido;
Y que ambos de sus reinos olvidados
A la torpeza estaban entregados.

La furibunda diosa estos rumores
Desparcía por boca de la gente
Y lista penetró en los corredores
De Iarbas desdeñado y maldiciente;
(De Iarbas que nació de los amores
De Jove y una ninfa) y que en su mente
Recuerdos acumula y negras iras,
Narrándole verdades y mentiras.

Este Iarbas á Júpiter tonante
En su amplio reino levantado había
Cien aras en cien templos, dó constante
El fuego sacro inextinguible ardía;
Le estableció perenne vigilante,
Y centinelas que de noche y día
Iban en torno de los templos sacros
Cuidando los queridos simulacros.

Dedicóle además ancho terreno
Con la sangre caliente y humeante
Regado, cual con linfa el campo ameno,
De la víctima imbele y espirante.
Se dice que este rey, de furia lleno
Turbada la razón, y palpitante
Por lo que oyó, las manos levantadas,
Así oró á las efigies veneradas:


«Oh Júpiter, señor omnipotente,
«A quien hoy el adusto, Mauritano
«Sobre lecho de hierba y flor oliente
«Ofrece vino con piadosa mano!
«¿No miras los desmanes de esa gente?
«Oh padre, dí: ¿nuestro temor es vano
«Al escuchar que el viento se querella
«Porque contra él vibraste la centella?

«¿Sin fundamento el rayo, por ventura,
«El rayo, al desgarrar el pardo seno
«De espesa nube, pónenos pavura?
«¿Es inútil sonido el ronco trueno?
«Una mujer de cierta donosura,
«Errante, á quien vendimos un ameno
«Terruño exiguo, varonil se empeña
«Y en breve funda una ciudad pequeña.

«Para el cultivo dímosle una orilla
 «En la playa desnuda y arenosa;
 «Y ella nos ofreció llevar sencilla
 «De nuestra ley la carga ponderosa.
 «Y esta mujer. . . esta mujer me humilla
 «Negándose obstinada á ser mi esposa. . . .
 «Y acaba sus maléficás tareas
 «Por recibir como marido á Eneas!

«Ahora, nuevo París, con su tropa
 «De hombres afeminados, se engalana,
 «Se perfuma, y camina viento en popa
 «Con la mitra ciñéndose africana.
 «Yo he donado á tus templos áurea copa. . . .
 «¡Inútil donación! ¡empresa vana! . . .
 «¡Inútil es que con afán prolijo
 «Se esfuerce en probar que soy tu hijo!»

Esta oración por Iarbas pronunciada,
 Tocando el ara con la mustia frente,
 Forzó sin duda la eternal morada
 Y hubo de oirla el padre omnipotente,
 Quien hacia Tiro vuelve la mirada
 Y ve á Eneas, y luego á la indolente
 Dido, que presa de pasión notoria
 De su reino se olvida y de la gloria.



La Egloga, y una Elegía


DEL PADRE ALEGRE

Traducidas parafrásticamente del latín

«Para el cultivo dímosle una orilla
 «En la playa desnuda y arenosa;
 «Y ella nos ofreció llevar sencilla
 «De nuestra ley la carga ponderosa.
 «Y esta mujer. . . esta mujer me humilla
 «Negándose obstinada á ser mi esposa. . . .
 «Y acaba sus maléficis tareas
 «Por recibir como marido á Eneas!

«Ahora, nuevo Paris, con su tropa
 «De hombres afeminados, se engalana,
 «Se perfuma, y camina viento en popa
 «Con la mitra ciñéndose africana.
 «Yo he donado á tus templos áurea copa. . . .
 «¡Inútil donación! ¡empresa vana! . . .
 «¡Inútil es que con afán prolijo
 «Se esfuerce en probar que soy tu hijo!»

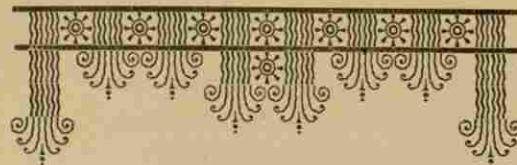
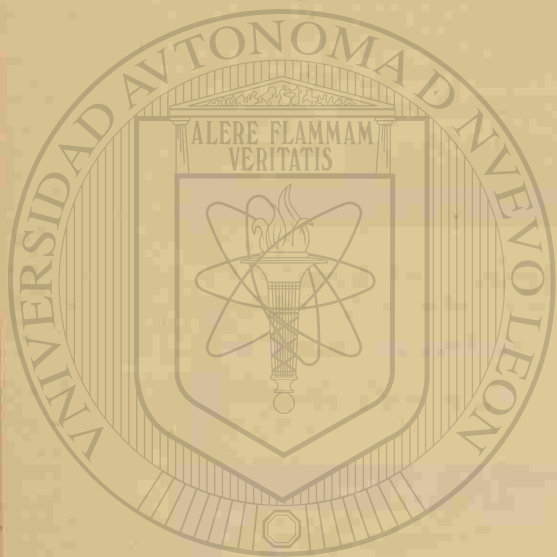
Esta oración por Iarbas pronunciada,
 Tocando el ara con la mustia frente,
 Forzó sin duda la eternal morada
 Y hubo de oirla el padre omnipotente,
 Quien hacia Tiro vuelve la mirada
 Y ve á Eneas, y luego á la indolente
 Dido, que presa de pasión notoria
 De su reino se olvida y de la gloria.



La Egloga, y una Elegía

DEL PADRE ALEGRE

Traducidas parafrásticamente del latín



NISO.

Hos Niso, mea Ninpha modos concede roganti.

Da, Ninfa mía, á Niso que te implora
Acento blando. Plácele la selva.
¡Qué sus cantares á la selva plazcan!
Comienza: los solícitos amores
Cantaremos de Niso. Mientras ríen
Los bosques por sus árboles frondosos
Y por sus flores la gentil pradera,
Él solitario la montaña busca
Por escarpada y silenciosa vía
Y en estas quejas su dolor exhala:
«¡Oh dulce amor, Aminta!.. ¿quién, quién pudo
«Turbar tu paso?... dime: donde moras
«O qué sendero fugitiva sigues?
«Ven, casta niña, el pubescente prado

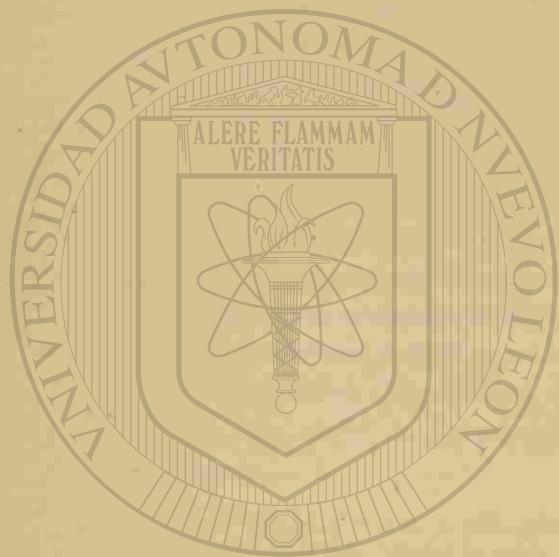
«Mientras esquilan mis traviesas cabras
 «Y los gramales mis terneras tronzan
 «Y topadores los cabritos triscan,
 «Y mientras duran los influjos suaves
 «De la joven alegre Primavera.
 «¡Seame dado, junto ya contigo,
 «Seame dado embelesar las auras
 «Con mis cantares, y la peña tosca
 «Dócil aprenda á resonar tu nombre!
 «¡Seame dado, como en otro tiempo,
 «Tañer contigo la sutil avena
 «De Pan divino, y acercar el labio
 «Tembloso y rudo á las impares cañas!
 «Dejara entonces el ameno soto
 «Sin pena alguna la novilla pingüe;
 «Y pusieran oído los corderos
 «Y escucharan tus versos los leones
 «De pie á tu derredor. Rapaz el lobo,
 «Dejada la caverna, se mezclara
 «De mamantones con el tierno aprisco,
 «Y las insidias y rencor eterno
 «Del corazón rabioso depusiera,
 «Por tu forma atraído peregrina
 «Y por el eco de tu voz sonora,
 Y si cantar rehusas, escucharas
 «A Alfesibeo; canta con dulzura
 «Tendido al pie de gigantesco roble

«Cuando las greyes trashumantes llegan;
 «(Él, de aquí lejos de continuo mora
 «Bajo la helada peña del Liceo)
 «Y se complace en modular conmigo
 «Hábil tañendo sonora flauta
 «De siete cañas que juntó con cera,
 «Élegos cantos, y del boj de Jonia
 «Los dulces juegos, ó el amor de Clori
 «Ardiente y casto y la temprana muerte.
 «Porque era aquella de tu egregia forma
 «Perfecta imagen; y en aqueste siglo
 «¡Hado cruel! entrambas florecierais
 «Iguales si la vida conservara.
 «Así los ojos y agraciada boca,
 «Así la barba, como tú, tenía.
 «Era muy blanca, y el rubor hermoso
 «Le decoraba de la edad florida
 «Del mismo modo que las frescas pomas
 «De grana y rosa al madurar se tiñen;
 «Y los cabellos en madejas de oro
 «Suaves cubrían su marmórea frente.
 «Eres morena y por tu cuello bajan
 «De ébano rizos lucios y encrespados
 «Que brillan como brilla al mediodía
 «El dorso blando de paloma negra.
 «Tú eres morena; mas, lo son las violas
 «Y son buscadas con afán prolijo.

«Tú eres morena; brillo no les falta
 «A los jacintos de color obscuro.
 «También de Clori, de la hermosa Clori
 «La selva el nombre sin cesar repite
 «Por más que á veces mis amargas quejas
 «Y ardiente llanto reprimir procuro.
 «A mí también (es justo confesarlo,
 «Aminta, nunca la verdad te agravie)
 «(¡Hado cruel!) la desdichada Clori
 «Con su amor me abrasaba y á menudo
 «Del corazón profundizó la herida,
 «Ya muy honda, el dolor de Alfesibeo.
 «¡Oh, ven acá! Si condolida llegas,
 «¡Ah dulce objeto de mis ansias rudas!
 «Ni á tí ni á mí lastimará inclemente
 «De Alfesibeo el padecer agudo.
 «Se marchitan los campos, y mis cabras
 «Dejados los breñales vense enfermas:
 «¡El mismo amor al infeliz rebaño
 Con cruda saña y al pastor consume!
 «Pero si vienes, á tu vista sólo
 «El valle estéril tornarás ameno;
 «Exhalará su natural fragancia,
 «Y engordarán mis cabras, en el bosque
 «Al sustentarse con doradas frondas;
 «Y gozarán de sin igual ventura
 «El pastor y su mísero ganado.

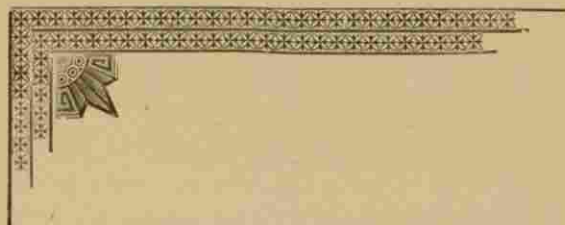
«¡Amor cruel! Retornan los colonos
 «A sus majadas; mírame que inmoble
 «Aquí te aguardo sin hallar consuelo.
 «—¿Es un delirio?... ¿ó presurosa baja
 «Por el declive del alcor cercano?
 «Ve, mancebo, y apronta los tarrillos
 «De la leche á Textylis; ora intente
 «Ordeñar una vaca negra ó pinta;
 «Y dile que prevenga hirsutas nueces
 «Y manzanas de rojo salpicadas.
 «A salirle al encuentro me apresuro
 «Es muy breve el camino; por el río
 «Es más largo. Reduce nuestras greyes
 «¡Ea! oh Mopso, que la noche asoma.
 «Al establo tornad, oh cabras mías.»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Elegía.

Phoebe pater, si fata virám te tristitia tangunt

¡Oh padre Febo! si los tristes hados
De los mortales y amargosa pena
Conmueven á los númenes airados,

Ven, Melpómene flébil, la melena
Descogida, y en vez de canto agudo,
En ciprés coronada y en verbena,

Exhale tu garganta grito rudo;
Cese del arpa el deleitoso acento;
Quede el poeta confundido y mudo.

Que de la lira y voces el concento
Jamás conviene al ánima oprimida
Por amargo, inefable sentimiento.

Ojos míos, soltad, soltad la brida
A las lágrimas pías; verted llanto,
Si el pavor lo permite, sin medida.

¡Oh corazón! derrama tu quebranto
En gemidos. ¡Jamás causa más justa
Hubo de duelo y de dolor y espanto!

Al mirarme un varón de alma robusta,
Sentirá menos; mas, vereis que baña
Sus párpados el lloro y faz adusta.

¡Ha muerto! . . . y de la muerte la guadaña
¿Por qué, iracunda contra el pecho mío,
Si nunca la he temido, no se ensaña?

¿Triste de mí! Vedóme el hado impío
Aun cerrarle los ojos . . . muerte ruda,
Por que viniste con tan raro brío?

Triste de mí! que en situación tan cruda
Nególe el hado al corazón amante
Dar lo que le negó mi lengua muda.

No me fué dado el cárdeno semblante
Por el llanto postrero humedecido
Enjugarle con mano tremulante

Ni cerrarle los labios . . . Abatido
Aguardo el mismo término, escuchando
De la campana el lúgubre tañido.

Cual paloma torcaz de instinto blando,
El rayo al estallar, se lanza al viento
Sin rumbo fijo el éter verberando,

Así yo, al escuchar el duro acento
Del bronce ronco, vuelo, pues me instiga
El temor de perderle, á su aposento;

Y al entrar bajo el techo que le abriga
(¡Oh momento de sombras! ¡oh desgracia!)
A mi oído llegó voz enemiga:

«Ha muerto!..» ¿Y quién con tan punible audacia,
Hiriéndome de muerte, despiadado
Esa noticia por el viento espacia?

Como el viajero párase angustiado
Si al compañero por el rayo herido
Ve caer bajo cielo encapotado,

Así yo, de pavor sobrecogido
Detuve el paso; el corazón latía;
Y extático quedéme y sin sentido.

Mas, luego que á mis fauces permitía
La palabra el dolor, el aura leda
Aquestos mis clamores repetía:

«Sóberbia Parca, dime: quien te veda
«De este sér alargar la vida amable
«Cual la de Néstor, con templar la rueda?

«Te agrada destroncar con fiero sable
«Al arbusto que se alza en la espesura
«Por su vigor y galas envidiable?

«¿Te desplazía acaso su figura?
«Ah! sabe, sabe que Hilas peregrino
«Y Narciso, y Adonis sin ventura,

«Si osaran contenderle en lo divino
«De aquel mirar y angélica sonrisa,
«Afrentados cediérante el camino.»

Ahora ¡oh Dios! su imagen indecisa
En todas partes bosquejada veo
Y el fin acerbo sin cesar me avisa.

¡Qué de veces en ciego devaneo
A tu efigie dirijo sollozante
¡Ay! la palabra, y que respondes creo!

De noche ¡qué de veces delirante
En sueño me parece que te miro
Sonriente, magnífico, y amante!

¡Qué de veces me asalta en mi retiro
La memoria infeliz del bien pasado
Que me arranca suspiro tras suspiro.

Y ¿por qué lo recuerdo?. . . ¡Desdichado!
Él en tiempos mejores mi tesoro
Fué, y hoy destroza el corazón llagado.

Héle llorado con amargo lloro,
Más que de Febo las sensibles hijas
A Faetonte, que era su decoro.

Ni Dédalo empapó las duras guijas
Con llanto más copioso, de su Icaro
Las desventuras al llorar prolijas.

Mas, nunca de Clemene el hijo claro,
Ni el de Dédalo, dignos de ese luto
En verdad fueron tan crecido y raro.

Baste ya, niño excelso; de mi hirsuto
Caramillo recibe el canto ronco
A tu inocencia angelical, tributo.

Cual el viento al quebrarse un rudo tronco,
Ha exhalado mi tímida garganta
Aqueste acento destemplado y bronco.

Bien quisiera llegar con lenta planta
A cubrir tu reciente sepultura
Cuando Apolo las selvas abrillanta,

Con aquellas aromas que procura
Juntar el indio grácil, ó, tostado
El árabe en su tórrida llanura.

¡Salve, oh Manes del joven desgraciado!
¡Salve, oh caras cenizas! ¡Ven, oh día,
En que yazga con ellas sepultado!

Hostígame aun la misma poesía;
Y tan sólo persiste ante mis ojos
La horrible muerte descarnada y fría.

La floresta cruzar, me causa enojos;
Los murmurios del bosque, el pecho herido
Aquejan cual durísimos abrojos.

Melancólico, enfermo y abatido
Es mi sólo consuelo voz celeste
Que me dice constante en el oído:

«¡Ah, insano! ¿por qué buscas en la hueste
«De soñadas quimeras, el remedio
«Que á tu inmenso dolor alivio preste?

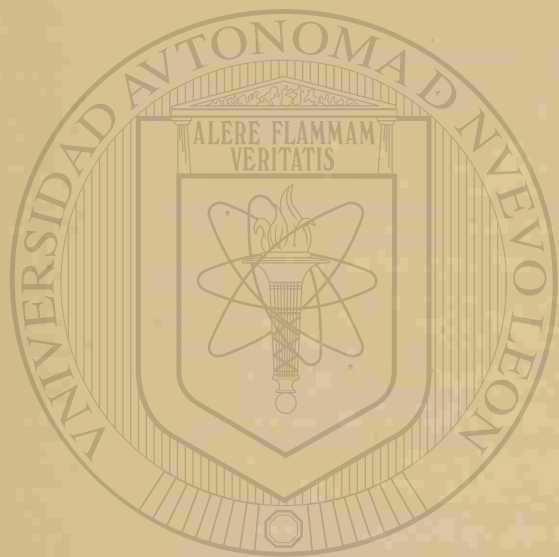
«Todo lo que es visible engendra tedio;
«Todo muere; y durante la jornada
«Mira que estamos en eterno asedio.

«Es la vida un luchar. O bien ¿te agrada
«Aposentar en tu ánima sensible
«Lo que es polvo no más, y sombra, y nada?»

¡Ah! Mientras Cloto el hilo aborrecible
Renueva y tuerce de mi triste vida
Con mano, por maléfica, temible,

Y mientras que la fiebre desabrida
Me consume voraz, tan sólo anhelo
Que llegue pronto, pronto la partida.

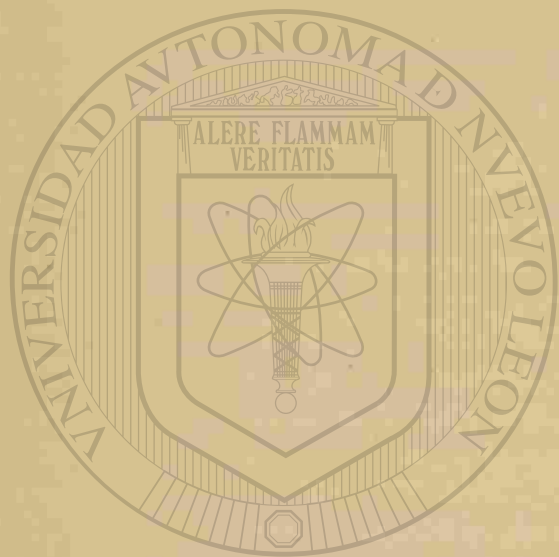
¡Francisco, adiós . . . aguárdame en el cielo!



Los lagos de Méjico
Libro primero del poema latino intitulado
Rusticatio Mexicana del P. Landívar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARAFRASIS

Disfrace con retóricas figuras
El otro su palabra y pensamiento;
Porque ninguno intente
Penetrar en latebras tan oscuras
Y á su mente confusa dar tormento:
Ora conceda raciocinio al bruto,
Ora suave acento;
Ya de armas nos presente el campo hirsuto;
Ya debelada la extendida tierra
Por el furor de asoladora guerra.
A mí me agrada sólo, del nativo
Suelo ferace recorrer los prados
Al impulso de vivo
Patrio amor, y los lagos azulados
De Méjico; y de Flora á los serenos
Huertecillos flotantes

De amapolas y lirio y rosa llenos
Ir en canoas leves y sonantes.
Ya la cumbre negruzca del Jorullo
En donde impera el sículo Vulcano,
Ya los arroyos que con blando arrullo
Del monte bajan á regar el llano
He de cantar, la púrpura de Tiro,
Y el añil que reviste al campo ameno,
Del castor los palacios, y las minas
Que esconde Anáhuac en su virgen seno;
Y las cándidas mieles
Que del azúcar la jugosa caña
De Méjico produce en los vergeles,
Y que ávido el colono
Se apresta diestro á condensar con maña
De rojo barro en quebradizo cono.
Y he de cantar los tímidos rebaños
Que en este suelo pastan esparcidos;
Y los murmurios de la clara fuente
Siguiendo su corriente;
Las costumbres de tiempos fenecidos;
Y las variadas aves,
Los sacrificios, y los juegos graves.

Debía, lo confieso,
Antes vestirme con luctuoso manto;
Verter amargo y silencioso llanto

Y sucumbir de mi dolor al peso.
 Que, mientras nazcan flores
 De las colinas en las rampas bellas
 Y emitan luz radiosa las estrellas,
 He de llevar conmigo mis dolores.
 Mas ¡ay! que aun me obliga
 De la bárbara suerte la enemiga
 Y cruda mano que sus rudos tiros
 A mí dirige, en el llagado pecho
 A reprimir el duelo y los suspiros.
 ¿A qué fin exhalar tristes querellas? . . .
 Antes mejor á la serena altura
 Del Pindo subiré, y al rubio Apolo,
 Caudillo de las Ninfas y ventura,
 Invocaré tan sólo.
 ¡Alguna vez apartase del suelo
 El alma herida por buscar consuelo!

¡Tú, docto Cintio, que con mano amiga
 El plectro mueves, y á las Musas sacras
 Enseñas á entonar dulce cantiga,
 Tú, á mí, que narro cosas verdaderas,
 Que alguien, por raras, juzgará quimeras,
 Sé propicio; y, llamado,
 Tu acento dame suave y regalado!

Existe una Ciudad al Occidente,
 Lejos de aquí, del mundo conocida

Con el nombre de Méjico; esplendente
 Es su cielo, muy amplia y concurrida;
 Famosa por sus ínclitas proezas,
 Por sus hijos, su clima y sus riquezas.
 En otro tiempo domeñó orgullosa
 Sin sombra de litigio
 A la casta del indio recelosa
 De fe, entusiasmo, y de valor, prodigio.
 El español ahora
 A las razas y pueblos subyugando
 En guerra pertinaz y asoladora,
 El cetro empuña del supremo mando.
 A esta Ciudad limpísimas rodean
 De dos lagunas las cerúleas aguas
 Donde á impulso del remo culebrean
 Las ligeras y gráciles piraguas.
 No intento en mis cantares
 Hablar de todos los pequeños mares
 Que distan de la corte; pues no todos
 Acogen en su seno tantos ríos,
 Ni pueblan sus orillas y recodos,
 Peces sin cuento de luciente escama,
 Ni flotan en su tersa superficie
 Tantos jardines de luciente grama
 Y de flores innúmeras vestidos,
 Ni el aleteo escuchan y graznidos,
 De ánades mil que pazcan á su margen;

Sino de aquellos lagos que colora
 De púrpura la Aurora,
 Y el claro Febo al asomar la frente
 Sobre los montes del risueño Oriente,
 Con rayos de oro pródigo ilumina
 Cuando al venir el aterido Invierno
 Al austral polo lánguido se inclina.
 Y aquel canal que viene serpeando
 Sin cesar, y al comercio favorece,
 Sus márgenes de espuma salpicando
 Y que resbala blando
 Delicia de los dulces moradores
 Ya que la orilla se corona en flores.

A ellos vecinos, cabe la ribera
 Levántanse dos pueblos que renombre
 A estas lagunas dieron;
 El uno es Chalco, llámase Texcuco
 El otro, porque entrambos recibieron
 De la lengua vernácula su nombre.
 De un lago, más que de otro, preferidas
 Las aguas son, que miranse adormidas
 Acoger á las cóncavas chalupas,
 Y á la ciudad envuelta en gasa leve
 Circunvalar en forma de muralla;
 Porque aquellas de Chalco son más puras,
 Más dulces, y á los mansos habitantes

De Méjico, ella nutre
 Con las mieses y cármenes flotantes
 Que en sus riberas cría
 Y es primer gloria de inmortal valía
 Y ornamento del campo cultivado.

En su álveo extenso las amenas aguas
 Encierra y dulces; porque allí atesora
 La que le entra por cauces escondidos
 Linfa tranquila ó turbia y bullidora,
 Y otros sin nombre limpios arroyuelos;
 Y cien undosos ríos
 Que desconfianza infunden y recelos
 Al valle con sus ímpetus bravíos.
 Allí no imperan el sañudo Bóreas
 Y el Austro nebuloso;
 Ni el Céfiro feliz y Euro rabioso
 Se retan en aquellas soledades
 Líquidas, á la lucha, desatando
 Las sombrías y roncadas tempestades;
 Sólo se escucha allí murmurio blando;
 Los vientos, de reinar sin esperanza,
 Se encierran en sus antros; mientras impera
 Sobre las linfas plácida bonanza.
 Y aun cuando el valle truecáse de Chalco
 En líquida llanura, dulce fuente
 Brota en el centro en medio de las olas

Callada y transparente;
 Y á la cual no colora de la orilla,
 Aquella indócil y bermeja arcilla,
 Ni de campos vecinos y lodosos
 La afean aluviones cenagosos;
 Sino que es incolora, pura, clara,
 Y tanto que las guijas de su seno
 Puede mirar cualquiera, y ¡cosa rara!
 Aun numerarlas. El arroyo ameno,
 Al brotar del abismo, con gran fuerza
 Gélida el agua arroja
 Y las aguas del lago desaloja
 En círculos que miranse menores
 Y se alejan haciéndose mayores.
 Como en tiempos remotos el Alfeo
 Argivo, que en sus áridas riberas
 Después de hundirse, por el antro obscuro
 Con rápido y eterno culebreo
 Resbala bien seguro
 Y ansioso en medio de las sombras fieras,
 Muy debajo del piélagos bravío
 Y de las olas vanas
 Sin escuchar el rebramar impío,
 Hasta no ver las tierras sicilianas
 Y salir, oh Aretusa, por tu boca
 Y revestirte de argentada toca;
 No de otro modo viene aquella fuente

Con lánguida corriente
 Por debajo las tierras socavadas
 Hasta aspirar las auras deseadas.
 Pero, de dónde fluya y tome origen
 Aqueste manantial, por qué se elevan
 Al nacer, y entre sí rabiosas bregan
 En grato desconcierto
 Las claras linfas, es del todo incierto.
 ¿Ni quién negar ó defender podría,
 Que el aire en las secretas cavidades
 Se satura de aquellas humedades
 Y en varias gotas, luego que se enfría,
 Se condensa, y las frondas
 Salpica de la grama; rueda al suelo;
 Allí se embebe, y en cerúleas ondas
 Abajo nace en forma de arroyuelo?
 ¿O que las linfas de la mar salobre
 Se recalán tal vez en las cavernas
 Tenebrosas internas
 Y luego suben su nivel buscando
 Por angostas y fáciles rendijas
 El sabor amarguísimo dejando
 Entre la arena pedernal y guijas
 Hasta fluir encima la llanura
 Haciendo rebosar lagos y fuentes,
 Al heno humilde y árboles ingentes
 Dando incremento, júbilo y verdura?

¿O que tal vez de los excelsos montes
 Donde se apoya el cristalino cielo
 Vistiendo los azules horizontes
 De húmedas nubes y albicante hielo
 Tomen origen las lagunas vastas
 El manantial y plácido riachuelo?
 Y aquesta es la sentencia
 Que confirman acordes la experiencia
 Y el razonado parecer de aquellos
 A quienes ocultó la recelosa
 Madre Naturaleza
 De sus arcanos la eternal grandeza,
 De sus obras la serie portentosa;
 Pues ni á nosotros reveló elemento
 El origen excelso de esta fuente.
 Porque, aunque el llano, de las crespas olas
 Divide las montañas, y collado
 Ninguno se levanta resguardado
 Y de grama vestido y frescas violas,
 No á muy larga distancia
 Dos montes llevan la orgullosa frente
 Hasta llegar al cielo refulgente
 Y con denuedo é insólita arrogancia
 Amenazarle. En la brumosa cumbre
 Nieve y hielos entrambos atesoran
 Que en el espacio el Aquilón coagula

Y en muchas millas pródigo acumula.
 Estas nieves y hielos, á la lumbre
 Del claro sol líquidanse y del viento
 Al raudo soplo; buscan el asiento
 Del monte, y gota á gota en las cavernas
 Se infiltran; abren brecha por un lado
 De aquellas ígneas y trementes fraguas,
 Y salen en ejército formado
 A debelar á las palustres aguas.

Hay otra maravilla

Insigne, insueta, de ínclito renombre
 Y que entre todos los prodigios brilla:
 Una alta cruz de níveo y duro mármol
 Del artista labrada por la diestra
 Y que pulida y diáfana se muestra,
 De aqueste manantial en lo más hondo
 Tan bien plantada en el cerúleo fondo
 Que no hay fuerza á arrancarla suficiente.
 Mas, qué indiquen aquestos monumentos,
 Y cual sea su origen venerable,
 Nada dicen, y en niebla impenetrable
 Se envuelven los antiguos documentos.
 Al ver este prodigio el círeos Apolo
 Deje en silencio á la Castalia fuente;
 De Aretusa feliz las castas línfas

Que al pie resbalan de palustres frondas,
 Y las líbicas ondas
 Desdeñe altivo Júpiter potente;
 Enmudezcan los númenes sombríos
 De los espúmeos y sonoros ríos;
 Y la fama en sus himnos inmortales
 Celebre de continuo
 De Méjico los límpidos raudales
 Y el claro nombre que le dió el destino.

Apresuraos ahora,

Ya que el cielo benigno nos concede
 Mares que el Noto alborotar no puede
 É invitan á la turba bullidora
 De flotantes y angostos barquichuelos;
 Yo, más osado, mi veloz barquilla
 Quiero amarrar de la verdosa orilla
 Por ver de Flora los nadantes huertos
 A que los indios hábiles y expertos
 Han llamado *Chinampas*. Tú, entretanto,
 Oh de Favonio peregrina esposa,
 Que ceñida de juncos, mirto y rosa,
 Al desplegar la orla de tu manto
 A la mustia pradera
 Das con las flores júbilo y encanto,
 Dime, te ruego: ¿quién, sobre las aguas
 En prados flotadores

Sembró hortalizas, árboles y flores?
 ¿Quién ha trocado en fértiles praderas
 Estos pequeños y tranquilos mares
 Cuando vistes de fruta los pomares?

Los antiguos primeros mejicanos
 En medio de la frígida laguna
 La gran Ciudad establecer ufanos
 Quisieron, con tan próspera fortuna,
 Con tal habilidad, que andando el tiempo
 Fué, por su bizarría,
 El centro de esta grandē Monarquía.
 Mas ¡ay! con tal empeño, con tal fausto
 Los templos de sus dioses erigieron
 Y palacios y alcázares subieron
 Y alminares al éter zafirino;
 Tanto, que en breve, la industriosa gente
 Sufrida, humilde, dócil y valiente
 Más que otras razas á aumentarse vino,
 Que al rey de Atzcapotzalco, á quien pagaban
 El tributo, recelos inspiraban.
 Este monarca bárbaro nutría
 Un fuego que aumentaba por instantes
 Al ver multiplicar los habitantes
 De Tenochtítlan que á la par crecía;
 Y por eso revuelve la manera

De aniquilarlos, y un tributo nuevo
 Les impone, que era
 Sobre sus fuerzas ¡hórrida quimera!
 Les manda que le lleven sin demora
 Sobre las linfas odorantes huertos
 Sembrados con los frutos que atesora
 El Anáhuac, y de árboles cubiertos;
 Y que, si rehusaban
 Obedecerle ¡situación horrible!
 Porque tal vez creyeran imposible
 Sus órdenes cumplir, arrasaría
 A la ciudad; llevando sus furores,
 Al grado de amagar con muerte impía
 A los inermes tristes moradores,
 A los cielos alzaron sus gemidos
 Todos ellos confusos y afligidos,
 É hicieron resonar con sus lamentos,
 Mesando la erizada cabellera,
 Los templos de sus númenes sangrientos.

Mas, tantos males evitó prudente
 La rara habilidad de aquella gente.

Fiados en su ingenio y en la fuerza
 De sus robustos varoniles pechos,
 A la obra se dedican;
 Dejan sus ondas y pajizos techos;
 En los breñales hórridos se implican

Buscando en los senderos tortuosos
 Flexible esparto y árboles frondosos.
 A cada cual con admirable tino
 Su labor le señalan ofreciendo
 Por recompensa premio no mezquino.
 Unos desprenden las torcidas ramas
 De tiernos mimbres; otros las barquillas
 Llenan con ellas y con rubias gramas;
 Y estos, á remo, las crujientes quillas
 Conducen á las plácidas orillas.
 Hierve el gentío, se fatiga y suda;
 Y el entusiasmo noble
 A ver concluida la labor ayuda.
 Después que el pueblo con maduro examen
 Formó el acervo de madera y mimbre,
 Unidos todos, con delgadas hojas
 Y con tenaz esparto en vez de urdimbre,
 A costa de fatigas y congojas,
 Largas alfombras ávidos tejieron
 A oblonga estera en todo semejantes;
 Muy cerca de los muros las abrieron;
 Y aquí y allá dejando vastas sendas
 En el lago salobre las tendieron,
 Y por que no los vientos procelosos
 Esparzan, ó se lleven las turgentes
 Bravas olas los cármenes nacientes,
 Ponen debajo de nudosos robles

Vigas ingentes y atan las esteras
Al grande peso que las tiene inmables.

Apenas los felices mejicanos
Vieron la obra terminar ufanos,
Encaminaron las agudas proras
A la florida virginal ribera,
Y desprenden los céspedes gramosos
Que podían trocarse en sementera.
Y no de otra manera
Discurren por los campos aromosos
Encima de los frescos lauredales
Sin temer lluvias, vientos y calores
Libando el néctar de las tiernas flores
Al henchir, los enjambres sonoros,
Sus nuevos y dulcísimos panales.
Con el césped recargan las canoas
Y ágiles vuelven las hundidas proas.
Y sobre las esteras, sin tardanza

Las glebas tienden, que el fecundo arado
No sintieron y que eran su esperanza.
Y arrojan luego la húmeda semilla
Sobre la rica preparada arcilla;
Siembran acá sobre flotante prado
Blondo maíz, que es dádiva de Ceres;
Allá hortalizas; ni por esto faltan
Hermosos y amenísimos jardines

De juncos, lirios, trébol y jazmines,
Que Roma antigua consagró á Citeres,
Y el terso lago esmaltan;
Y son el reino donde Flora impera
Y asilo de la dulce Primavera.
Flotar apenas asombrados vieron
En medio de las olas
Los campos de hortaliza y ténues violas,
De su labor ufanos más se unieron
Y la rienda soltaron á porfía
A la expansión, contento y alegría;
Y á remo, encima de las linfas claras
Los jardines llevaron
Y el difícil tributo al rey pagaron;
Prudentes reservándose otros huertos
Que de Flora á las gemas añadieran
Los gratos dones de la madre Ceres,
Y de su industria monumentos ciertos,
Al guardar de aquel hecho la memoria,
Y de su ingenio, en las edades fueran.
Y si un ladrón el huertecillo daña,
O el cruel viento al madurado fruto
Derriba acaso con temible saña,
El indígena astuto
Sobre las aguas el flotante prado
Conduce á otro lugar más abrigado

Y aquellos males precavido evita.
Cada uno guarda con tenaz empeño
Su pequeña heredad que flota leve
En aquel lago fértil y risueño.

La tierra firme de la verde orilla,
De estos campos flotantes la riqueza
Tan singular, conoce que le humilla
Y los ve con un aire de tristeza;
Mas, yergue la cabeza
En olmos y cerezos coronada,
En peros encorvados por el fruto,
En cedros y laurel y pino hirsuto,
En encina sombría y levantada,
Y en púnico manzano;
Y siempre, en competencia con los huertos,
Se viste con las galas del Verano.

En ese bosque moran tantas aves
A la sombra tenaz de la arboleda
Que siempre el aura fugitiva y leda
Se complace en llevar los ecos suaves.
Allí la turba alada
Y de vivos colores matizada
El aire hiende con dorada pluma;
Ora se ciernen en el hondo espacio,
Ora en la orilla, de brillante espuma

Bañada, sueltan el sabroso trino;
Allí el gorrión divino
De roja cresta embelesado canta
Y al cual las plumas del erguido cuello
Por ser sanguíneas tórnanle más bello.
Allí revuela del excelso coro
De pájaros el rey, insigne y claro
Por las voces innumeras que avaro
Encierra en la dulcísima garganta
Pues que en verdad no hay otro más canoro,
El *cenzonlle*, que fué desconocido
Del Viejo Mundo, y que la voz remeda
Del hombre, de las aves, y el ladrido
Del mastín y las blandas inflexiones
Del que entona motetes y canciones
Tañiendo el harpa con dorado plectro.
Ahora forma musical escala,
Ahora chilla cual rapaz milano,
Ya maya como gato y abre el ala
Y el són remeda de clarín insano
Y ya ladra festivo, gime ó pia
Trémulo y débil cual implume cría.
Encerrado en la jaula se consuela
Y alegre en torno de la cárcel vuela
Dulcísimo cantando noche y día.
No tanto la llorosa Filomela

De Tereo los crímenes deplora
 Bajo la sombra de álamo tardío
 Llenando el bosque con su voz sonora,
 Como el *cenzonille* cabe fresco río
 Regocija, cantando, la ribera
 Y los arbustos de feraz plantío.

Al asomar la dulce Primavera,
 Cuando los leves prados nadadores
 Se coronan en flores
 Y los campos se visten de esmeralda
 Y frescas rosas de carmín y gualda,
 Precuentan estas plácidas orillas
 Y estas ondas los nobles mejicanos
 En pequeñas y frágiles barquillas.
 Entran por grupos en los barcos leves
 Con doble remo, el ánimo espaciando
 Con el acorde blando

De la ronca dulcisona guitarra,

A la cual flébil Eco

De los antros oscuros do se esconde
 Con voz débil y opaca le responde;

Y la ardua selva por el canto herida

De los amantes las palabras suaves

Resuena embebecida.

Y se retan ya entonces á la justa;

A quien rema mejor, y más ligero

Conduzca las levísimas piraguas:
 Al estruendo de aplauso lisonjero
 Parten rizando las cerúleas aguas
 Y se alejan, llevados de la gloria
 Por el deseo, á sitios muy distantes
 Hasta que alguien de aquellos contrincantes
 Se ciñe con el lauro de victoria.
 Y van en derredor de las chinampas
 Ufano el vencedor y los vencidos
 Siguiendo alegres las torcidas calles
 Entre pequeños flotadores valles,
 O en sus barcos resbalan embebidos
 Cerca de las riberas sinuosas
 Salpicadas de flores olorosas.
 Como el cretense y prófugo Teseo
 Logró dejar los senos horrorosos
 Y los dinteles recorrió engañosos
 Del laberinto con falaz rodeo,
 Así las calles por hallar se afana
 Errante por los huertos nadadores,
 La juventud de Méjico galana.

No escasean algunos que se gozan
 Bajo aquel limpio y refulgente cielo
 En prender á los peces que allí nadan
 Con el combado y formidable anzuelo.
 Ya que dejan los huertos y la orilla

Y á donde más se explaya la laguna
 Con grácil remo llevan su barquilla;
 Muy cautamente prenden en el hamo
 El fatal cebo; pende de una caña
 El hilo que sumergen en un tramo
 Entre ninfeas, juncos y espadaña;
 Le arrojan á los peces, y en silencio
 Esperan: pronto los volubles peces
 En derredor del cebo se aglomeran
 Sin osar engullirle; se zabullen
 Y ocultan en los líquidos dobles
 Del fondo obscuro; tornan y superan
 La clara linfa en cuyo seno bullen;
 Y van y vienen por igual camino
 Hasta que al fin se rinden á su sino
 Y en el cebo engañoso y atrayente
 Clavan ¡incautos! el pequeño diente.
 Levanta el pescador á la aura pura
 La caña sin demora
 Y le ciñe la turba bullidora
 De socios que á aplandirle se apresura.
 Azota el pececillo moribundo
 Con las alas y cola la barquilla,
 Mientras con otras férulas delgadas,
 Con el cebo mortífero aparadas
 Vaguean otros por la verde orilla;

Y vese á medio hundirse la canoa
 Bajo aquel peso; júzganse dichosos
 Los pescadores; y, llevando ufanos
 La hermosa pesca, sus hogares buscan,
 (Cuando la estrella entré arreboles arde)
 Envueltos en las sombras de la tarde.

Mas, luego que se aplaca
 Aquel tumulto y entra vocinglera
 La turba en la ciudad, y con su opaca
 Veste ruidosa el Ábrego acelera
 La fuga de la virgen Primavera,
 Agrada recorrer aqueste ameno
 Campo abierto de espléndida hermosura
 A los que alienta el corazón sereno,
 A los que abate fúnebre amargura,
 Y á los que inquietan del saber amantes
 De Minerva las plácidas labores.
 Estas risueñas y húmedas orillas
 Sembradas de laurel y manzanillas
 Acogen á menudo á los poetas
 Que aquí surten sus mágicas paletas
 Dejando oír sus cantos seductores.
 Aquí lloraba en versos armoniosos
 De Cristo las heridas y afrentosos
 Rudos tormentos y tremenda muerte

Llevado del más noble y verdadero
 Amor etéreo y fuerte
 El piadoso y melífero Juan Carnero.
 Aquí con estro sacro
 El gran Abad mil himnos de alabanza
 Cantó al Señor. Con voces de matanza
 Asordaba estos campos y riberas
 El docto Alegre, el hado de Peleo
 Al lamentar y las batallas fieras,
 De Apolo con el arte y el de Orfeo.
 Por esta orilla, de los pardos troncos
 Carcomidos y broncos,
 Zapata y Reyna y Alarcón, famoso
 Por su coturno, los gloriosos nombres
 Grabaron en la rígida corteza
 Al menear el plectro delicado
 Y desparecer su bárbara tristeza.
 Mas al tañer la célica Sor Juana
 Su ebúrnea lira, el estruendoso río
 Paró su curso, y en el bosque umbrío
 De aves canoras la caterva ufana
 Los trinos melodiosos suspendieron;
 Y las rocas ingentes se movieron.
 Y porque no á las Musas negra envidia
 Atormentara, y por mayor decoro
 Fué incorporada al aganípeo coro.
 Jamás el cisne de plumón nevado

Embriagó con tan blandas melodías
 Al deleitoso y floreciente prado,
 Ni, moribundo en los undosos giros
 Del meonio Caistro, tantas armonías
 Supo unir con tan lánguidos suspiros.

Mas ya se encauza y fluye impetuoso,
 Y en río ingente, el apacible lago
 Encierra toda el agua que fecunda
 Los dulces campos; y huye perezoso
 Cortando la ciudad y sinuoso
 Su curso sigue y la ribera inunda
 De guijas y peñascos erizada
 Y en la laguna arrójase salada;
 Semejante al Jordán que su agua infunde
 Dulce y pura en el seno del Mar Muerto
 Y en la asfáltica linfa se confunde.
 Pues aunque en las llanuras de Texcuco
 Limpios arroyos brotan por doquiera
 Y se nutre la pérfida laguna
 De aguas dulces, pletórica aglomerada
 Tal cantidad de sales en su seno
 Que las linfas corrompe, y las orillas
 Torna infecundas su letal veneno.
 Míranse allí las hierbas, amarillas
 Y siempre enfermas; árboles y arbustos
 Nunca descuellan verdes y robustos;

Sus frutos no produce naturales
 La tierra blanquecina; y los rebaños
 No á la sombra de vides y castaños
 Tronzan la flor de plácidos gramales.
 Quema la sal los campos anchurosos
 Y aleja el agua que se azota impura
 Con su feter, tibieza y amargura
 Al cardumen de peces bulliciosos.
 Si alguno de ellos atrevido y ciego
 La laguna de Chalco tal vez deja
 Y un solo instante placentero nada
 En la linfa salada,
 El mal olor fatígale y aqueja,
 Quiere huir, exhala leve queja,
 Sube y aspira el aura, y muere luego.

Y es cautelosa: engaña esta laguna
 A las leves barquillas y canoas
 Que se confían. Al mostrar la frente
 El padre Febo sobre el mar de Oriente
 Haciendo huir á la llorosa luna
 Y á las estrellas, de color de lila
 Sus ondas son, y muéstrase tranquila;
 Pero no bien envuelve en negra sombra
 El sol la falda del occiduo monte
 Y cansado se inclina al horizonte,
 Cuando rabioso el Austro se alborota,

La agita, y sus espumas en la playa
 Salobre y nuda enfurecido azota.
 Ya se abre abajo de la barca leve,
 Ya se infla rauda y sube á las estrellas,
 Y la piragua herida
 Por la negra laguna embravecida
 Se desata en gemidos y querellas,
 A la par con los nautas previsores
 Que se esfuerzan y gritan asustados
 Y fatigan á Dios con sus clamores.
 Y si el timón, solícito el piloto
 No dirigiera á la segura orilla,
 Sumergirían los adversos hados
 Nautas y barcos en sepulcro ignoto.

Aqueste lago encubre su falacia
 Con cierto aire de gracia:
 Él, de Chalco la límpida laguna
 Se bebe á más beber, por el ameno
 Ancho canal, y de incontables fuentes
 Que fluyen á él, las linfas transparentes,
 Guarda ambicioso en el avaro seno,
 Sin permitir jamás que gota alguna
 Se derrame en los campos. No se llena
 Con tantas aguas; nunca satisfecho
 Se siente, y ni se mira que rebose
 Dejando un punto el cenagoso lecho;

Muy semejante al tímido Océano
 Que islas encierra y vastos continentes
 Con sus olas, y llama de doquiera
 Grandes ríos que laman sus riberas
 Y se los bebe gárrulo, insaciable,
 Sin que amenacen las hinchadas linfas
 Al continente, sin que solo un río
 Se escape de él arrebatado y frío
 Y sin que abra al comercio nuevos mares.

Nada admirable ofrece el Nuevo Mundo
 Más admirable que la astucia y maña
 Con que los indios en lo más profundo
 Del lago apresan entre junco y caña
 Las falanges de patos graznadoras
 Que antes cruzaban la región etérea
 Sin peligro y las ondas bullidoras
 De los lagos de Méjico; las armas
 É insidias de los indios no temían,
 Y lentamente, sin temor ni alarmas
 Por las verdes riberas discurrían;
 Y algunas veces gárrulos y osados
 Burlaban á los indios desarmados.
 Hasta que al fin el natural talento
 De aquella raza en la apariencia ruda,
 Reprimió tan inicuo atrevimiento.
 Crece en los bosques sin cultivo alguno

Pendiente de las ramas y adherida
 A los troncos ingente calabaza
 Sin meollo en verdad; y que es muy útil
 Para cruzar sin riesgo de la vida
 Los anchos ríos, y al salir á caza
 Para llevar el confortante vino
 Y atenuar las fatigas del camino;
 Suele escoger de entre estas las mayores
 Astuto el indio; luego las arroja
 Encima de las ondas cristalinas
 Y donde más los patos nadadores
 Exentos de congoja
 Desparcen y quebrantan las verdinas
 Palustres hierbas. Treme horrorizado
 El ánade infeliz; de aquellos monstruos,
 Con graznido lloroso y prolongado,
 Huye al punto; y la turba lastimera
 Asorda con sus gritos la ribera.
 Pero al mirar que flotan y vaguean
 Sin causar ningún daño,
 Deponen el pavor y se recrean
 En el común y deleitoso baño.
 Van de los patos una y otra moe
 En derredor, mas ellos no las temen
 Y en medio nadan de su tierna prole.
 El indio astuto, entonces con presteza

Adapta á su cabeza
 Alguna calabaza igual en todo
 A las que vense con impulso blando
 Encima de las aguas ir nadando;
 Entra en el lago y h ndese hasta el cuello,
 Y envuelto con las olas se adelanta
 Sin alejarse de la orilla amena
 Y hollando el suelo con aleve planta.
 La falange de patos ve serena
 Llegar aquel estorbo; entonces el indio
 Alarga all  la codiciosa mano
 Y de los pies a anzalos ufano;
 Los sumerge en el agua adormecida
 Sin distincion; sin que la obscura fraude
 Adivinen, los priva de la vida.
 Tal es la habilidad de aquella gente
 Que estúpida reputan   indolente!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Adapta á su cabeza
 Alguna calabaza igual en todo
 A las que vense con impulso blando
 Encima de las aguas ir nadando;
 Entra en el lago y h ndese hasta el cuello,
 Y envuelto con las olas se adelanta
 Sin alejarse de la orilla amena
 Y hollando el suelo con aleve planta.
 La falange de patos ve serena
 Llegar aquel estorbo; entonces el indio
 Alarga all  la codiciosa mano
 Y de los pies a anzalos ufano;
 Los sumerge en el agua adormecida
 Sin distincion; sin que la obscura fraude
 Adivinen, los priva de la vida.
 Tal es la habilidad de aquella gente
 Que estúpida reputan   indolente!



POESIAS ORIGINALES

Sitios poéticos

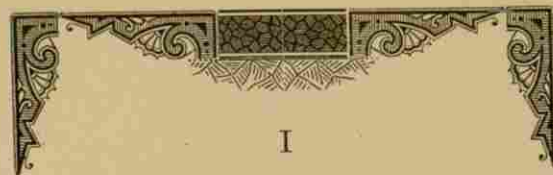
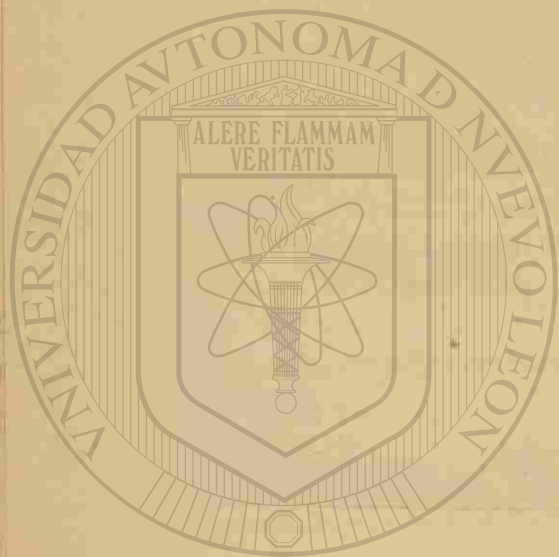
Del Valle de Bravo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





I

EL CERRO.

Con regia veste de sedosa grama
Y coronado en árboles bermejos
Se empina el cerro por mirar de lejos
El magnífico y amplio panorama.

Escucha mudo que entre peñas brama
Albo el río partiéndose en cadejos;
Y vele retratar en sus espejos
Del áureo sol la omnipotente flama.

Templado albergue y límpidos raudales
Brinda á la grey; liberta de enemiga
Cruda escarcha á hortalizas y frutales;

Y con su manto, providente abriga
Y defiende á los tiernos cereales
Encorvados al peso de la espiga.

II

OTUMBA.

ALERE FLAMMAM
 Al asomar encima la pendiente
 Boscosa y de los céfiros morada,
 Una ladera mírase agobiada
 Por el trigo en sazón y por un puente.

Allí para cada ave hay una fuente;
 Para cada raudal una cascada;
 Y para cada salto una arbolada
 Sombrosa vega, blonda y floreciente;

En cada arbusto se vislumbra un nido,
 Un corimbo de flores, una poma,
 O un cándido panal de miel henchido;

Suda cada árbol odorante goma;
 Y en cada risco pardo y carcomido
 Arrulla lastimera una paloma.

III

EL RIO.

¡Salve, deidad agreste, claro río
 De mi suelo natal lustre y decoro,
 Que resbalas magnífico y sonoro
 Entre brumas y gélido rocío!

Es el blanco nenúfar tu atavío;
 Tus cuernos de coral, tu barba de oro,
 Los jilguerillos tu preciado coro,
 Tu espléndida mansión el bosque umbrío.

Hiedra y labrusca se encaraman blondas
 Y enlazan por cubrirte en los calores
 Con campanillas y rizadas frondas;

Te dan fragancia las palustres flores;
 Y al zambullirse, tus cerúleas ondas
 Ensartijan los cisnes nadadores.

IV

AGUA BENDITA.

En polvo ardiente el triste viandante,
Sin que le anuble el sol nube improvisa,
Marcha envuelto, sin árboles, sin brisa,
Sediento, sudoroso y anhelante.

Debajo tierno aliso no distante,
Verde peñasco súbito divisa,
Y un cordoncillo de cristal que irisa
Y se retuerce gélido y sonante.

Beben allí, de la arenosa falda
Las tórtolas salvajes que en Febrero
El nido esconden en la mustia gualda.

Y gruesa cruz labrada sin esmero,
De púrpura vestida y esmeralda,
Defiende con sus brazos al venero.

V

PALO VERDE.

En campo indócil, árido y baldío
Descuella un árbol de verdor eterno
Al cual no quemán rígido el Invierno
Ni el polvo y llamas del sañudo Estío.

Nutriéndose del aura y el rocío,
Solo en su especie, límpido y superno,
Bajo el dosel de su ramaje tierno
Al cansado viandante acoge pío.

No refrigeran su ayescado tronco
Trepantes hiedras, ni de agreste parra
Hirió sus venas el zarcillo bronco;

Y sereno en su trono de pizarra,
Escucha el grito del mochuelo ronco
Y el chirrido tenaz de la cigarra.

VI

EL MOLINO.

En la falda del cerro, donde el río
Sobre riscos y troncos se despeña
Terrible y bramador, hay una aceña
Tesoro y prez de mi lugar natío.

De allí la torre en medio al caserío
Vese surgir fantástica y risueña,
Cual en pie suele cándida cigüeña
Entre albos cisnes cabe alcor umbrío.

Ceñido en copos de hervorosa espuma
Se levanta el Molino cual vigía
Siempre velado por delgada bruma;

De allí su canto postrimer envía
Rizando alegre la nevada pluma
La dulce alondra al espirar el día.

VII

LAS CANOAS.

De blanca espuma límpida fontana,
Los tiernos lotos é híspidos juncales
Al soplo de las auras matinales
Salpica, encubre, lustra y engalana.

En tibia poza de oro y obsidiana
Báñase el tordo; y buscan los zorzales
Con ojos de coral en los zarzales
La dulce, grácil y velluda grana.

De un árbol á otro alternan en el trino
Los melífuos jilgueros; y la boa
Silba medrosa en el peñón vecino.

Mas, la linfa, sin miedo que la roa,
Junto al peñón prosigue su camino
Y deja el cauce y entra en la canoa.

VIII

LA CRUZ BLANCA.

En medio á dos madroños que de grana
 Tiñó mi cielo dulce y bendecido,
 En pedestal mohoso y carcomido
 Tosca una cruz se eleva soberana,

Al romper el albor de la mañana
 La saludan del Ábrego el silbido,
 De la púdica tórtola el gemido
 Y el plácido rumor de la fontana.

Con perlas y diamantes le decora
 Y ciñe la alba sien el astro bello
 Nuncio feliz de la rosada Aurora;

Dorado y tibio su primer destello
 Le envía el sol; y fresca y trepadora
 La agreste vid se le encarama al cuello.

IX

LAS CHICHIPICAS.

De la vecina obscura serranía
 En la risueña y túrgida garganta,
 Al éter una selva se levanta
 De eterna magestad y lozanía.

Gota por gota mana el agua fría
 De un peñascal, é irisa y se abrillanta
 Si arrebolando nubes se adelanta
 Sobre los montes el señor del día.

La linfa al resbalar de poza en poza
 Tuerce y se aparta en hilos plateados,
 Y en perlas ciñe la fragante broza;

Se encauza; y con murmurios regalados
 El camino prosigue y alborozza
 La arboleda del Valle y los sembrados.

X

LOS GUAYABOS.

Un bosque antiguo, pálido y sonante
De árboles corvos de cimera hirsuta,
De tronco hendido, nacarada fruta,
Brazos rastreros, planta vacilante;

Un arroyito claro y serpeante
Que fluye al lado de campestre gruta;
Un carrizal, un puente y una ruta
Siempre en lid con la tierra exuberante;

De ovas, helechos y amarilla caña

Una casita que en la tarde humea
Cuando el sol tibio al tramontar la baña,

Y un fresno donde el aurea juguetea,
En solo un sitio al pie de la montaña,
Son la delicia de mi cara aldea.

XI

LA PEÑA.

De un monte el dorso ríspido y serrado
Tiene por trono, y la escarpada cumbre;
Se corona en laurel, y su techumbre
Las nubes son y el éter azulado;

Por cetro empuña verde y arriscado
Monolito de enorme pesadumbre;
Las colinas su regia servidumbre
Son y su imperio el valle dilatado.

Se embebece mirando en el bruñido

Y líquido cristal su faz severa,
Su airoso porte y ademán temido;

Y su música dulce y placentera
Son el trueno del rayo y el graznido
Del águila salvaje y altanera.

XII

AMANALCO.

De pie á la orilla de su lago bello,
Siempre velado por delgada bruma,
De acuátíl flor que el ámbito perfuma
Ciñe Amanalco el húmido cabello.

Cabe su planta, el serpentino cuello,
Lanzando copos de brillante espuma
Tuercen los cisnes y la nivea pluma
Rizan del sol al vívido destello.

Mieses y frutas en aquella zona

Con blanda mano perdurable Otoño
Cuaja y tiñe y ubérrimo sazón;

Brinda á la oveja carmesí retoño
Y flor á las colmenas; y corona
Sus montes en abetos y madroño.

XIII

LOS CAJONES.

Asoma el Aquilón la faz austera
Entre brumas y nieves y nublados,
Y trueca en esqueletos descarnados
Los árboles que enraman la pradera.

Entonces la fecunda Primavera
Sus flores junta y mirtos y granados,
Y en brazos de los céfiros alados
A otra región emigra placentera.

Ávida busca con semblante tierno

Entre dos peñas la húmeda cañada
Que no conoce el despiadado Invierno;

Ve sus arroyos, su arboleda alzada,
Sus tibias auras, su verdor eterno;
Y fija en los *Cajones* su morada.

XIV

OTZOLOAPAN.

Ni el tiempo, ni la ausencia y la distancia,
Ni el bien perdido, ni el afán presente
Han logrado borrarte de mi mente,
Bello lugar, asilo de mi infancia.

Aun me parece la abolenga estancia
Ver levantarse del *Xumili* enfrente
Y que me embriagan tu templado ambiente
Y de tus breñas la eternal fragancia.

Y tus desiertas áridas colinas
Miro ondular bajo tu ardiente cielo
Del Sur hasta perderse en las neblinas;

Y saltar entre guijas, del riachuelo
De la Labor las aguas cristalinas
Bajo los sauces que plantó mi abuelo.

XV

EL RIO DE ALDONZA.

Es voz y fama que de Julio ardiente
En calurosa y húmida mañana,
La tierna Aldonza, virgen aldeana
Lloró el desvío de un amor ausente;

Que sucumbió la joven inocente
De amargo duelo víctima temprana;
Y que al morir trocóse en la fontana
Que hoy fluye cautelosa y transparente.

Recuerdan los viajeros con ternura
Al vadear la fuente peregrina,
Tan extraña y acerba desventura;

Y el agrícola crédulo imagina
Ver de Aldonza la pálida figura
Envuelta de la tarde en la neblina.

XVI

IZTAPAN DEL ORO.

En su regazo favorable apoyo
 Contra el Bóreas, nubífera y enhiesta
 Ofrece á Iztapan en redor la cuesta
 Coronada en labruscas y verdoyo.

Frígido, claro y virginal arroyo
 Serpea y bulle y parla en su floresta,
 Donde remecen la dorada cresta
 Los cidros y el fragante chirimoyo.

Se vislumbran apenas las cabañas
 Como nidos de alondra en las colinas
 Flotando en mares de ondulantes cañas;

Célebres son sus termas y salinas;
 Y atesora más oro en sus entrañas
 Que Ofir y Australia en sus avaras minas.

XVII

LA HUERTA.

Selva feraz de plátanos süaves
 Umbráculo y amor de los cafetos
 Que posan corvos en los verdes setos
 La frente ornada de corimbos graves;

Mansión de hadas, nido de las aves,
 Donde á la viola arrancan indiscretos
 Su fragancia los céfiros inquietos
 Por desparcirla en las sombrosas naves.

Bajo el sol tropical, de peña en peña
 Viene el río en poético desmayo
 Dando á las auras la flotante greña.

Y su mechón el índico papayo
 Tremola en el zafir, á fuer de enseña,
 Sin miedo al Noto, sin temor al rayo.

XVIII

LA CRUZ DE OCOTE.

Al labio de riachuelo cristalino
 Donde sus greyes el zagal abreva,
 A la cerúlea bóveda se eleva
 Con los brazos en cruz anciano pino.

El inocente y dulce campesino
 Cabe ese tronco, la fecunda esteva
 Depone manso; adórale, y renueva
 El festón que le ciñe purpurino.

En su copa de escasa lozanía,
 Por las tardes, el verde guacamayo
 Deja oír su confusa gritería;

Le cortejan los céfiros; y en Mayo
 Al primer aguacero, se atavía
 Aunque hueco y hendido por el rayo.

XIX

TILOSTO.

No place más el rubicundo mosto
 Que de la uva destila nacarada,
 Que la blonda y espléndida cañada
 Y floridos breñales de Tilosto.

Es un deleite, cuando asoma Agosto
 Con la frente en panojas coronada,
 Pasar bajo la peña corecovada
 Que ya, ya cae sobre el sendero angosto.

Cuelga en festones de la roja cresta
 El trébol salpicado de rocío
 De fragancia llenando la floresta.

Vese á un lado humeante caserío;
 Y enfrente la empinada y agria cuesta
 Que arranca al labio del hirviente río.

LA CUMBRE.

¡Soledad y quietud! . . . Monte y más monte
De verdes tilos, álamos y abetos;
Grandes peñascos húmedos y escuetos
Sin raudales, sin cielo, ni horizonte.

No hay una alondra que el rigor afronte
Del crudo frío en los salvajes setos;
Y el negro buitre y céfiros inquietos
Se alejan antes de que el sol tramonte.

Sólo el rumor de cristalina gota
Que rueda en la hojarasca allí se escucha,
Y el chasquido al abrir de la bellota.

Y los robles, calada la capucha
De líquen, aunque el cierzo los azota,
Mantienen con el sol eterna lucha.

ATEZCAPAN.

Vense al fulgor de la creciente luna
Dibujarse las tétricas montañas
Y la luz de las miseras cabañas
En el terso cristal de la laguna;

Se aduerme el ánsar en flotante cuna
De nenúfares, ovas y espadañas;
Y alarga el cuello entre medrosas cañas
La garceta que en pie vela oportuna.

El aura, respetando aquel supremo
Reposo, á la temblona hierbecilla
Deja en quietud del uno al otro extremo. ®

Y sólo se oye en la remota orilla
El *chis* del agua hendida por el remo
Del indio que resbala en su barquilla.

XXII

EL PINO.

¡Fresno gigante, prócer avellano,
Abeto erguido, plátano eminente,
Callad, parleros, y humillad la frente;
Callad delante del atleta anciano!

De la protervia de Aquilón tirano,
De los horrores de la escarcha turente,
De las tormentas y del rayo ardiente
Ya os defendía envejecido y cano.

Sobre vosotros tiende la mirada
Arrogante y magnífico; severo
Su ademán, la mejilla sonrosada.

Él os miró nacer; y fué el primero
Que al anunciarse aquí la fe sagrada
Cobijó con su sombra al misionero.

XXIII

ACATITLAN.

Tras del monte selvoso que domina
Y envuelve al Valle en manto de verdura,
Vese de Norte á Sur una llanura
Donde crece la dalia campesina.

En roble se corona y glauca encina;
Y es la hiedra preciada colgadura
De la ermita que surge á la aura pura,
Asilo de la amable golondrina.

Severo al desplegar las alas graves
Por hielo y nieves el Invierno cano,
Se refugian allí las dulces aves;

Al capulín y níspero galano
Encorvan hasta el pie los frutos suaves;
Y de flores se cuaja en el verano.

XXIV

PASO HONDO.

En el regazo de feraz cañada
Fluye perenne bajo limpio cielo
Un arroyito, que de verde el suelo
Y de oro y rosa tiñe de pasada.

Del pie robusto á la cimera alzada
Se revisten de blondo terciopelo
Los árboles; y alfombra su escabelo
La herbecilla de aljófár salpicada.

Se disfrazan allí las rudas peñas
Con las frondas velludas y las flores
Fragantes de parásitas risueñas.

Y remedan del iris los colores
Las linfas que de cárcavas y breñas
Gotean aun de Mayo en los calores.

XXV

EL PINAR.

En su dentada y lúcida corona
De arena y hielo y pórvido plumizo
Una llanura de sin par hechizo
Encierra el monte en descampada zona.

El Noto allí las nubes amontona
Y nieves cuaja y hórrido granizo;
Y fatiga al venado espantadizo,
Al remedar la voz, Eco burlona.

El águila se cierne y leda gira
Fascinando á la tímida serpiente
Que silba en vano, encógese y estira;

Ruge el león garrudo y prepotente;
Y del pinar en la melena espira
Helado y melancólico el ambiente.

XXVI

LA PEÑA DEL FRAILE.

Por musgo y hielo sobre monte cano,
La frente al Sur, y donde siempre aulla
El negro lobo y la torcaz arrulla,
Se yergue el monolito más galano.

Es la estatua de un fraile franciscano
De cordón y cerquillo; la cogulla
Basta y rugosa de color de grulla,
Se recoge con una y otra mano.

¿Será que un monumento duradero
Alzó Naturaleza al dulce amigo,
Hermano, padre del azteca fiero?

De mudanzas innúmeras testigo,
Fecunda con limpísimo venero
Las aldeas nacidas á su abrigo.

XXVII

EL CERRO DEL CALVARIO.

Vese una loma enfrente del ejido
Que el blando influjo del Abril enerva,
Y donde en vano la cansada cierva
Busca el raudal y pasto humedecido.

No hay un arbusto donde cuelgue el nido
De avecillas la gárrula caterva;
Ni un matorral, ni un tronco, ni una hierba
Donde module el céfiro un gemido.

Ruinosa, oscura, sepulcral ermita,
Corona enhiesta la caliza cumbre
Donde soberbio el vendaval se agita.

De esqueletos horrible muchedumbre,
Es fama, que de allí se precipita
El sol hermoso al esconder su lumbre.

XXVIII

LA PEÑA BLANCA.

Un oquedal, de montes rodeado,
Al pie marmóreo de caliza roca
Que se eleva al zafir con alba toca
En baldaquín de helechos recamado;

Un vallecito angosto, cultivado,
De azul arroyo á la barbada boca,
Que con sus quejas á dormir provoca
El sueño más tranquilo y regalado;

Una aquí y otra allá de verde caña
Chozas felices, que con su airosa veste
Abrija cariñosa la montaña;

Todo esto bajo bóveda celeste
Que el humo apenas por la tarde empaña,
Da á ese sitio el aspecto más agreste.

XXIX

SAN GASPAR.

¡Doquiera el río. . . y siempre sinuoso
Escamado y voluble cual serpiente!
¡Siempre purpúrea la encrespada frente,
Siempre raudo y sensual, siempre quejoso!

En San Gaspar detiéndose el coloso,
Cobra aliento y ensancha su corriente,
Y baña con la linfa transparente
El terruño feraz y vaporoso.

De un llano al otro vuelan azoradas
Sin descansar, con prolongado ruido
Las silvestres palomas en bandadas.

Y esconden cautas á su pie florido,
Del trébol las macollas regaladas,
De ágil perdiz el abundoso nido.

XXX

LA ALBERCA.

Sagradas Ninfas, á quien nunca orea
 El rubicundo sol las hebras blondas,
 Y que alegres libais entre las ondas
 El alba miel de púdica ninfea;

¿Tiene debajo de la verde enea
 Y de estos lotos de lucientes frondas,
 De cristal sus palacios, ó en las hondas
 Cavernas la amorosa Galatea?

Aquesa linfa que borbota muda,
 Por áureos peces sin cesar cortada,
 La orilla hasta lamer jamás desnuda;

Ese sauz, esa arena brillantada,
 Y esas flores, publican que es sin duda
 Esta alberca de númenes morada.

XXXI

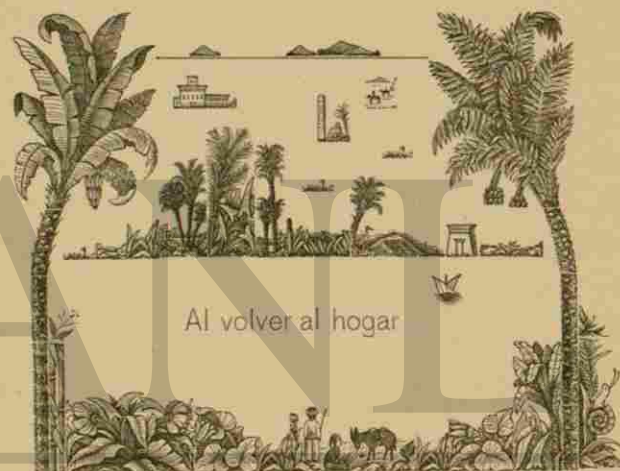
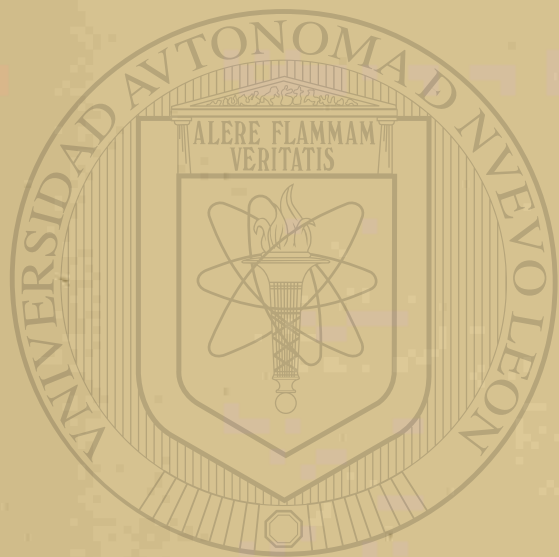
EL POZO DE ANGELA.

Espumoso y locuaz, de piedra en piedra
 Muy paso á paso límpido riachuelo
 Del monte baja, y al perder el suelo,
 El abismo parece que le arredra;

Colúmpiase en los brazos de una hiedra
 Que trepa errante, y pone su desvelo
 En vestirla de rojo terciopelo
 Y en gracia darle y brillantez y medra.

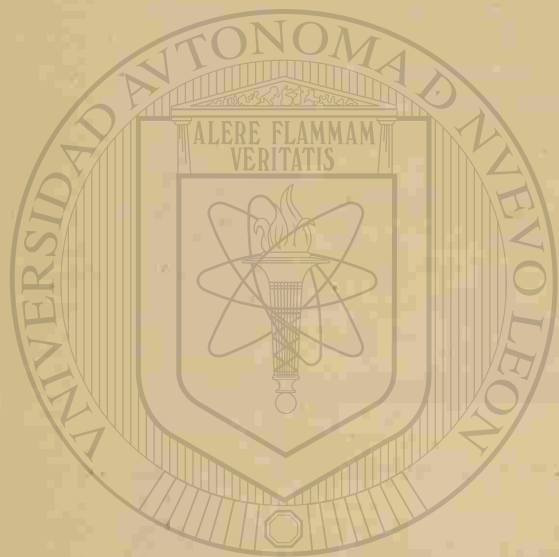
Cavó allí, para espanto de la gente,
 En innúmeros siglos, ancho pozo
 El golpe de esta plácida corriente.

¡Ángela triste, vítreo calabozo
 En él hallaste, y el dormido ambiente
 Aquejas con ternísimo sollozo!



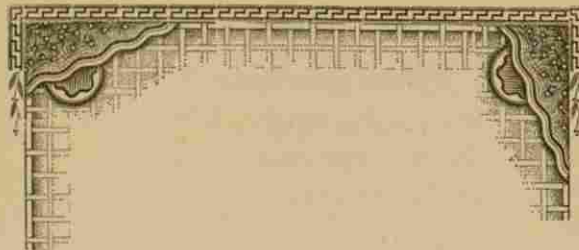
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡Oh montes de mi pueblo,
Mil veces salve, salve,
Ceñidos con las hojas
Del álamo arrogante!

Excelsos muy más que otros
Sereis en las edades
Futuras, porque amigos
Me disteis hospedaje.

Aquí, con débil planta
Las sombras de los sauces
Buscaba, siendo niño,
Verdinas y fragantes;

Y alegre recorría
Los bosques virginales
Bañado por la fresca
Llovizna de la tarde.

Aquí, de humildes flores
Cortadas en las calles
Agrestes, de madroños
Y lauros y arrayanes,

Tejí con casta mano,
Exento de pesares,
Guirnaldas al abrigo
De lilas y rosales;

Y en la húmeda corteza
De pinos seculares,
Que surgen de los ríos
Ceruleos á la margen,

Grabé con piedra dura,
Futuro tierno vate,
Mis trovas las primeras
Sin número y sin arte;

Y el ánima tranquila
Absorta en los paisajes
Bellísimos que ostentan
Los campos de mi Valle,

De célica armonía
Hundida en los raudales,
Gozaba en estos sitios
De arrobos inefables.

¡Oh montes de mi pueblo,
Dulcísimos como antes,
Amados cual ningunos,
Risueños y feraces!

Hoy torno y os bendigo
Con pecho palpitante,
Con lengua balbuciente
Y acento miserable.

Guardais en vuestros pliegues
Vosotros, de mis padres
Honrados y virtuosos
Las tumbas venerables.

¡Qué mucho que al miraros
Se inmute mi semblante
Y caiga de rodillas
Y el caro suelo abrace!

¡Qué mucho que aspirando
Las auras matinales,
Que en ráfagas parece
Que salen á encontrarme,

Olvide mis congojas
Y entienda delirante
Que nunca, destinado
Dejé los patrios lares!

¡Oh montes, bellos montes!
Si el hado inexorable
Muy lejos de vosotros
Se goza en torturarme,

Si hoy torno forastero,
Y en vida no me es dable
Morar en estas dulces
Cañadas y breñales,

¿Querrá piadoso el cielo,
En muerte no distante,
Que deis á mi despojos
Asilo perdurable?

¡Oh abetos encumbrados!
¡Oh tilos colosales!
¡Oh gárrulos madroños!
¡Oh tiernos arrayanes!

Sonoros acogedme
Y fresca sombra dadme
Meciendo vuestras copas
Teñidas de granate.

Venid, oh jilguerillos,
Palomas montaraces,
Aligeras alondras,
Y tordos insaciables,

Venid que soy el mismo;
El mismo que en las tardes
Serenas del Otoño,
Pacífico y errante

Os daba aquí en sus palmas
Oculto entre el boscaje,
Del verde fresco aliso
La grana de azabache.

Á ti, escabrosa peña,
De aspecto adusto y grave,
A ti, cerúleo río,
Selvoso y resonante,

Á ti, florido cerro,
Y ¡oh pino venerable,
Á ti y al rudo puente,
Mil veces salve, salve!

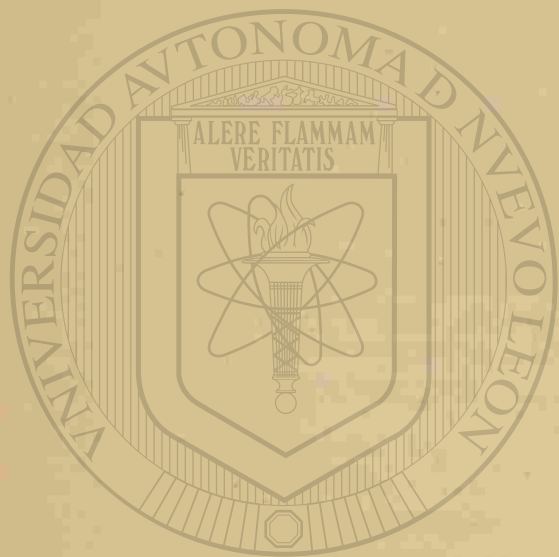
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I

A VIRGILIO.

Tú, y sólo tú, de cristalina fuente
Donde tranquilo el cielo se refleja,
Lograste descifrar la blanda queja,
Fijo el mirar en la húmida corriente.

Tú, y sólo tú, de triscador ambiente
El lenguaje entendiste, y de la oveja
El balar, y el susurro de la abeja
Que huye bañada en polen reluciente.

Y sólo tú, del pródigo aldeano
El candor al narrar, de su ventura
Y amable paz revelas el arcano. ®

Y el eterno atractivo de Natura
Acrecieron, tu ingenio soberano,
Tu excelso numen y sin par dulzura.

II

A UN CIPRES.

Lleva tu cono al refulgente cielo,
Flébil ciprés, emblema peregrino
Del alma que, llenado su destino,
Esquiva rauda el miserable suelo.

La opaca nube con osado anhelo
Hiende y transpón si estorba tu camino;
Sin que te arredre ciego el torbellino,
Ni el estridor de su potente vuelo.

Adusto escucha en la serena altura,
Del ave pasajera el armonía
Y el blando murmurar del aura pura.

Y al reclinar la sien la tarde fría,
Remece austero tu cimera oscura,
De majestad oh emblema y poesía.

III

AL SOL.

Despierta ¡oh rey! y al férculo esplendente
De oro y carmín, diamantes y brocado
Sube y contempla sobre el mar rizado
Tu egregio efod é inmaculada frente.

Alas y voz al adormido ambiente
Da generoso, púrpura al nublado,
Zafir al éter, ópalos al prado,
Al ave galas, iris á la fuente.

Radiante incuba sobre el ancha tierra,
Que de tu amor llevada y poesía
Por el espacio embebecida yerra,

Y tras los montes al perderse el día,
En lecho de coral los ojos cierra.
Y ¡duerme, duerme entre la bruma fría!

IV

A UNA HIEDRA.

Te vi crecer de asombradora encina
Ligada al tronco, del verjel florido
Que avaro guarda mi silvestre nido
En la hosca rampa, hiedra purpurina.

Y vi que te bañaba cristalina
El agua de mi arroyo bendecido,
Que murmurando, entre ovas escondido,
El paso truece y lánguido camina.

Hoy, ya marchita, de mi yerma estancia
Trepas el muro con afán ingente
Bajo un cielo que no es el de tu infancia.

Al infortunio, como yo, la frente
No rindas, ni me niegues tu fragancia,
¡Recuerdo vivo de mi patria ausente!

V

A UN LIRIO.

Móvil descuellas á la sombra oscura
De los sauces bañado de rocío,
Y en los cristales de cerúleo río
Ves retratada tu gentil figura;

O entre los guijos de árida llanura
Mal te defiendes del sañudo Estío
Al pie del cardo, que desgarrá impío
Tus hojas tiernas de sin par blancura.

Y de fragancia viertes un tesoro,
Que en su albo seno la campestre rosa
Ávida encierra por mayor decoro;

Y al brindarle en tu cáliz la olorosa
Miel albicante, con tu polen de oro
Salpicas á la leve mariposa.

AL VOLVER A MI TIERRA NATAL.

¡Pino locuaz, de blonda cabellera,
Aun das fragancia á mi nativo prado
Y frescor al flexible y argentado
Arroyo que retoza en la ribera!

Ciérnese aún el águila altanera
Encima el risco; vuela en el cercado
El zorzal; y arrebólase el nublado
En la occídna selvosa cordillera.

Y aun ostenta su brillo y lozanía
Aqueste madroñal. . . ¡oh Dios! en donde
Mi buen padre al encuentro me salía.

¡Y hoy que retorno, él sólo se me esconde! . . .
No hay huella de su báculo en la vía. . .
Y por más que le llamo. . . ¡no responde!

A UN LAUREL.

Vencido, triste, de la fértil Delo
Mansión y patria del divino Apolo,
Viniste á Anáhuac desterrado y solo
Entre sus rocas á implorar consuelo.

¡Y se conjuran, enemigo el cielo
Con sus influjos, con su aliento el polo,
Y aun el terruño con inicuo dolo,
Por acrecer tu incomparable duelo!

Tú, que en los templos y en la regia estancia
Fuiste del César, signo de victoria
En los albores de la tierna infancia,

En la vejez, apenas la memoria
Guardas, vertiendo celestial fragancia,
De tu almo origen y perdida gloria.

VIII

LA ORACION DE LA TARDE.

Tiende la tarde el silencioso manto
De albos vapores y húmidas neblinas,
Y los valles y lagos y colinas
Mudos deponen su divino encanto.

Las estrellas en solío de amaranto
Al horizonte yérguense vecinas,
Salpicando de gotas cristalinas
Las negras hojas del dormido acanto.

De un árbol á otro en verberar se afana
Nocturna el ave con pesado vuelo
Las auras leves y la sombra vana;

Y presa el alma de pavor y duelo,
Al místico rumor de la campana
Se encoge, y treme, y se remonta al cielo.

IX

A UN POETA.

—Quién soy?— Escucha: cuando el negro manto
Plegó la noche, cabe la bermeja
Linfá del Tajo su melíflua abeja
Ayer decía con mortal quebranto:

—¿Quién fuí? ¿quién soy?— El eco de este canto;
«Postrer adios del numen que se aleja;
«Del infortunio la viviente queja;
«De la afligida humanidad el llanto.»

Me matas; ¡ay! no toques el capullo
Que labro en esta selva donde anida
La tórtola, del céfiro al arrullo.

No ¡por piedad! no tientes esa herida
Que sangra aún; y déjame al murmullo
De fuente obscura terminar la vida.

X

A UNA PALMERA.

Erguida, inmóvil, tétrica y alzada
 Más que del monte los breñosos picos,
 Deseuellas entre acacias, y en los ricos
 Manantiales te miras retratada.

No te sangró la hiedra nacarada,
 Ni te corroen fieros agaricos;
 Y en tus blondos flotantes abanicos
 Las tórtolas se albergan en bandada.

¿Y eres feliz? . . . Un hado inexorable
 A las besanas de mi fértil huerto
 Te arrojó en la niñez, palmera amable.

Y hoy te empinas llevando al descubierto
 La triste faz, por si te fuere dable
 Ver el seco arenal de tu desierto.

XI

A UN ARRAYAN.

Ignaro aún de tu nobleza y fama,
 Amé tu sombra: plúgole propicia
 A la suerte, dejarme en la puericia
 Morar debajo de tu verde rama.

Del sol canicular la roja flama
 En ti se extingue; júbilo y delicia
 Eres del ave; el aura te acaricia
 Y en tu aliento fragante se embalsama.

Y brindas á la abeja campesina
 En tu alba flor, dulcísima y luciente
 La miel que baña su purpúrea mina.

Y con tu ramo, premio indeficiente
 De noble lid é inspiración divina,
 Del bardo ciñes la gloriosa frente.

XII

A UN ÁLAMO.

El lago de zafir en su oleaje
 Envanecido con primor retrata,
 Tus frescas hojas de nativa plata
 Y de tu tronco la esbeltez salvaje.

Por tu nudoso y áspero ramaje
 Trepa flexible, tiéndose y desata,
 Bañado en flor el grumo de escarlata,
 La tierna vid contigo en maridaje.

Y si no ostentas nacarada poma,
 De tus pródigos brazos suspendido
 Gigante y nácar el racimo asoma.

Eres del ave-trono preferido;
 Y en tus volutas la torcaz paloma
 Teje y fecunda el amoroso nido.

XIII

A MI PUEBLO NATAL.

Si en libertad dejárame el destino
 Que hoy me encadena con inicua saña,
 No buscaría por región extraña
 Desnudos montes y raudal mezquino.

Antes tus selvas de oloroso pino,
 ¡Oh fértil Valle! y silbadora caña,
 Y aquellos llanos que el *Salitre* baña
 Con linfa azul de murmurar divino.

Tus abetos de plácida memoria
 Guardan aún grabada en la corteza
 De mi niñez la peregrina historia.

Y los mirtos que pueblan tu maleza
 (¡Temprano augurio de futura gloria!)
 Con sus hojas cubrieron mi cabeza.

XIV

A GALATEA.

(IMITACION DE HORACIO).

*Sis licet felix ubicumque moris
Et memor nostri Galatea vivas*

El ala bate y mi zafir sereno
Enluta bramador el torbellino;
Túmida sierpe cruza mi camino,
Corusca el rayo, y se prolonga el trueno.

¡Vive dichosa.... y al pastor Fileno
Jamás olvides! El turgente lino
Al rudo soplo de infeliz destino
Me arranca y lleva de tu amante seno.

Mañana, al tardecer, flébil, de hinojos
Estaré en otra playa... y de esta orilla
Sin mí hollarás los arenales rojos.

¡Ah! si la luna en occidente brilla,
En ella clava los cerúleos ojos
Y una lágrima surque tu mejilla.

XV

A UNA RUBE.

Surca las auras y ligera sube
Al éter alto, descogiendo ufana
La ondosa veste de opalina grana
Y encaje tenue, voladora nube.

Y vaga en el zafir; y ya que incube
Sobre los mares la tiniebla vana.
El casto seno bríndale galana
Al del espacio tutelar querube.

Envuelve en gasa de sin par albura,
En rocío trocada, al fiel lucero
Que la luz al rayar, treme y fulgura.

Y desciende á las frondas del uvero,
Para tornar á la celeste altura
Del sol al poderoso reberbero.

XVI

A UN POETA.

El níveo cáliz inocente abeja
 Busca y encuentra de la flor temprana;
 Y el suave tallo de color de grana
 Busca en los llanos baladora oveja;

Brota humeante y presurosa deja
 La clara linfa su natal fontana,
 Y á la ova grácil que surgió lozana
 Ciñe y embriaga con sabrosa queja.

Y el áureo sol surcando el aura pura
 Baja á irisar la gota de rocío
 Tremulante en su lecho de verdura.

Y solo para mí. . . ¡destino impío!
 No hay corazón que mida mi ternura,
 Ni un pensamiento que responda al mío.

XVII

AL ANOCHECER.

Pálido el sol al tramontar envía
 El postrer lampo á la húmida floresta,
 Tiñendo de oro la dentada cresta
 De plomiza lejana serranía;

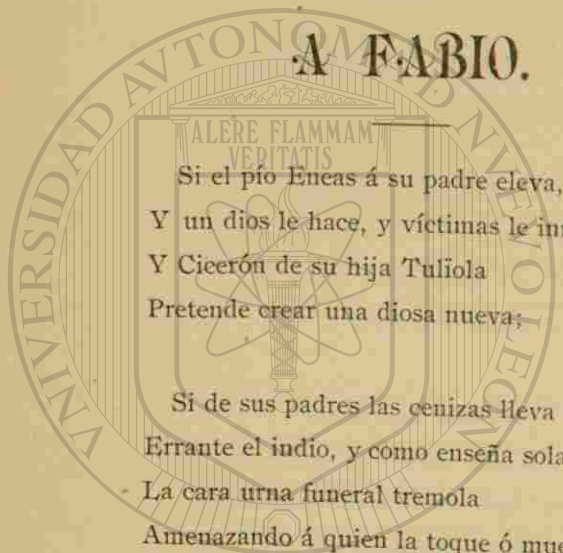
Resuena pavorosa la sombría
 Hosca montaña á trechos la funesta
 Voz del mochuelo; y se levanta enhiesta
 En las llanuras la tiniebla fría.

A aquesta hora, si el delgado acento
 Del aura escucho, y del salvaje pino
 El susurrar, es tanto lo que siento,

Tanto se agita el corazón mezuino,
 Que he de rendir el postrimer aliento
 Del sol poniente al esplendor divino.

XVIII

A FABIO.



Si el pío Eneas á su padre eleva,
Y un dios le hace, y víctimas le inmola,
Y Cicerón de su hija Tuliola
Pretende crear una diosa nueva;
Si de sus padres las cenizas lleva
Errante el iudio, y como enseña sola
La cara urna funeral tremola
Amenazando á quien la toque ó mueva;

Oh Fabio, amigo, dime: ¿por qué extrañas
Siendo sensible y de piedad notoria
Que la luz no se extinga en mis cabañas?

¡Ah, madre mía, mi ídolo, mi gloria,
El hijo que nació de tus entrañas
Esta lámpara enciende á tu memoria!

XIX

A UN POETA

A quien envié á la par la traducción parafrástica de la Elegía del P. Alegre.

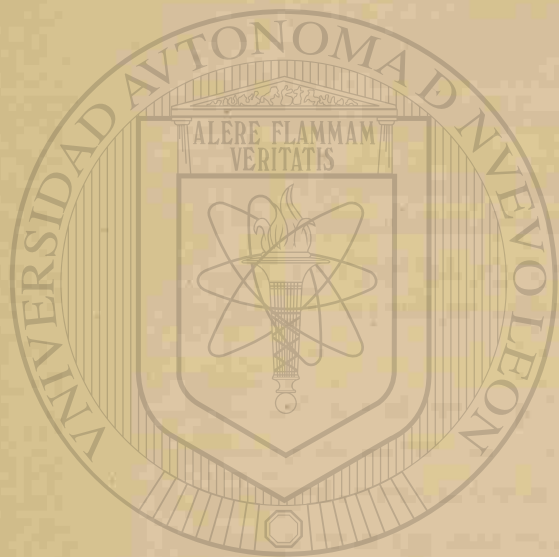
En época mejor con fácil paso
Hollé la cumbre de Helicón alzada,
Y llevando la frente coronada
Libé las florecillas del Parnaso.

Hoy, dulce vate, con vigor escaso
Probé á tañer la lira abandonada;
Mas... ¡ay de mí! la vena está agotada;
Aquel estro feliz llegó á su ocaso.

Abatido, de angustia en un momento,
Puse el labio tembloroso en flauta ajena
Por responder á tu sonoro acento.

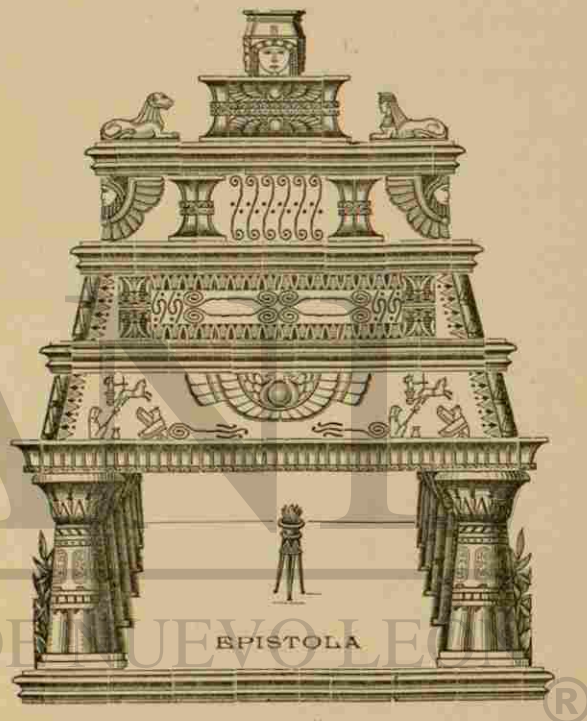
¡Sombra de Alegre, cual ninguna, buena,
Perdona si en mi largo desaliento
Mal remedé tu inspiración serena!

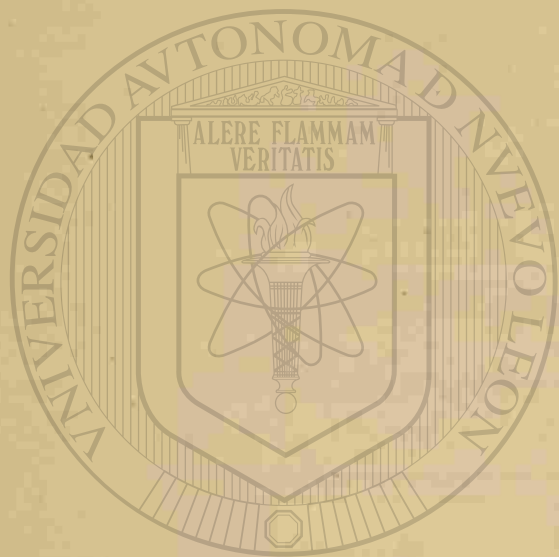
BIBLIOTECA CENTRAL



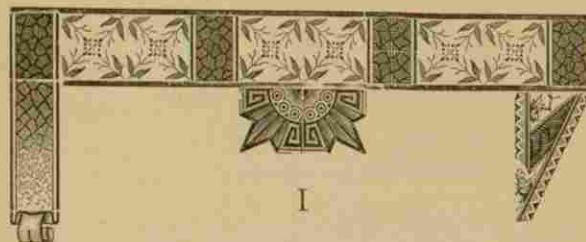
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

A UN POETA.

Pues que interrumpe tu sonoro acento
Mi alto sopor, descuelgo el arpa rota
Al impulso de un noble sentimiento

De tierna gratitud. Por causa ignota
Se ensancha fácil y ávida cobija
Al triste corazón la *negra gota*.

Mas, aunque al alma en su dolencia fija
Y ensimismada esquive con pavura
La poesía de los cielos hija,

Intento, sofrenada la amargura,
A tu Epístola hermosa dar respuesta
Con sonrisa aparente de ventura.

No esperes, no, que deje la floresta,
Ni que transponga presuntuoso y vano
De mi peñón la salvadora cresta;

Ni que sujete mi inexperta mano
El áureo cuerno de la fébea lira
Por menear el plectro soberano.

Que sólo acá, donde Favonio espira
Remeciendo laureles y tomillo,
Tranquila el alma gózase y respira.

No esperes, no, que me deslumbre el brillo
De la cítara docta y su cadencia
Hasta trocar por ella el caramillo.

Desdeño repetir lo que en presencia
Dijo del rey Saúl David hermoso,
Cuando aquél del pavor en la demencia

Le vistió con sus armas. Éste, airoso
Le decía: «No estoy habituado

A llevar este yelmo ponderoso.»

Y empuñando de nuevo su cayado,
Toma la honda; deja los umbrales
De la regia mansión; y resignado

A batirse con armas desiguales,
Sale á encontrar al ínclito guerrero
Sin clarines ni bélicos timbales.

Dulce poeta, con semblante austero
Vienes canoro por mover campaña
Contra el albugue y rústico pandero;

Has pulsado el umbral de mi cabaña;
Y á tu cantar dulcisono respondo
Tañendo siempre la silvestre caña.

Un sentimiento indefinible y hondo,
Un súbito y funesto desencanto,
Una angustia sin par en el redondo

Inmenso mundo, tu divino canto
En mí produjo y desgarró mi herida
¡Cuándo era presa de mortal quebranto!

¿Conque tú, que de lauro circuída
Llevas la noble y espaciosa frente
Por Erato en Castalia humedecida;

¿Conque tú que del Pindo refulgente
Huellas ufano la anhelada alteza
Bajo la copa de arrayán luciente,

Hoy afirmas: que fué Naturaleza
Ideal de otro tiempo; y que se muda
Instable como el hombre, la belleza?

¿Qué puedo responder? . . . ¡Tarea ruda
A otro ingenio más claro reservada
Por más que Euterpe en mi favor acuda!

Que yo, sintiendo el ánima gravada,
Quiero espaciar por el obscuro acervo
De los siglos pasados la mirada.

Allá entre sombras al Creador observo
El mundo fabricando, que más tarde
Alumbraría el esplendor del Verbo.

El sol que entre astros infinitos arde,
El ancho ponto que en su seno abraza
La madrepora ingente y pez cobarde,

El musgo humilde, la soberbio espiga,
El frugífero almendro, los sombríos
Gigantes robles, la rastrera ortiga,

Las dulces aves, los sonoros ríos,
El monte erguido, la nevada sierra
Los calurosos y áridos bajíos,

Los animales todos de la tierra,
Miro brotar de la fecunda mano
Que la bóveda azul primero cierra.

Y alaba con acento soberano
Sus magníficas obras, y declara
Que dignas son de su saber arcano.

Del árbol prócer, á la humilde jara
Bendice cariñoso; y, hermosura
Perpétua y atractivo les depara.

En formar la más noble criatura,
En el barroso campo damasceno,
Agota su poder, y su ternura;

Al hombre plasma de rojizo cieno;
Sobre él espira, y le alza peregrino;
Mas no le aplaude ni le llama bueno;

Le pone de la vida en el camino
Y le muestra el volumen donde aprenda
Su origen, sus deberes y destino;

¡La creación! Indícale la senda
Que á la patria conduce; y de sus ojos
Hace caer la peligrosa venda.

Desde entonces, en rosas los abrojos
Pudo trocar el hombre, y en tranquila
Serenidad sus míseros sonrojos;

Desde entonces espacia su pupila
Con eterna fruición donde Natura
Sabia y serena á su redor rutila;

Desde entonces un fondo de ternura
Inmenso como el tímido Océano,
Guarda el hombre por toda criatura.

El mismo origen reconoce humano
En las fuentes, los pájaros y flores,
Y á cada arbusto véle como á hermano;

Mudos testigos son de sus amores
Inocentes; aumentan su contento,
Y mitigan sus bárbaros dolores.

Del sér que entraña vida y sentimiento
Tan propia ha sido aquesta poesía,
Que Dios, en alas del occíduo viento,

Según Moisés afirma, discurría
Del Edén por los bosques alabando
Sus bellas obras al morir el día.

Del dulcísimo Job el eco blando
Resuena en mis oídos. ¡Quién pudiera
Tomar el pulso á su dolor infando!

¡Quién ponderar su desventura fiera,
Y llevar el poema peregrino
Del genio en alas, á la azul esfera!

Tú no lo ignoras. Nada más divino
Ha brotado jamás de vate alguno
Que esa *lucha del hombre y el destino*.

Y Job, á quien los sabios de consuno
Han llamado: «*Poeta del desierto*»
«*Al cual no alcanza ni aun siguió ninguno,*»

¡Con cuánta galanura, con qué acierto
Dió á su poema el suave colorido
Que tú desdeñas y reputas *muerto!*

Compárase á la fronda del erguido
Roble que alza el turbión, y á leve arista
Que al cielo lleva el vendaval temido.

Él ve al impío, y en viéndole se atrista;
Y rompe así con vuelo sobrehumano
Clavando en él la poderosa vista:

«¿Puede vivir el junco del pantano
«Sin humedad, ó, lejos de los ríos
«El carrizo infeliz, verde y lozano?»

«En flor aún, ajados y sombríos
 «Se ven primero que la mano cruda
 «Les alleguen agrícolas impíos.

«Del hombre, presa de insidiosa duda
 «Que se olvida de Dios, tal fué la suerte;
 «Morirá la esperanza que le escuda.»

Después sus ojos lánguido convierte
 Al humano linaje, sometido
 Tardé ó temprano á miserable muerte,

Y exclama: «El hombre de mujer nacido
 «Vida muy breve goza en su morada
 «Y siempre de miserias circuído;

«Nacé como la flor que en la alborada
 «Envanecida ostenta sus primores
 «Para mirarse al tardecir hollada;

«Huye como las sombras superiores
 «Que nunca giran en el mismo estado
 «Pues se atenúan ó hácese mayores.»

Y luego dice: «¡Muero despreciado
 «De todos, sin vislumbre de consuelo
 «A manera de un árbol arrancado.»

Y escucha, hundido en inefable duelo,
 Que Dios flotando en negro torbellino
 Así le increpa desde el alto cielo:

«¿Quién es aqueste que perdiendo el tino
 «Entreteje sentencias verdaderas
 «Con falsas, y maldice su destino?

«Y ya que tu valer así ponderas,
 «Ven y los lomos cíñete y responde
 «Que voy á preguntarte: ¿Dónde eras

«Indícame el lugar, en dónde, en dónde,
 «Cuando á la tierra puse el fundamento,
 «Si á tu saber aquesto no se esconde?

«¿Y sabes, di, quién hizo este portento
 «Y echó sobre ella trazos y medidas
 «Al diseñarla con sin par aliento?

«¿Quién apoyó sus basas escondidas
 «Y á la piedra angular asiento puso
 «Sobre las leves auras adormidas?

«¿En dónde estabas tímido y confuso
 «Cuando al par con los astros matutinos
 «Me bendecía el escuadrón difuso

«De los hijos de Dios? ¿Quién, sus caminos
«Trazó al inquieto mar cuando salía
«De mí, cual de los claustros uterinos;

«Cuando con blancas nubes le cubría
«Y como en los pañales de la infancia,
«En calladas tinieblas le envolvía?

«Yo puse los linderos á su estancia;
«Y le encerré con puertas y cerrojo
«Que su ímpetu no fuerzan y arrogancia.

«Y le dije: Refrena aquí tu arrojo
«De aquí no pasarás: y aquesta arcilla
«Basta á afrontar y reprimir tu enojo:

«¿Mandaste tú, bogando en la barquilla
«De tu existir, que nazca en la mañana
«La estrella que á las otras amancilla?

«¿Y señaló tu presunción insana
«Del horizonte el punto, donde debe
«Rubia esplender la aurora soberana?

«¿Acaso en el tesoro de la nieve
«Entraste alguna vez, ó en el tesoro
«Del granizo que salta cuando llueve?

«¿Se te abrió por ventura el indecoro
«Palacio de la muerte, y has mirado
«Aqueste asilo de tiniebla y lloro?

«¿Y por ventura, dime, has calculado
«La extensión de la tierra? Dime, dime,
«Si es que todo lo tienes descifrado:

«¿Cuál es la vía fácil y sublime
«Donde habita la luz, y cuál morada
«Con sus horrores la tiniebla oprime?»

¡Con qué dolor aparto la mirada
Y el corazón, de Job incomparable
Por continuar la mísera jornada!

Fatigado y rendido, no me es dable
Proseguir sin apoyo; y no vacilo
En ponerme á la sombra del amable

Pastor del monte Horeb, que blando asilo
Halló al nacer en las sonantes cañas
Y verdes lotos del gigante Nilo. ®

¡Ah! ¿Quién como él, las rígidas montañas
Amó jamás y vastos arenales
Del Desierto, y las tiendas y cabañas?

Basta hojear sus libros inmortales
Para entender que pródiga Natura,
Con sus bosques y limpios manantiales,

Con sus praderas de eternal verdura,
Con el del ave cadencioso trino,
Con el trueno de nube que fulgura

En la espira de negro remolino,
Con el rugir de la insidiosa fiera
Y el rebramar del piélagos azulino,

Su cerebro templó de tal manera,
Y avigoró su talla peregrina,
Y la voz le timbró dulce y austera,

Que de poesía inagotable mina
Le plugo atesorar en esa alma
Digna á la par de espiración divina.

Me parece que le oigo en dulce calma,
Mirándole á la orilla del Mar muerto
Al pie de móvil y rojiza palma,

Con las olas y el águila en concierto,
Cuando antes de morir á Dios invoca
Asordando las auras del Desierto:

«¡Oh cielos, escuchad, oh monte, oh roca,
«Embebecidos, el acento mío
«Y palabras que salen de mi boca!

«Mi doctrina á manera de rocío
«Se condense, y así como en la rama
«Se junta en gotas el relente frío;

«Como la lluvia que á la hierba escama
«Y como aljófara trémulo y fulgente
«Que rueda encima de la verde grama. . .

«Fué de este pueblo el Dios omnipotente
«Gefe y caudillo; ni hubo dios extraño
«Al cual rindieran la cobarde frente.

«Como el águila madre en el escaño
«De ruda peña incita á sus polluelos
«A dejar de su nido el aledaño,

«Y alegre vuela y vase hasta los cielos,
«Y baja, y tiende las rojizas alas,
«Y á uno toma, doblando sus desvelos,

«Y se le lleva á las etéreas salas
«Sobre el hombro, el Señor así establece,
«En virgen tierra de perpétuas galas

«A su pueblo Israel, en donde crece
«La rubia espiga y de dorados frutos
«La tierra exhuberante le abastece;

«Donde de riscos sin humor y enjutos
«Libe sabrosa miel, y aceite claro
«De los peñones áridos é hirsutos;

«En donde encuentren nutrimento caro
«En las vacas y leche de la oveja
«Y en la gordura del novillo jaro

«Del país de Basán; y en la bermeja
«Grey de cabras, del trigo en la medula
«Que al hielo y nieve por su albor semeja;

«Donde la vid selvática pulula
«Y le brinda en su sangre la bebida
«Y áureo licor que al apetito adula»

¿Dónde estás, oh Moisés? ¿Dónde eres ida
Generación feliz de los cantares
Tan poco amada y menos comprendida?....

¿Tú, que al pie de palmeras seculares,
Al Criador ensalzando tus poetas,
Fiel erigías rústicos altares,

Tú, que al rumor de bélicas trompetas,
En el día por nubes encubierto
Y en la noche al fulgor de los cometas,

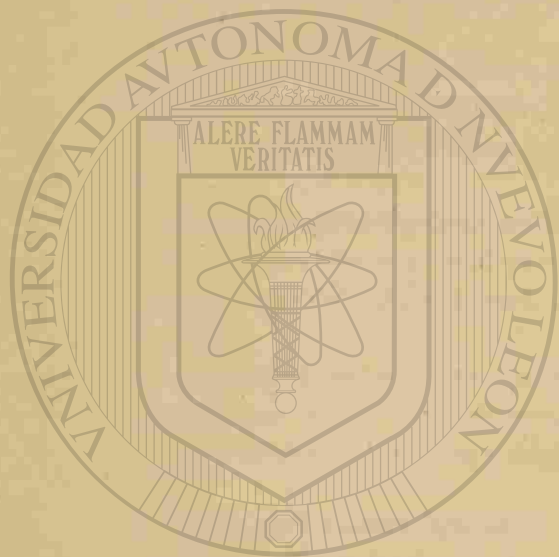
Por orden de Jehová, con paso cierto
Marchabas á ofrecer el sacrificio
En la inmensa llanura del Desierto?

De tus bíblicos bardos al auspicio
El labio puse en la sonante caña
Remedando el acento pastoricio.

Aun tu lejano resplandor me baña;
Y el corazón tu acento siempre nuevo
Guarda indeleble con fruición extraña.

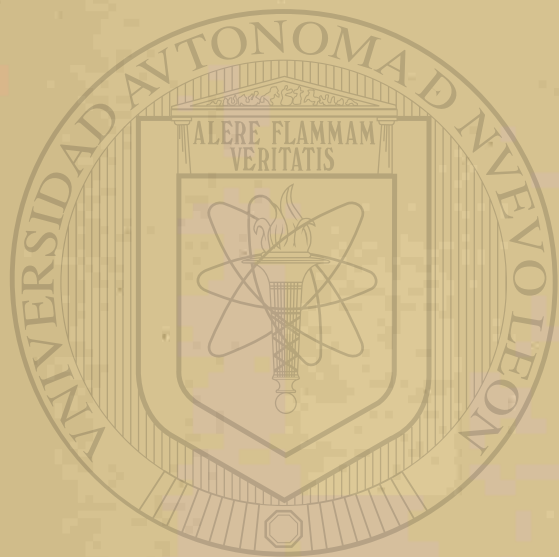
Mas. . . ya declina soporoso Febo
Y se oculta del monte en el ramaje;
Y yo depongo el báculo, mancebo,
Para seguir á la alborada el viaje.





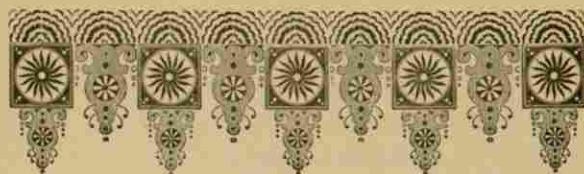
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

¡Hended el éter y apiñadas nubes,
Penígeros querubes
Que revolais en torno del Eterno,
Y de amor inflamados
Fugad á los osados
Incolas torvos del flagrante Averno!

Y desterrad de valles y colinas
Las húmidas neblinas
Y el escuadrón de sombras indecoro;
Y encended anhelantes
Las hachas crepitantes,
Y remeced los incensarios de oro.

La blanca veste el agobiado monte
Deponga; el horizonte
En áurea luz corónese y en grana;
Y en alas de la brisa,
Del cielo á la sonrisa,
Su aljófara venga á prodigar Diana.

Surja dejando sonrosada huella
 La matinal estrella
 Sobre los hielos del volcán vecino,
 Y al zafir se levante
 Vaporosa y tremante
 Cual lámpara en fanal alabastrino.

Radiante el sol brotando de las ondas
 Vierta sobre las frondas
 De hilos de oro fúlgida cascada,
 É irise del bravío
 Y despeñado río
 Que fluye plañidor la sien crespada.

Ciérnase leda matizada el ave,
 Y exhale trino suave,
 Encima los purpúreos ciclamores;
 Y al labio de las fuentes
 Los árboles olientes

Desparzan hojas y nectáreas flores.
 Y tú, oh Padre, libre de quebranto
 Y de júbilo santo
 Henchido el corazón, con alto ejemplo,
 En la esfera tranquila
 Clavando la pupila,
 Ven del Señor al ataviado templo.

De brocado la mitra reluciente
 Ciña tu noble frente;
 Cruce tu pecho zafirina estola;
 Y de púrpura idalia
 Con sérica sandalia
 Al ara sube y el Cordero inmola.

Y pulsa, pulsa con ungida mano
 El cielo soberano;
 Al levantar al aura la Hostia pura
 Ofrece nuestros dones;
 Y santas bendiciones
 Danos en prenda de eternal ventura.

Fija en tu grey la vívida mirada
 De ti en torno agrupada;
 Magnates y sencillos labradores,
 Que con afán creciente
 Y lengua balbuciente
 En pregonar se esfuerzan tus loores.

Tú, por valles, colinas y montañas
 Buscaste las cabañas
 De los pobres, y fuiste su consuelo;
 Sin que el Invierno frío
 Ni el quemador Estío
 Templar lograran tu ardoroso celo.

La cátedra dejando *suntuosa*,
 Ya en ermita *sombrosa*,
 Ya á la margen de fuente *crystalina*,
 Como su *linfa*, *pura*,
 Con *paternal dulzura*
 Anunciaste de Cristo la *doctrina*.

Al *descreído pertinaz* y al *rudo*
 Luz y *enseñanza*; al *nudo*
 Mendicante *infeliz*, *veste* y *sustento*
Próvido siempre diste;
 Y del *enfermo triste*
 Llegó á tu oído el *miseró lamento*.

Y de tu *anhelo* y *fervido cariño*
 Es dulce objeto el *niño*
Huérfano y *débil*; *curas* su *dolencia*
 Y le *enjugas* el *llanto*,
 Y *envuelto* con tu *manto*
 Le *defiendes* y *escudas* su *inocencia*.

¿Qué mucho que hoy, *yermados* monte y *soto*,
 Con *rama*, *hiedra* y *loto*
Templos y *hogares* truequen en *pensiles*,
 Y que *atruenen* tu oído
 Tu nombre *bendecido*
 Al resonar cien *coros infantiles*?

¿Los oyes? Claman, *desparciendo* *oliva*
 Y *pino*; ¡*Viva, viva!*
 Y al cielo *encumbran* tu *piedad notoria*;
 Y dan al *aire vago*
 En *amoroso halago*
 Los *himnos* que *entonamos* á tu *gloria*.

¡Recibas nuestro amor! Aquestas *rosas*
Purpúreas y *olorosas*
 Que *ofrecemos*, no han sido, no, *cortadas*
 De los *frescos arbustos*
 Que *yérguense* *robustos*
 De *Chipre* en las *florestas celebradas*;

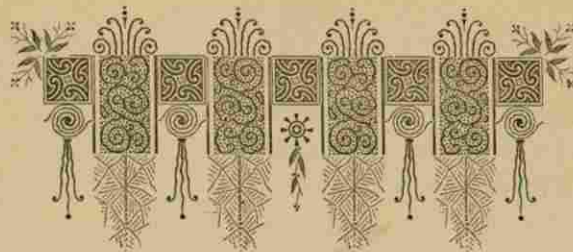
Ni estas *aromas*, *tórtolas* y *mieles*,
Tomillos y *laureles*
 Ha *conducido* sobre el *mar inquieto*
Resbalando *süave*
Ebúrnea y *griega nave*
 Del *Asia*, *Epiro*, de *Hiblas* ó de *Himeto*.

Del *Tepeyac* la *rocallosa* *cuesta*
 Donde tu amor *apresta*
Mansión digna á la *Virgen Mexicana*,
Campesinas palomas,
Lauros, *mieles* y *gomas*
 Te *brinda* y *rosas* de *esplendente grana*.

¡Plegue á los cielos alongar tu vida,
De aquesta combatida
Nave gloriosa, válido Piloto,
En tanto la bonanza
Se cierna en lontananza,
Y no suceda el ceñrillo al Noto!

¡Plegue á los cielos que letal dolencia
De tu hermosa existencia
Jamás enturbie el horizonte claro;
Y que siempre querido,
Loado y bendecido
A la grey prestes tu calor y amparo!

Y plegue, plegue á los benignos cielos
En premio á tus desvelos,
Dulce Pastor, y á tu piedad sincera,
Ceñir tu docta frente
Con lauro indeficiente
Cuando retornes á la azul esfera!



II

Venid, del fértil suelo
De Anáhuac venturosos moradores,
Del entusiasmo y del amor en alas,
Y traed cestos de campestres flores,
Del crudo Invierno la temosa bruma
Hendiendo, á la ciudad de Moctezuma
Que ostenta ahora sus mejores galas.

No de avezado indómito guerrero,
Que con fulmíneo acero
Bravo postró las huestes enemigas
Tiñiendo en sangre la fontana pura
Y la hierba que alfombra la llanura
Enaltece la espléndida victoria;
Ni del poeta que meneó inspirado
El plectro delicado
Revela al mundo la envidiable gloria,

Y á premiar se prepara agradecida
 La noble angustia y míseros afanes,
 Que le amenguaron la fortuna y vida,
 Ciñéndole la frente encanecida
 Con guirnalda de mirtos y arrayanes.

Un generoso y justo sentimiento
 De gratitud á la ciudad conmueve;
 Una grata memoria infunde aliento
 A sus dulces y tiernos trovadores
 Cuyos son los cantares seductores
 Que en difundir se afana el aura leve.

Se apresta á celebrar de su querido
 Sacro Pastor el máximo decoro;
 Y aquel día por siempre bendecido
 En que recién ungido,
 De los levitas en el almo coro
 Ufano se alistaba,
 Y, ha medio siglo, por la vez primera
 Sobre marmóreo altar sacrificaba.

¿Qué mucho que sus hijos,
 Del ara en torno con sin par ternura,
 De tal Prelado en el semblante fijos
 Y revelando al mundo su ventura,
 Oren y clamen con ferviente anhelo

Y, las ofrendas al mostrar, eleven
 El corazón al refulgente cielo?

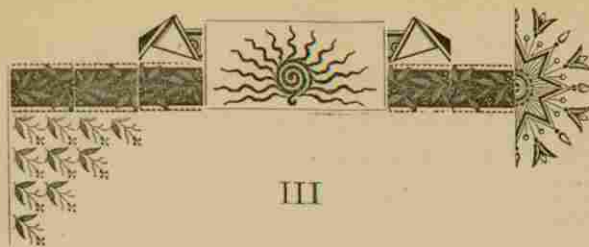
Más hermosa en tus sienes
 De bello albor, munífico Prelado
 Esplende ahora la bicorne mitra
 Tras los rudos vaivenes
 De mísera fortuna, que han templado
 Tu grande alma, que allá en lejano día
 Cuando con ella engalanó tu frente
 Juvenil, venturoso y sonriente
 Con blanda mano el ínclito Munguía.

¡Bendígate el Señor! ¡Que tus afanes
 Él premie, y te sostenga en este mundo
 Lleno de su fecundo
 Y santo amor! ¡Que siempre venerado
 Vivas por esta grey que pide al cielo
 Buena paz para ti, dicha y consuelo,
 Oh Pastor vigilante y gran Prelado!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



III

Nunca la odiosa y á la par astuta
Vana lisonja con mentido plectro,
Me incita, Padre, á profanar la sacra
Cítara imbele.

Que no el ahinco de fugace gloria
Inflama el pecho ni los ojos venda
De quien, oculto, los aplausos viles
Pávido evita.

Si bajo el ala de feliz tugurio
Vida sin tedio que lograron pocos
Vivo seguro ¿qué anhelar pudiera
Invidio y necio?

Dulce memoria con amor el alma
Nutre constante y á exhalar me obliga,
Débil remedo del Cantor de Tíbur,
Cántiga bronca.

Hijo silvestre de ignorado bosque,
Mudo á las auras y á las aves mudo,
Sobre la arena con afán crecía

Pálido lirio.

Lejos del árbol y fontana pura,
Del sol al rayo, sin sostén ni abrigo,
Lánguido, endeble, le encorbaba fiero
Ábrego crudo.

Raudo te lleva de la corte al campo
Ángel propicio; y al cruzar aspiras
Suave fragancia; y en su flor clavaste
Vívidos ojos.

Tierno te inclinas; con amante mano
Hábil le apartas de nociva hiería;
Podas sus tallos, y le das al propio
Húmido huerto.

Nada más justo que sus nuevas flores,
Fruto anhélado á tu piedad debido,
Ornen tu estancia, donde siempre exhalen
Mágica esencia.

Otros tañendo la bicorne lira
Claros tus hechos llevarán al éter.
¡Logren canoros circundar tu nombre
De ínclita gloria!

Yo, pobrecillo, sin valer ni numen,
Versos eolios, en tus Bodas áureas,
Pido á las Musas. ¡Y me inspiran sólo
Mísero canto!....

¡Días sin cuento venturoso vivas!
¡Que de tu cielo procelosa nube
Quieran benignos alejar los altos
Ángeles buenos!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En bella y tibia mañana,
A pesar del crudo Invierno,
Un lauro alzábase tierno
Al labio de azul fontana.
Y una mariposa vana,
Revolando al derredor,
Mostraba el vivo color
Que á sus alas dió Natura
Y la mágica hermosura
De aquel oro brillador.

Sobre el arbusto un jilguero
Novel, de plumón divino,
Exhalaba suave trino
Como nunca vocinglero.
En su cristal el venero
Retrataba mudo y fiel
Del pie á la frente al laurel,
Y al jilguero, y mariposa
Que en el cáliz de una rosa
Libaba fragante miel.

Embebido contemplaba
 Cabe el tronco de un alheño,
 Cuadro tan dulce y risueño
 Que á otra edad me transportaba.
 Fugitiva abeja y brava,
 A la que en nada ofendía,
 Cortó de súbito impía
 Tan grata meditación
 Hincándome el aguijón
 Con increíble osadía.

Desconcertado y molino,
 Un ¡ay! doloroso y vano
 Lancé metiendo la mano
 En el raudal cristalino.
 Y en la copa de alto pino
 Nada lejano de allí,
 Una zagala, que hurí
 Me pareció, encaramada,
 Con sonora carcajada
 Procaz burlóse de mí.

Díme: ¿qué haces, dulce niña,
 Le dije absorto y turbado,
 En este sitio apartado
 Y solitaria campiña?
 ¿Qué, no temes que te riña

Tu buen padre, ó que una fiera
 Embravecida te hiera,
 O, si se quiebra la rama
 En que te apoyas, la grama
 Aplastar por vez postrera!

Ella respondiome:—No;
 Aunque soy de suerte escasa:
 Porque. . . sabed que en mi casa
 He quedado sola yo.
 Apenas amaneció
 Cuando mis padres y hermanos,
 Cruzando los verdes llanos
 Que forman nuestra heredad,
 A la vecina ciudad
 Se dirigieron ufanos.

Van á asistir á las fiestas
 Que llaman hoy *Bodas de Oro*
 Del Prelado que es decoro
 De la corte y las florestas.
 Y por no dejar expuestas
 Las mieses, que ya en gavillas
 Están allí en las orillas
 Del campo donde crecieron,
 Que me quedara, dijeron,
 A cuidar nuestras cabrillas.

—¿Y eso te apena?—¿Os parece
De tan pequeña importancia
Que sola quede en la estancia
Cuando todo languidece?
Y la desazón se acrece
Al recordar el anhelo
Con que le he pedido al cielo
Que en la presente ocasión
De asistir á esta función
No me negara el consuelo.

Sólo verle deseaba
En el altar, y el anillo
Besar. ¡Qué mágico brilla
Aquella piedra enviaba!
¿Será el mismo que llevaba
Cuando le besé la mano
Al pie de aquel avellano,
Al regalarle una flor
En la fuerza del calor
Al promediar el Verano?

—¿Conque le conoces?—Mucho.
¿Y vos? Siempre que ha venido,
Al encuentro le he salido.
¿No os parece que es muy ducho?
He soñado que le escucho

En la parroquia vecina
Dó explicaba la doctrina
Por las tardes una hora.
¡Qué voz tiene tan sonora!
¡Y qué acción tan peregrina!

Mas, puesto que no me es dado
Ir á la Misa, unas flores
Junté de suaves colores
Y de aroma delicado.
Y en este pino copado
Subí afanosa por ver
Un bello nido que ayer
Me hallé de tiernas pezpitas
Que batiendo sus alitas
Me piden ya de comer.

Si hubiera quien le llevara
Este sencillo presente
En nombre de Mirta ausente,
¡Cuán satisfecha quedara!
Puede que no se acordara
De mí, por más que notoria
Es á todos su memoria,
De tan subida excelencia
Que es mayor que su prudencia
Y ésta es su timbre de gloria.

—Baja, le dije, inocente;
 Yo iré por ti á la ciudad:
 Ha de mover tu lealdad
 A ese Prelado eminente.
 Le diré: que *Mirta ausente*
 Aquesos dones le envía,
 Dones de poca valía,
 Del campo modestas flores
 Y un nido, centro de amores,
 Con polluelos que ella cría.

—Y añádile, replicó:
 Que es un humilde tributo;
 O mejor, que este es el fruto
 De los bienes que sembró.
 De coral quisiera yo
 Y perlas sartas enviar,
 Y de diamantes un par
 De inmejorable belleza.

Pero.... el pobre en su pobreza
 Decid ¿qué más puede dar?

Y bajó dulce y festiva
 La joven; y en la fontana
 Lavó las rosas ufana
 Y una corona de oliva.
 Nido y flores pensativa

Me dió diciendo: "Yo espero
 «Que cumplireis con esmero;
 «Y perdón humilde os pido
 «De haberme de vos reído.»
 Y partió con pie ligero.

«¡Ven, niña amable! Muy blando
 «Es tu carácter; sincera
 «Tu piedad: ¡quién la tuviera!»...
 Clamé las auras turbando.
 De allí me alejé soñando
 En buscar ese reposo
 Que brinda el campo amoroso;
 Y aquilatando á la vez
 La envidiable sencillez
 De un corazón generoso.





Índice.

Traducción parafrástica de algunas odas de Horacio.

¡Nave que á los confines de la Acaya.	3
Depone su rigor el agrío Invierno	6
En mi casa no esplende.	8
Alaben unos á la noble Rodas	12
¿Ves levantarse á la cerúlea esfera.	16
No intentes, oh Leucónoe, presumido	17
En ídeas naves el Pastor perjuro	18
Caro Septimio, que á la occídua Cádiz	21
Aléjase la nieve.	23
Mejor, Licino, vivirás si el dorso	25
Oh Póstumo, los años.	27
Acabé un monumento.	29
¡Mil veces fortunado.	31
Pintarte valeroso	36
Oh Lidia, yo te ruego.	38
Integro el hombre que se mira limpio	40
Cantad, vírgenes tiernas, á Diana	41
Descanso, Grosfo, de los dioses altos.	43
Lleve al impío de la parra el canto	46

Sin culpa has de pagar tarde ó temprano . . .	50
Reina Caliope, del hermoso cielo	53
Va mucha nieve y destructor granizo	60
En alas, Julio, de licuable cera	64
¡Mercurio, nieto del robusto Atlante	68
A quien tu ves con plácida mirada	69

Traducción parafrástica del libro IV de la Eneida.

Fragmento	73
Égloga del P. Alegre	98
Elegía del P. Alegre	103
Los lagos de Méjico	112

POESÍAS ORIGINALES.

Sitios poéticos del Valle de Bravo.

El cerro	143
Otumba	144
El río	145
Agua bendita	146
Palo verde	147
El molino	148
Las canoas	149
La cruz blanca	150
Las chichipicas	151
Los guayabos	152
La peña	153

Amanalco	154
Los cajones	155
Otzoloapan	156
El río de Aldonza	157
Iztapan del Oro	158
La huerta	159
La cruz de ocote	160
Tilosto	161
La cumbre	162
Atezcapan	163
El Pino	164
Acatitlán	165
Paso hondo	166
El pinar	167
La peña del fraile	168
El cerro del Calvario	169
La peña blanca	170
San Gaspar	171
La alberca	172
El pozo de Angela	173
Al volver al hogar	177

Sonetos varios.

A Virgilio	186
Al sol	187
A una hiedra	188

A un lirio.	189
Al volver á mi tierra natal	190
A un laurel.	191
La oración de la tarde	192
A un poeta	193
A una palmera	194
A un arrayán	195
A un álamo	196
A mi pueblo natal	197
A Galatea.	198
A una nube	199
A un poeta	200
Al anochecer	201
A Fabio	202
A un poeta	203
Epístola primera á un poeta.	207

Tres odas y un idilio

Oda I.	225
Oda II.	231
Oda III.	235
Idilio	239

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

